

Paul S. Taylor fue un reconocido economista agrícola, formado en la Universidad de Wisconsin, Estados Unidos, que en la década de 1920-1930 realizó investigaciones pioneras y fundamentales acerca de la migración mexicana en Estados Unidos. Hasta la fecha es reconocido como uno de los principales estudiosos de la migración mexicana.

A partir de un estudio en Bethlehem, Pensilvania (1929), Taylor supo que muchos de los migrantes que allí laboraban eran originarios de localidades rurales de Jalisco. El resultado de esa investigación fue una monografía: *Mexican Labor in the United States. Bethlehem, Pennsylvania (Los trabajadores mexicanos en Estados Unidos. Bethlehem, Pensilvania)*. De esa experiencia surgió su interés por venir a Jalisco —en especial a Arandas— siguiendo los pasos de los migrantes que conoció en las acereras. De su paso, breve, por Tateposco, Tonalá, escribió el artículo «*Making Cántaros in San José Tateposco, Jalisco, México*» («El arte de hacer cántaros en San José Tateposco, Jalisco»). Sin embargo, su obra mayor en Jalisco fue la investigación que realizó en Arandas durante 1931-1932, *A Spanish-Mexican Peasant Community. Arandas in Jalisco, México (Arandas, Jalisco: una comunidad campesina)*.

Esos tres trabajos de Taylor en Jalisco publicados en este volumen, constituyen los primeros —y excelentes— ejemplos de investigación de comunidades de origen y de destino de la migración México-Estados Unidos.

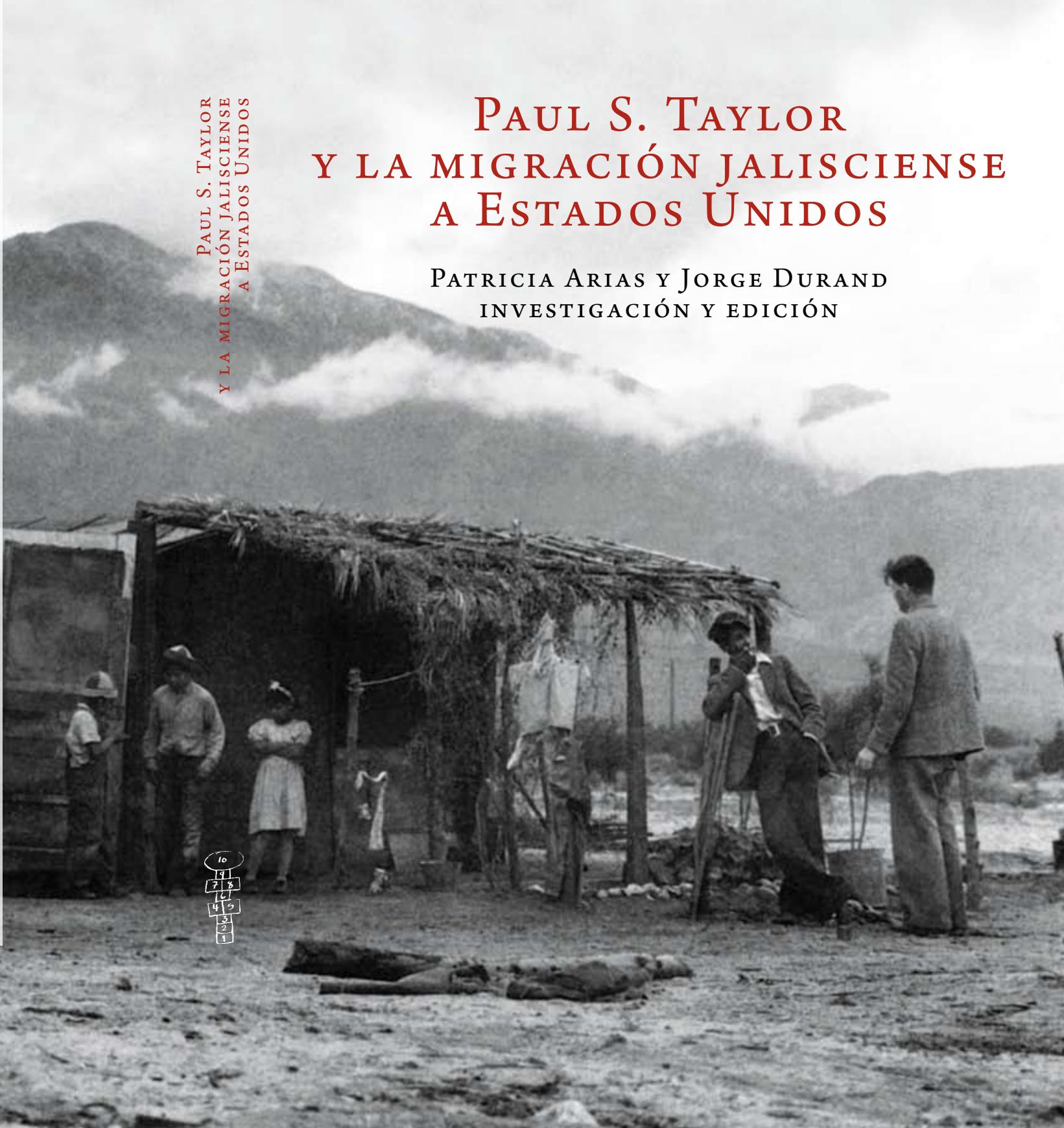
PATRICIA ARIAS es profesora investigadora de la Universidad de Guadalajara-CuAltos.

JORGE DURAND es profesor investigador de la Universidad de Guadalajara-CUCSH y profesor asociado del CIDE.

PAUL S. TAYLOR
Y LA MIGRACIÓN JALISCIENSE
A ESTADOS UNIDOS

PAUL S. TAYLOR Y LA MIGRACIÓN JALISCIENSE A ESTADOS UNIDOS

PATRICIA ARIAS Y JORGE DURAND
INVESTIGACIÓN Y EDICIÓN



9 786079 577667



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de los Altos (CuAltos)

PAUL S. TAYLOR
Y LA MIGRACIÓN JALISCIENSE
A ESTADOS UNIDOS

PAUL S. TAYLOR
Y LA MIGRACIÓN JALISCIENSE
A ESTADOS UNIDOS

PATRICIA ARIAS Y JORGE DURAND
INVESTIGACIÓN Y EDICIÓN

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de los Altos (CuAltos)

2013

Primera edición en español, 2013

D.R. © Herederos de Paul S. Taylor, 1932, 1933, 2013

D.R. © Patricia Arias y Jorge Durand, 2013

Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Los Altos
Carretera a Yahualica, km 7.5
Tepatitlán de Morelos, Jalisco, México

D.R. © Rayuela, diseño editorial
Guanajuato 1761
Colonia Mezquitán Country
Guadalajara, Jalisco, México

ISBN 978-607-95776-8-1

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Índice

Presentación	9
Agradecimientos	11
Estudios pioneros de la migración jalisciense PATRICIA ARIAS Y JORGE DURAND	13
MAPA	
Los lugares de investigación: Bethlehem, Arandas y San José Tateposco [34]	
Los trabajadores mexicanos en Estados Unidos	
Bethlehem, Pensilvania. 1928-1930	35
<i>Corrido Pensilvano</i>	37
<i>El origen de la colonia mexicana</i>	39
<i>Relaciones laborales</i>	50
<i>Relaciones sociales</i>	57
<i>Conclusión</i>	64
Arandas, Jalisco: una comunidad campesina, 1931-1932	67
<i>Introducción</i>	69
<i>Antecedentes</i>	70
<i>Datos históricos</i>	73
<i>La población</i>	78

<i>Raza</i>	84
<i>Escuelas parroquial y privada</i>	92
<i>Agricultura</i>	93
<i>Salarios</i>	96
<i>Estructura económica y social</i>	98
<i>Agrarismo</i>	103
<i>Historia de la emigración a Estados Unidos</i>	107
<i>Revolución cristera</i>	109
<i>Distribución ocupacional y geográfica de los emigrantes de Arandas</i>	114
<i>Recursos para migrar</i>	117
<i>La influencia de la migración</i>	
<i>en la actitud de los mexicanos hacia Estados Unidos</i>	120
<i>Los emigrantes que regresaron</i>	130
<i>Influencia cultural de Estados Unidos en Arandas</i>	139
<i>Resumen</i>	142
APÉNDICE	
Notas de trabajo de campo de cuatro emigrantes [147]	
APÉNDICE	
Documentos relativos a la transferencia de tierras	
de los hacendados a la habitantes de la hacienda-pueblo	
de San Ignacio Cerro Gordo [153]	
APÉNDICE	
Fotografías [147]	
MAPA	
de la municipalidad de Arandas [181/182]	
<i>El arte de hacer cántaros</i>	
en San José Tateposco, Jalisco. 1931-1932	185
<i>Notas</i>	194
APÉNDICE	
Fotografías del proceso de hacer cántaros [196]	
<i>Índice de cuadros</i>	205

Presentación

A riesgo de ocupar un lugar común, porque en ocasiones son precisamente eso por su pertinencia, diré que el mejor homenaje que se puede hacer a un creador es la difusión de su obra.

La creación suele relacionarse con el quehacer artístico. Tratándose de la actividad científica, y dependiendo a que epistemología se adscriba, sus productos usualmente se denominaban descubrimientos.

En el caso de Paul S. Taylor, nacido en 1895 en el estado de Iowa, bien podría decirse que sus investigaciones participan de ambas nomenclaturas. Pionero en los estudios sobre la migración mexicana a Estados Unidos, el doctor Taylor mantuvo siempre un ideario humanista, lo que le generó conflictos significativos con las élites de la producción agrícola californiana, así como con los nacionalistas durante la segunda guerra mundial. La razón: hacer visible la opresión y el abuso. Ya fuera por sus declaraciones en favor de los trabajadores agrícolas migrantes de origen mexicano afincados en la Unión Americana o de las víctimas de las masacres bélicas allende las fronteras, Taylor no resultaba grato a quienes se beneficiaban del *statu quo*; sin embargo, su labor no fue propiamente política, las trincheras desde las cuales luchó en busca de la equidad y el desarrollo democrático fueron principalmente la investigación y la docencia.

Paul S. Taylor inicia su carrera como investigador bajo el auspicio del Consejo de Investigación en Ciencias Sociales (ssrc, por sus siglas en inglés), debido a que, la gran economista y trabajadora social estadounidense Edith Abbott, quien en ese momento encabezaba la organización, requería quien se hiciera cargo de investigar las causas de la creciente inmigración mexicana a Estados Unidos, tema al que Taylor se dedicaría con apasionada heterodoxia hasta antes de permanecer

como jefe de departamento y director del Instituto de Investigaciones Internacionales de la Universidad de Berkeley, California.

Siendo nuestra entidad una desde las que —aún en nuestros días— migran mayor número de mexicanos al norte de nuestro país, esta publicación, que contiene tres de sus trabajos centrados en las poblaciones de Arandas y San José Tateposco, sitios origen de la comunidad migrante que entrevistó en su país, así como del análisis del corrido como expresión cultural catártica y descriptiva de las condiciones laborales de su población de estudio, es sin duda un material clave para entender la evolución del fenómeno migratorio que tanta importancia económica y social tiene para nuestra región.

Felicito a los doctores Patricia Arias y Jorge Durand por hacernos redescubrir la obra del doctor Paul S. Taylor, y, a través de ella, los antecedentes de la diáspora de los Altos de Jalisco.

Tepatitlán de Morelos, Jalisco, 20 de octubre de 2013

DOCTORA I. LETICIA LEAL MOYA

Rectora del Centro Universitario de los Altos

Universidad de Guadalajara

Agradecimientos

La posibilidad de trabajar estos materiales y convertirlos en una publicación corresponde, sin duda, al apoyo incondicional y generoso de la doctora Leticia Leal Moya, Rectora del Centro Universitario de los Altos de la Universidad de Guadalajara y del doctor Jesús Rodríguez Rodríguez, Secretario Académico del mismo centro.

Para llevar a cabo las múltiples tareas de este trabajo contamos con la ayuda invaluable de Verónica Lozano Canales y de dos estudiantes, que, gracias a las becas del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), colaboran con nosotros: Celeste González Camacho, de la licenciatura en Estudios Internacionales, y Estefanía Arreola Cárdenas, de la licenciatura en Estudios Políticos, ambas del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. Para la elaboración del mapa contamos con la participación de Ezaú Pérez Rodríguez, alumno de la Maestría en Desarrollo Local y Territorio, del mismo centro universitario.

Como siempre, Avelino Sordo Vilchis, fue un compañero invaluable en este proyecto editorial que nos permitió, de nueva cuenta, reunirnos.

Estudios pioneros de la migración jalisciense

PATRICIA ARIAS Y JORGE DURAND

I

Este libro reúne tres trabajos de investigación acerca de la migración de jaliscienses a Estados Unidos realizados por Paul S. Taylor entre los años 1928 y 1932. En su estancia en Bethlehem, Pensilvania, donde realizó uno de sus ocho estudios acerca de la migración mexicana, le informaron que la mayor parte de los migrantes que trabajaban en la fundidora y otras empresas de esa y otras localidades cercanas provenía de dos estados del centro-occidente de México: Jalisco y Michoacán. Allí conoció a Paulino Ramos y su esposa, vecinos de San José Tateposco, pueblo alfarero que entonces formaba parte del municipio de Tlaquepaque, Jalisco (Regional Oral History Office, 1975; en lo sucesivo R O H O). Y en Arandas se encontró con migrantes que habían regresado de Pensilvania.

En 1931, obtuvo una beca Guggenheim, fundación que en ese momento buscaba promover el intercambio de investigadores entre América Latina y Estados Unidos y quería enviar un estudioso norteamericano a México (R O H O - I : 99). A Taylor le interesó la propuesta y decidió viajar a México a estudiar la migración en una comunidad de origen de «muchísima migración» (R O H O - I : 99). Así, se dirigió al estado de Jalisco, donde tenía la certeza de que iba a encontrar migrantes. Y tenía razón. En Guadalajara el cónsul norteamericano le comentó que desde antes de la guerra cristera (1926-1929) se había dado cuenta de la migración de gente de Los Altos de Jalisco a Estados Unidos. Eso llevó a Taylor a definir que ésa era la región que quería estudiar y, dentro de ella, para hacer un estudio a profundidad, seleccionó el municipio de Arandas (R O H O, 1975).

Para Paul Taylor, Arandas era una comunidad de pequeños propietarios rurales, de herencia española, muy católica y conservadora, cuyos vecinos habían

sido trabajadores migrantes en Estados Unidos desde principios del siglo XX. Por lo regular, después de algunas estancias largas o cortas en el otro lado, esos migrantes habían regresado a su lugar de origen. Desde su punto de vista, Arandas era singular pero también representativo de la región más amplia en que se ubicaba (ROHO, 1975-11; Taylor, 1991). En el momento en que Taylor estuvo allí, hacía dos años que había concluido la guerra cristera pero permanecían «tropas del gobierno» (ROHO, 1975-11; Taylor, 1991: 105). En ese momento, además, los vecinos resentían los impactos de la depresión económica asociada con la depresión de 1929 que, al reducir el empleo en Estados Unidos, afectó las posibilidades de migrar desde las nacientes regiones y microrregiones migratorias como Arandas.

Taylor estuvo en Jalisco durante seis meses en 1931 y 1932. En ese tiempo, pudo hacer un trabajo de campo intenso, conocer y hablar con la gente en su propio terreno (ROHO-1: 99). El estudio de Arandas se publicó en 1933 con el título de *A Spanish-Mexican Peasant Community. Arandas in Jalisco, México*. Ese trabajo es pionero en al menos tres sentidos: es la primera investigación etnográfica acerca de una comunidad de origen de migrantes mexicanos en Estados Unidos, se trata del primer estudio acerca de la primera generación de migrantes en el norte y es, desde luego, el primer estudio de una comunidad rural y migrante del estado de Jalisco. Tuvieron que pasar varias décadas para que se empezara, de nueva cuenta, a hacer investigación acerca de la migración a Estados Unidos y uno de los estados donde se iniciaron esos estudios fue, justamente, Jalisco (Massey, *et. al.*, 1991).

Taylor pudo llevar a cabo lo que Manuel Gamio y Robert Redfield, que también estudiaron a los migrantes de esos años en Estados Unidos, no pudieron concretar como habían querido: estudiar la migración en lugares de origen y de destino (Arias y Durand, 2011). Pero no sólo eso. Paul S. Taylor, formado como economista agrícola, es reconocido como uno de los mejores investigadores de campo; en verdad, como un magnífico etnógrafo que aplicó con singular eficacia las herramientas clásicas de la antropología en el trabajo de campo. Arandas y Tateposco son excelentes ejemplos de su extraordinaria habilidad.

La llegada y dispersión de los trabajadores mexicanos por la geografía norteamericana, en lugares donde nunca antes se les había visto, llamó la atención de diversos sectores de la sociedad: nativistas, científicos sociales, granjeros, empresarios

agrícolas, políticos (Hoffman, 1976). La interrogante era si había que establecer, como sucedía con otros migrantes, medidas restrictivas a los mexicanos (Hoffman, 1976). Y se empezó a hablar mucho de ellos. Sin embargo, los escritos y debates estaban teñidos por los intereses que representaban los diferentes actores (Hoffman, 1976). De los mexicanos se sabía, en verdad, muy poco. Hasta ese momento, no habían llamado la atención de los académicos y se carecía de estudios acerca de ellos (Hoffman, 1976).

Esto cambió en la década de 1920, cuando se llevaron a cabo tres importantes investigaciones acerca de los migrantes mexicanos en Estados Unidos, que fueron realizadas por tres de los mejores investigadores en ciencias sociales del siglo xx. Uno de ellos es, sin duda, el trabajo de Paul S. Taylor.

11. La migración mexicana y el mercado de trabajo en Estados Unidos

Como es sabido, la salida de trabajadores hacia Estados Unidos detonó con el establecimiento de la conexión ferroviaria entre ambos países a fines del siglo xix (Durand, 1994). El trabajo en el ferrocarril y la posibilidad de desplazarse por esa misma vía hasta la frontera norte sacó de sus comunidades a campesinos de los estados de Aguascalientes, Guanajuato, Jalisco, Michoacán, San Luis Potosí y Zacatecas. A partir de 1888, los jaliscienses pudieron tomar el tren en Guadalajara que los llevaba hasta la estación Irapuato, en Guanajuato, donde conectaban con la ruta que los llevaba, vía Los Altos, hasta la estación Paso del Norte, hoy Ciudad Juárez, en la frontera norte, donde podían pasar sin dificultad hacia el otro lado. O bien, los vecinos de Los Altos, por ejemplo, podían incorporarse al tren en la estación de San Francisco del Rincón, Guanajuato, rumbo a Aguascalientes, otro gran centro ferroviario de esos años, que los llevaba también al norte. Aunque la iglesia y autoridades de Jalisco, como las de otros estados, estaban en contra de la migración, poco era lo que podían hacer frente a la dramática situación del campo en México y la oferta de mejores salarios en Estados Unidos (Durand, 1994). En los primeros tiempos, los migrantes sólo se aventuraban hasta los estados del suroeste —Arizona, California, pero sobre todo Texas— donde encontraban trabajo como jornaleros en las labores agrícolas (Arias y Durand, 2011).

La situación cambió de manera drástica en el siglo xx. A partir de la década 1910-1920 comenzó a intensificarse el flujo de personas que se desplazaban y

permanecían en Estados Unidos. Esto tuvo que ver, sin duda, con las enormes dificultades económicas y políticas a raíz de la Revolución de 1910 que obligaron a la gente a buscar trabajo y refugio en el otro lado de la frontera (Arias y Durand, 2008; Hoffman, 1967). Pero, al mismo tiempo, la economía norteamericana estaba en una fase de enorme expansión y transformación que requería y atraía población de todo el mundo (Cronon, 1991; Abu-Lughod, 1999).

La participación de Estados Unidos en la primera guerra mundial supuso el enrolamiento masivo de hombres para enviarlos a los campos de batalla en Europa, a los que fue preciso sustituir en campos y fábricas. En 1917 se promulgó una Ley Migratoria para limitar la llegada de europeos pobres y analfabetos que se preveía llegarían como refugiados después de la guerra. Además, en 1918 se promulgó una ley que limitaba la llegada de población de origen chino. De esa manera, los trabajadores mexicanos fueron atraídos, mediante el sistema de enganche, muy bien organizado en Kansas City, hacia la industria que prosperaba en el medio-oeste, en especial, en Chicago, Indiana, Detroit, Michigan y, en menor medida, Pensilvania.

Los mexicanos fueron el último contingente masivo de extranjeros que llegó a Estados Unidos a fines del siglo XIX, después de las grandes oleadas de inmigrantes europeos y orientales: irlandeses, alemanes, chinos, japoneses, italianos, polacos y filipinos, entre muchos otros. Al ser los últimos, fueron utilizados para reemplazar a aquellos que ya no eran racialmente bienvenidos, como los chinos; más tarde, los japoneses y, finalmente, los filipinos. También, al ser los recién llegados, entraban a participar en el último peldaño de la escala laboral y, en diferentes lugares, fueron utilizados para bajar salarios o para conjurar huelgas en la agricultura y la industria (Taylor, 1981). Los mexicanos, más que inmigrantes, eran trabajadores temporales que se incorporaban en tres áreas del mercado de trabajo que requería con urgencia y coyunturalmente, mano de obra: las actividades agrícolas, la construcción y el mantenimiento de los ferrocarriles.

De hecho, el arribo masivo de trabajadores mexicanos coincidió con importantes procesos de transformación económica, agrícola, industrial y tecnológica en Estados Unidos que se aceleraron después de la primera guerra mundial. Durante la posguerra reaparecieron los conflictos sociales en el medio agrícola, urbano e industrial, y el gobierno federal empezó de manera tímida a regular e interve-

nir en la relación capital trabajo, a fijar salarios mínimos y revisar las condiciones de vivienda y servicios que otorgaban los empleadores en los campamentos de trabajadores temporales (Taylor, 1975 y 1987; Arias y Durand, 2008). En sus estudios en comunidades rurales de Estados Unidos, Taylor reportó críticamente el paternalismo de los empleadores, la segregación social y educacional y los problemas laborales, lo que le valió tener que pasar por varios comités académicos que tuvieron que deliberar sobre la «cientificidad» de su estudios (Hoffman, 1976; ROHO, 1973).

En el medio rural, se había iniciado una gran transformación en el sistema de trabajo, hasta ese momento sustentado en la renta y la mediería, especialmente en Texas y en el medio oeste norteamericano. La llegada del tractor desplazó, primero, la tracción animal y, luego, a los aparceros y medieros; situación que fomentó el jornalero y la migración de trabajadores en las épocas de cosecha. Por otra parte, las grandes obras de irrigación especialmente en California (Valle Imperial, San Joaquín y Central) y la sustitución del modelo *farmer* por el de las grandes plantaciones, incrementaron la dependencia de la mano de obra estacional. Los migrantes mexicanos compartirían trabajos y pesares con trabajadores de razas y orígenes diferentes en un mercado de trabajo cada vez más competitivo y muy poco regulado.

En la pesca del algodón los mexicanos, junto con cuadrillas de negros y blancos pobres, seguían la ruta que iba de Texas a Oklahoma donde «trabajaban cerca de 50 000 pescadores» (Taylor, 1981). En el Valle Imperial y el Valle de San Joaquín, en California, se importaban trabajadores que venían directamente de San Felipe y Guaymas, Sonora. En Arizona se aprovecharon las obras de irrigación del Salt River para sembrar algodón y en Nuevo México se empezó a sembrar algodón en La Mella, territorio que había sido mexicano, donde también trabajaban migrantes mexicanos. Había mucha demanda de jornaleros durante la temporada de cosecha, pero las condiciones salariales y laborales eran pésimas (Taylor, 1981). Los trabajadores de origen europeo y los japoneses se quejaban continuamente, e incluso los mexicanos, considerados como los más dóciles, empezaban a exigir mejoras salariales. En 1920, en Tempe Arizona, cerca de 4 000 braceros mexicanos comenzaron una huelga. Al año siguiente sucedió lo mismo en Salt Lake, donde fueron despedidos 10 000 braceros (Durand y Arias, 2004).

El trabajo en el algodón era, para muchos, la primera opción de trabajo después de cruzar la frontera. Pero más tarde buscaban otras alternativas. Así lo reseñó Taylor en un corrido:

Adiós estado de Texas
con toda tu plantación;
yo me voy para Pensilvania
para no pizcar algodón
«Corrido de Texas» (Taylor, 1935: 228)

El costo, y sobre todo los problemas para conseguir y manejar a los trabajadores temporales, eran tan grandes que en la década de 1930 se avanzó mucho en la investigación y mecanización de la cosecha de algodón y posteriormente en las despepitadoras, de tal modo que después de la segunda guerra mundial toda la región del *Cotton Belt* empezó a mecanizarse rápidamente (Taylor, 1981). Esto acarreó la disminución del empleo en los campos de algodón. El golpe final fue, como se sabe, la operación *Wet Back* y la deportación de un millón de braceros, especialmente del estado de Texas. En esa situación, que los dejó sin trabajadores, las grandes plantaciones tuvieron que optar por la mecanización de manera definitiva (McBride, 2007).

Con el betabel sucedía algo similar, con el agravante de que ese cultivo requería de dos largas temporadas de uso intensivo de mano de obra: en primavera, para las tareas de la siembra y el deshajíe y en otoño para el corte de las hojas y la cosecha. En este caso, la plantación estaba ligada directamente con el sector industrial, que era el que procesaba el azúcar, imponía el ritmo de producción, las pautas laborales y las negociaciones con el gobierno. Los contratos para los trabajadores mexicanos eran de siete u ocho meses, aunque en realidad sólo trabajaban de 75 a 80 días y el tiempo restante tenían que buscar trabajo eventual en otros cultivos (McWilliams, 2007).

De acuerdo con Taylor, se plantearon cuatro alternativas para afrontar los problemas de la agroindustria azucarera. La primera era reclutar trabajadores de Asia y América Latina, como se había hecho tradicionalmente. La segunda, impulsar la producción en granjas y zonas donde hubiera mano de obra local. La tercera, promover el cultivo de caña y comprar el faltante en el exterior, hasta que el avance de la tecnología solucionara el problema. La cuarta era apoyar la investigación tecnológica.

ca de tal modo que la mecanización redujera de manera drástica la dependencia de mano de obra (Taylor, 1981).

En las primeras décadas del siglo XX el trabajo en los campos de betabel lo hacían simple y llanamente jornaleros y migrantes. Primero, los migrantes de origen chino, que fueron reemplazados por los japoneses, que en 1909 eran la mano de obra mayoritaria en los estados de California, Idaho, Washington, Oregon y Montana. Durante la primera guerra mundial empezaron a llegar los trabajadores mexicanos y filipinos. Por su parte, en Utah y Colorado, predominaban los inmigrantes blancos: alemanes-rusos y belgas, pero luego, para contrarrestar las demandas laborales, se reclutó a japoneses y mexicanos. Esto se justificaba aduciendo la necesidad de «diversificar la mano de obra» y aprovechar las ventajas de «emplear a diferentes razas al mismo tiempo» (Taylor, 1981: 173).

En el estado de Michigan las compañías organizaban cada año el reclutamiento de trabajadores. Según reporta McWilliams (2007) los enganchadores incursionaban en los barrios mexicanos de San Antonio, Texas, en busca de trabajadores para las compañías betabeleras de Michigan, donde llegaban a contratar hasta 7 000 personas entre hombres, mujeres y niños. Las condiciones laborales eran deplorables: les cobraban renta por la vivienda y las herramientas y siempre quedaban endeudados en la tienda de la compañía. El malestar general de esos trabajadores llevó a una huelga en Blissfield, Michigan, en 1935 (Taylor, 1981).

En la década de 1920 Manuel Gamio recuperó varios corridos, como el de los betabeleros, cuya primera estrofa dice:

Año de mil novecientos
veinte y tres en el actual.
Fueron los betabeleros
A ese *michiga* a llorar.
(Gamio, 1971: 86)

Algunos jornaleros pudieron ascender en la escala social al convertirse en arrendatarios y luego propietarios. Eso hicieron muchos japoneses y alemanes-rusos, pero muy pocos mexicanos (Taylor, 1981). Para Taylor (1975), ese contraste tenía que ver con el origen social y laboral de los migrantes: los japoneses y europeos eran de

origen y tradición granjeros y, en alguno casos, propietarios, en tanto los mexicanos eran más bien peones de haciendas, es decir, no estaban acostumbrados a trabajar de manera autónoma e independiente.

Por otra parte, desde California, en el sur, hasta el estado de Washington en el norte, la agricultura se especializaba en la producción de hortalizas, frutas y nueces. Aunque los mexicanos eran la principal mano de obra, compartían las tareas con japoneses, filipinos y hawaianos. También había inmigrantes de origen hindú, pero éstos muy pronto se convirtieron en propietarios que, curiosamente, se casaban con mexicanas con las cuales sentían cierta afinidad racial, por lo menos, en cuanto al color de la piel (Isaksen, 1992). A diferencia del algodón y el betabel, los avances tecnológicos en las piscas de hortalizas, frutas y nueces fueron muy limitados y la dependencia de mano de obra siguió siendo una solución y un problema. Problema que se acrecentaba con la expansión de la frontera agrícola, cuando la tierra irrigada en «California pasó de 1.4 millones de acres en 1889 a 4.7 millones en 1929» y el número de granjas pasó, en el mismo periodo, de 13 732 a 85 784 (Taylor, 1981).

En 1930 los trabajadores mexicanos dominaban el mercado de trabajo rural en California. Se estimaba un total de 42 000 mexicanos, en tanto que los chinos eran 2 000, los japoneses 19 000 y los filipinos 16 000 (Taylor, 1981). No obstante, poco más de 3 000 japoneses detentaban los mejores puestos como gerentes y mayordomos, mientras que en esas posiciones sólo figuraban 293 mexicanos. Algo similar sucedía en el caso de los propietarios y arrendatarios, donde predominaban los japoneses.

Durante la depresión de 1929 y las deportaciones masivas, muchos migrantes regresaron a su terruño, como varios de los que Taylor entrevistó en Arandas y Tlalpujahua. Sin embargo, a pesar de la crisis, los cultivos seguían su curso y la mano de obra de reemplazo llegó del interior de Estados Unidos. Eran los *okies*, pequeños granjeros y medieros de Oklahoma, expulsados por la gran sequía y las enormes polvaredas que inutilizaron y erosionaron las tierras del medio-oeste norteamericano (Taylor, 1981; Steinbeck, 2009).

Otra fuente de empleo para los trabajadores mexicanos fue el ferrocarril, medio de transporte a través del cual se procuraba comunicar el este y el oeste, el sur y el norte de Estados Unidos. Los migrantes trabajaron, primero, en el tendido de las líneas ferroviarias y, más tarde, en el mantenimiento de las vías. De acuerdo con

Taylor el primer migrante que salió de Arandas en 1905 se fue en tren y trabajó en el ferrocarril. Luego se irían muchos otros que eran enganchados por contratistas de la Santa Fe Railroad Co., que buscaban trabajadores en todos los pueblos de Los Altos de Jalisco (Fitzgerald, 2009).

Los trabajadores mexicanos reemplazaron en esas tareas a los chinos, que habían sido la principal fuente de mano de obra para el ferrocarril, especialmente en el suroeste, pero a los cuales la ley de exclusión racial de 1884 les prohibió migrar a Estados Unidos. Los mexicanos trabajaban en cuadrillas, se transportaban en los trenes o en carritos de tracción manual que llamaban «puchicarros» (*push car*) (Durand y Massey, 2001).

Un centro de reclutamiento de trabajadores mexicanos muy importante fue el de Kansas City. Allí, durante las primeras dos décadas del siglo XX, había dos barrios mexicanos, un semanario, casas de cambio para el envío de remesas y muchos establecimientos comerciales de todo tipo. Además de los que vivían en la ciudad, por Kansas City circulaba mucha población flotante que llegaba para engancharse en algún nuevo trabajo o regresaba para el llamado «reenganche» (Smith y Durand, 2000). Cerca de ahí —en Topeka— estaban los patios de reparación de los ferrocarriles donde también trabajaban muchos mexicanos de ambos sexos (Smith y Durand, 2000).

Las condiciones laborales del trabajo en la vías quedaron impresas en los anuncios que se publicaban en las páginas de *El Cosmopolita*, semanario mexicano de Kansas City. Por ejemplo, los anuncios de la Burlington Route ofrecían trabajo a los mexicanos «con familias» y les ofrecían «carro, estufa y carbón enteramente gratis»; además en sus oficinas no se cobraba «chanza» o comisión; por añadidura, se les ofrecía «tierra para que siembren» además de pasaje gratis hasta su lugar de trabajo (Smith y Durand, 2000).

Se trataba no sólo de enganchar al trabajador sino de fijarlo en lugares alejados y desolados para poder dar mantenimiento adecuado a las vías. Así, pensaban, con el establecimiento de familias mexicanas, se podía evitar la rotación laboral que tanto preocupaba a los empresarios ferrocarrileros. De ahí la aparente generosidad de aceptar familias y ofrecerles tierras al lado de las vías para que sembraran maíz, lo que suponía que tenían que permanecer en un mismo lugar varios meses; al menos, hasta el tiempo de la cosecha. La Burlington Route ofrecía trabajo en Illinois, Wis-

consin, Idaho, Missouri, Nebraska, Colorado, Dakota del Sur, Montana y Wyoming (Durand y Arias, 2004).

Los empleos en la agricultura, pero sobre todo en los ferrocarriles, contribuyeron a dispersar la migración mexicana por toda la geografía norteamericana. Según reportó Taylor, los migrantes de Arandas habían trabajado en 24 estados y múltiples actividades. En la agricultura, habían sido pescadores de algodón en Texas, deshajadores de betabel en Idaho y Minnesota, cosechadores de verduras en Oregón y California; habían sido operarios de los ferrocarriles en todo el medio-oeste. Pero además, en Iowa e Illinois habían trabajado en las empacadoras de carne; en Illinois, Indiana, Colorado, West Virginia y Pensilvania en las fundidoras; algunos, incluso, en la planta ensambladora de automóviles Buick en Flint, Michigan (1933).

Y es que por medio del ferrocarril, e impulsados por los enganchadores, los migrantes habían llegado también a Chicago, donde la flamante y dinámica industria ofrecía mejores oportunidades de trabajo. Pero además, la vida en la ciudad, aunque difícil, garantizaba cierta seguridad, un mejor refugio para pasar lo más crudo del invierno y donde esperar que se reiniciara el cultivo del betabel. Robert Redfield reconstruyó, de manera escueta pero típica, la ruta de Anselmo González, originario de Monterrey: llegó a Estados Unidos en 1922, fue «trabajador en las vías, luego en los campos de betabel en Wisconsin» y, finalmente, llegó a Chicago al barrio de Hull House, en 1924 (Arias y Durand, 2008).

Poco a poco algunos se quedaron a vivir en la gran ciudad y empezaron a incursionar en el trabajo en hoteles, lavanderías y comercios; pero, sobre todo, en las empacadoras de carne en The Stock Yards; en los patios de ferrocarril de Brighton Park y, más al sur, en las fundidoras de South Chicago, Calumet e Indiana Harbor (Arias y Durand, 2008).

La clave para entender el asentamiento de mexicanos en las grandes industrias de Chicago e Indiana, también en Pensilvania, se encuentra, de nueva cuenta, en las situaciones cambiantes del reclutamiento de trabajadores. Las huelgas de 1919 que paralizaron la industria fundidora obligaron a las empresas a buscar nuevas canteras de trabajadores. La encontraron entre los mexicanos que de San Antonio, Texas, y circulaban por Kansas City. Lamentablemente, la primera función que desempeñaron fue la de esquiroles, de rompe huelgas. No lo sabían, como tampoco tenían mucha idea del trabajo industrial, pero poco a poco aprendieron, se asentaron, for-

maron barrios y muchos se integraron como los judíos de diferente nacionalidad, italianos, rusos, griegos, alemanes y polacos a la clase obrera norteamericana. De acuerdo con Taylor en 1930 en South Chicago trabajaban 1 300 mexicanos, en Gary eran cerca de mil y en Indiana Harbor otros 3 000 (Arias y Durand, 2008). Con todo, otros, como fue el caso de muchos de Arandas y Tateposco, regresaron a sus tierraños en México.

III. ¿Cómo se acercó Taylor al estudio de los migrantes mexicanos?

Paul S. Taylor tenía una gran cercanía con el mundo rural: nacido en una ciudad pequeña del estado de Iowa en 1895, pasó algunas temporadas en el campo y trabajó en granjas para, más tarde, decidirse a estudiar economía en la Universidad de Wisconsin, en una etapa considerada como la edad de oro de los estudios económicos en esa universidad del noreste de Estados Unidos (Hoffman, 1976; ROHO, 1973-1, Taylor, 1981). Su interés original fueron los estudios de economía del trabajo. De regreso de una corta y dolorosa estancia en Francia como teniente en la primera guerra mundial, se trasladó a la Universidad de Berkeley para estudiar economía, doctorarse y dedicarse a la vida académica (Hoffman, 1976). En 1922, de 27 años y recién doctorado, fue incorporado a la planta docente de la universidad.

Sin embargo, Taylor quería ser investigador y estaba interesado en los problemas de la agricultura en California, pero no recibió financiamiento para hacer ese estudio. Tuvo la buena suerte de conocer a Edith Abbott, en ese momento decana de la School of Welfare Administration de la Universidad de Chicago (Hoffman, 1976; ROHO, 1973-1). Tiempo después, en 1926, Abbott se convirtió en la Chairman del recién fundado Social Science Research Council's (SSRC) Committee on Scientific Aspects of Human Migration. Ella sabía, por su trabajo en Chicago, que la última oleada inmigratoria a esa ciudad era mexicana y estaba convencida de la urgencia de estudiarla, ya que desde su punto de vista «constituía el tema migratorio más importante y en algunas partes del país, en especial en California, se había convertido en un problema especialmente álgido» (Arias y Durand, 2011; Hoffman, 1976; ROHO, 1975-11; Weber, Melville y Palerm, 2002). En ese momento, Abbott buscaba quien llevara a cabo la investigación (ROHO, 1973-1).

Como los migrantes mexicanos se ubicaban sobre todo en la agricultura del oeste del país, que era el ámbito de preocupación de Taylor, él era el candidato

ideal para llevar a cabo la tarea (R O H O , 1973:1). Y así fue como llegó al estudio de la migración mexicana; donde tuvo la oportunidad de empezar a desarrollar una investigación original y probarse como investigador. En el estudio de la migración mexicana aprendió a hacer investigación.

En 1927 recibió financiamiento del SSRC, dejó las clases y comenzó su investigación acerca de la migración mexicana en varios de los lugares de destino en Estados Unidos en ese tiempo: Valle Imperial, California; South Platte, Colorado; Dimmit County, Texas; Bethlehem, Pensilvania; la región de Calumet, en Illinois e Indiana; Nueces County, Texas; Los Ángeles, California y Orange County, California, trabajos que fueron publicados con el título general de *Mexican Labour in the United States* (Taylor, 1928-1934).

Había buscado, desde el principio, estudiar comunidades donde los migrantes se habían insertado de muy diferentes maneras en los mercados de trabajo: las actividades agropecuarias en las que participaban en calidad de jornaleros en el Valle Imperial, South Platte, Dimmit, Nueces; como obreros en fundidoras, empacadoras y los ferrocarriles en Calumet; en la fundidora en Bethlehem. Entre 1927 y 1930, es decir, durante los tres años que duró el proyecto, Taylor se dedicó a hacer trabajo de campo (R O H O , 1973:1). Realizó numerosas estancias, de varios días hasta dos meses y medio, en todas esas comunidades y, salvo dos, todos los estudio se publicaron (Hoffman, 1976). Los dos trabajos que no se publicaron fueron el de las mujeres en la industria de Los Ángeles y el de Orange (Hoffman, 1976).

Poco después, en 1931, fue cuando incursionó en el estudio de una comunidad de origen en México: Arandas. Taylor llegó a Jalisco en un momento crítico de regreso de migrantes a México: la depresión de 1929 que obligó al retorno por falta de trabajo y las deportaciones. Como consecuencia de la depresión, la fundidora en Bethlehem colapsó, los obreros se quedaron sin empleo y muchos de los que allí trabajaban empezaron a regresar a sus comunidades de origen en México (R O H O , 1975:106). Eran los casos de Arandas y Tateposco.

IV. La estancia en las comunidades

Como parte de sus investigaciones sobre la migración mexicana en Estados Unidos, Taylor realizó tres visitas a Bethlehem, Pennsylvania. La primera fue a principios de 1928 y la última a principios de 1930, es decir, más de un año antes de partir hacia

México. Muchos años después, decía Taylor, los antropólogos que en la década de 1970 habían empezado a estudiar Bethlehem, reconocían que su estudio pionero les había sido de gran utilidad (R O H O -II, 1975).

En 1931, cuando llegó a México, estuvo en Guadalajara, y desde ahí viajó a Arandas en tren, donde conoció a un migrante que regresaba de Estados Unidos. En Arandas permaneció durante el último trimestre de ese año, es decir, los meses de octubre, noviembre y diciembre. Regresó a Arandas por última vez en junio de 1932. Allí realizó más entrevistas, pero también dedicó tiempo a entrevistar a arandenses que vivían en Guadalajara, a revisar bibliografía y buscar documentos en archivos y bibliotecas, además de conversar con personas conocedoras de la ciudad y el estado.

En noviembre de 1931, cuando residía en Arandas, fue a conocer Tateposco, donde se reencontró con Paulino y su esposa, pareja que había regresado a su pueblo y había vuelto a hacer cántaros, que era la especialidad de ese pueblo, hoy engullido por la mancha urbana de Tonalá y Tlaquepaque.

En Tateposco, recordaba años más tarde, aunque no hizo una investigación, se interesó por conocer el trabajo de la alfarería que ahí se realizaba y a eso le dedicó «un tiempo considerable» (R O H O, 1975:104). Para ello, entrevistó a varios alfareros que habían trabajado en Estados Unidos, como Paulino, al que había conocido en Bethlehem, así como a su hermano Victorio, que había trabajado en California (R O H O, 1975:104). Tateposco era desde entonces un pueblo campesino y alfarero que ya generaba migrantes.

Allí se suscitó una de las conversaciones que muestran la agudeza de Taylor para encauzar una entrevista. Aunque no incluyó en el trabajo sobre Tateposco, siempre la recordó (R O H O, 1975:104). Allí, sentado en una piedra viendo cómo Paulino daba vueltas alrededor de un cántaro, se le ocurrió preguntarle: «Paulino, ¿qué crees que es mejor, estar allá en Bethlehem o aquí en San José Tateposco?» «Señor —le contestó—, yo creo que es mejor estar aquí en Tateposco». «Y cuando le pregunté por qué pensaba eso, me respondió que ‘aquí hay más libertad’» (Durand, 2000; R O H O, 1975-II: 104). Y cuando le preguntó lo mismo a su esposa, ella, sin dudarlo, le contestó que para ella era mejor vivir en Bethlehem. Cuando Taylor le preguntó la razón, ella dijo que porque allá había más libertad (Durand, 2000; R O H O, 1975-II: 104). La esposa de Paulino relacionaba la libertad con artefactos que le habían

hecho la vida más fácil en Estados Unidos. Pero, de cualquier modo, a Taylor le quedó claro que, de acuerdo con el género, podían existir diferentes explicaciones de una misma situación. No sólo eso. Taylor obtuvo una respuesta que en las décadas siguientes apareció con inusitada recurrencia entre las migrantes a Estados Unidos y sigue siendo motivo de interpretación. En el mes de julio de 1932, después de una estancia en Arandas y ya de regreso a Estados Unidos, volvió a pasar por Tateposco a visitar a sus conocidos.

v. El método

Siempre se ha dicho que Taylor además de sus méritos como economista agrícola, fue un extraordinario investigador que dejó lecciones metodológicas claves para diversas disciplinas de las ciencias sociales. George Foster (1975), el conocido antropólogo, convivió con él en 1955 durante diez semanas en un viaje de trabajo a India, Pakistán y Filipinas, y le impresionó la maestría con que Taylor obtenía la información en el trabajo de campo. Para Foster (1975), Taylor había aprendido a determinar cuáles eran los datos significativos y cómo obtenerlos. El artículo de Tateposco, decía, «era un modelo de reporte etnográfico: bien escrito, completo, con todos los datos que requiere un antropólogo...» (Foster, 1975: vi).

Hay que decir que un gran mérito de Taylor, que se advierte en la textura de todos sus trabajos, sin duda en los que realizó en Jalisco, es que él hacía investigación de manera directa y personal, no delegaba ninguna de las tareas de campo y de gabinete; tampoco la de procesar y escribir sus propios reportes.

Tenía una perspectiva interdisciplinaria y señalaba que no se ceñía por un modelo «formal» de investigación. Combinaba, decía, el tipo de trabajo que hacían los geógrafos humanos con el de los antropólogos, sociólogos, con su propia formación como economista del trabajo, con un fuerte interés en la historia (ROHO, 1975-11:107). Para Taylor, la información histórica específica de cada área de estudio siempre enriquecía el análisis de la situación actual de los migrantes, que era, desde luego, su principal preocupación (Durand, 2000; ROHO, 1975-11). Como le interesaba tener una visión comparativa de la migración, realizó sus estudios en diferentes contextos geográficos y distintas situaciones laborales. Y, aunque estrictamente no hizo eso en Jalisco, sí se preocupó por conocer una comunidad diferente a Arandas, como era Tateposco.

Su método para seleccionar Arandas fue similar al que había usado en Estados Unidos. Previamente dedicaba un tiempo a recorrer una serie de localidades y a partir de ese recorrido y las entrevistas que realizaba, decidía la comunidad donde centraría su estudio (Hoffman, 1976). Él decía que su método era observar, después, seleccionar (Durand, 2000). Así lo hizo en Arandas. Una anécdota. En 1929, en una de sus visitas a Bethlehem, Taylor fue a la escuela primaria donde consiguió que le asignaran a un niño mexicano de octavo grado para que lo acompañara a encontrar a las familias que residían en el área. En 1931, cuando se encontraba en el Hotel Regis de la ciudad de México, un botones lo llamó por su nombre: era el niño que lo había acompañado en sus recorridos por Bethlehem (R O H O, 1975:106).

Hablar el idioma, en este caso el español, era crucial para llevar a cabo un estudio de primera mano en México. En Berkeley, antes de empezar su investigación, Taylor había tomado clases privadas de español y, al principio, en las comunidades, recurrió a un intérprete mexico-norteamericano, también en Chicago y ocasionalmente en otros lugares. En los trabajos de campo en Colorado, Texas y Pennsylvania no tuvo asistentes (R O H O, 1975-I:106). En general, había captado que los migrantes aprendían más inglés en las regiones más alejadas, donde las aglomeraciones de mexicanos eran menores y los hombres migraban solos (R O H O, 1975-II).

Aunque nunca presumió de su dominio de la lengua, en la medida en que su trabajo avanzaba en las comunidades de migrantes en Estados Unidos, fue ganando fluidez de tal manera que cuando llegó a Arandas se manejaba bien en español (Hoffman, 1976; R O H O -I, 1975). Allí sólo requirió la ayuda de un guía. Se trataba de un cargador que le ayudaba a llevar cosas de un lado a otro, no hablaba inglés pero conocía a toda la gente de Arandas, lo cual era muy importante en la medida en que había todavía soldados. Muy pronto, dijo Taylor, el guía supo lo que él quería preguntar y comenzó a hacer preguntas por su cuenta (R O H O, 1975:105).

Un recurso adicional de Taylor era la fotografía, que utilizó desde sus primeros trabajos de campo, con una vieja Eastman (R O H O, 1973-I). A Arandas y Teposco llegó con una flamante Rolliflex (R O H O, 1973-I: 111), con la que tomó todas las fotografías que se publicaron junto con los textos. Consideraba que con una buena foto podía decir mucho más que con palabras, en especial, cuando se trataba de mostrar las condiciones de vida y trabajo, muchas veces deplorables, de sus entrevistados, así como de hacer comparaciones entre situaciones (Durand, 2000).

Perspectiva que sin duda lo acercó a la famosa fotógrafa Dorothea Lange, con la que desde 1935 compartió muchos años de vida y trabajo.

Taylor recurría a la información censal acerca de las comunidades de estudio. Esto lo hizo en Estados Unidos, donde había más documentación disponible, pero también supo conseguirla en México. Para ello viajó a la ciudad de México, donde visitó al afamado antropólogo Manuel Gamio, al que había conocido en Chicago, que le abrió las puertas de la oficina de estadística en México (ROHO, 1975-II) y, además, Taylor tenía imaginación para generar información cuantitativa. Un ejemplo. Ante la falta de información acerca de la migración interna de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos, consiguió que la Standard Oil Company, que tenía una estación de servicio entre las montañas de Tehachapi y el Valle de San Joaquín, registrara el número de vehículos manejados por trabajadores que pasaban por allí. De esa manera, pudo conocer los desplazamientos de los trabajadores migratorios en esa parte de California (Hoffman, 1976).

El método de Taylor era muy cercano al que estaban acuñando y ejerciendo los investigadores de la Escuela de Chicago liderados por Robert Park y E.W. Burgess (Arias y Durand, 2008). Quizá por la formación recibida en Wisconsin y su contacto con el proyecto de sociología urbana de la Universidad de Chicago, Taylor, como Robert Redfield, comenzaban el trabajo de campo entrevistando a aquellos que por diferentes motivos tenían contacto habitual con los migrantes y le podían proporcionar diferentes tipos de información: agricultores, contratistas, empleadores, empresarios, encargados de los servicios sociales, jornaleros, oficiales consulares, de juzgados, maestros, sacerdotes, representantes de las escuelas, las iglesias, los sindicatos (Arias y Durand, 2008; Hoffman, 1976). Taylor, y también Redfield, buscaban y leían los periódicos locales, reportes, documentos públicos y privados, recopilaban corridos, solicitaban información específica a los empleadores de los migrantes. Taylor recurrió a todo lo que le pudiera servir para conocer mejor las comunidades que estudiaba (Durand, 2000).

Después, Taylor —como Redfield—, comenzaba a entrevistar a los migrantes mismos en las barberías, billares, restaurantes, iglesias, en los campos de trabajo, donde encontrara a un grupo de trabajadores. Taylor decía que él viajaba en su camioneta, lo que le permitía estacionarse en cualquier parte para entablar una conversación con la gente (ROHO, 1975-II). Cuando uno se acerca a una persona,

decía Taylor, ella se pregunta quién es usted, así como usted se pregunta acerca de quien es ella. Para romper esa brecha, acuñó una regla de oro que siempre llevó a la práctica: empezar por una pregunta tan cercana y sencilla que a la persona le pareciera natural responderla (R O H O, 1975-11). Para Taylor era fundamental establecer una conversación casual, preguntar acerca de cosas comunes que la gente podía comprender y a partir de las cuales se generaba confianza. De manera invariable, como sabe cualquier antropólogo de ayer y de hoy, la persona le preguntará por qué hace preguntas y Taylor, en su caso, respondía que era maestro de escuela, algo que la gente conocía y podía entender. Decirles que era maestro de Berkeley no le hubiera servido de mucho (R O H O, 1975-11).

Después, sólo después, empezaba a hacer las preguntas que le interesaban, a tratar de obtener información acerca de los temas que le preocupaban en cada lugar de estudio (Foster, 1975). Así, empezaba a conocer acerca de las experiencias, migración, salarios, problemas, historias de la gente (R O H O, 1975-11). Con autorización de los entrevistados recurría a tomar notas en su libreta de campo. Si sentía que a una persona le incomodaba que escribiera, no lo hacía y en cuanto terminaba la entrevista, de inmediato, elaboraba sus notas de campo. Decía que de una entrevista de una hora sólo podía recordar el cincuenta por ciento de lo que le habían dicho después de veinte minutos o de una hora. Si lo dejaba para la noche, apenas recordaba el veinte por ciento de lo que le habían dicho (Hoffman, 1976; R O H O, 1975-11).

La sencillez y humildad de Taylor le ayudaban a establecer relaciones cordiales y de confianza con sus entrevistados. Taylor era extremadamente cuidadoso y cordial con la gente común y honesta. En cambio «con la gente pretenciosa y pomposa, algunos de ellos burócratas y autoridades locales, era implacable. Con estos, muchas veces mostraba ingenuidad a lo largo de la entrevista, los dejaba hablar, y cuando ya casi estaban convencidos de que lo habían engatusado, dejaba caer una pregunta que los dejaba atónitos y se despedía» (Durand, 2000:57, Foster, 1975).

En Tateposco, pero sobre todo en Arandas y sus alrededores, Taylor utilizó todo el arsenal de técnicas que conocía: hizo amplios recorridos por la región de Los Altos y las cercanías de Guadalajara; buscó, seleccionó y leyó con gran atención las crónicas y estadísticas que daban cuenta de la formación geográfica e histórica de los lugares de estudio; revisó estadísticas nacionales, regionales y los registros

locales, civiles y eclesiásticos, para conocer fenómenos meteorológicos, el tamaño y crecimiento de la población, la dinámica de las haciendas y la venta de tierras, las razones económicas pero también políticas de las migraciones del siglo XIX, las características de los matrimonios, la conformación racial y el mestizaje, la llegada de remesas. Taylor, como se verá, hizo una excelente y atinada lectura de los cronistas, historiadores y estudiosos de Jalisco que le permitió entender mejor, formarse un panorama claro y preciso acerca de Los Altos y Arandas.

Por su parte, las entrevistas le permitieron captar las opiniones acerca de la raza y las relaciones raciales, reconstruir el calendario y las técnicas agrícolas, conocer la situación de la agricultura, identificar otros oficios que desempeñaban los hombres, la mediería, la evolución de la tenencia de la tierra y la fragmentación de las propiedades, el antiagrarismo y la participación decidida de los vecinos en la guerra cristera, los salarios que se pagaban en los dos lados de la frontera, recuperar la historia, la cronología, las etapas y razones del incremento y repliegue de la migración de los arandenses hacia Estados Unidos, los costos monetarios y el sistema de préstamos de la migración, la selectividad de los migrantes, la geografía migratoria en Arandas y en Estados Unidos, los usos e inversiones de las remesas, las opiniones y experiencias de las relaciones, muchas veces difíciles y sesgadas por cuestiones raciales y tensiones laborales, entre mexicanos y estadounidenses en Estados Unidos, los cambios que habían experimentado y las actitudes que habían adoptado los que habían regresado a Arandas.

El resultado fue una descripción muy analítica, articulada, bien procesada y bien escrita, que dio cuenta de la formación, trayectoria y características de Arandas y su gente. Información que fue entrelazando con la migración a Estados Unidos que se había iniciado en la década de 1900, se había potenciado en los años veinte y había decrecido a partir de 1931.

Muchos años después, Taylor reconoció que una gran parte de los materiales que había generado en su trabajo sobre la migración mexicana se había quedado sin publicar, en calidad de notas. A lo largo de su vida profesional, siguió puliendo y utilizando sus métodos de trabajo, en especial como consultor especializado en temas de agricultura y agua en diferentes partes del mundo. Su objetivo fue siempre tratar de ofrecer puntos de vista cercanos a la realidad a quienes, en algún momento, le fueran útiles (ROHO, 1975-III:495).

Pero ya no regresó a México ni a Jalisco, al menos, en calidad de investigador. En 1961 estuvo unos días como consultor en la ciudad de México y sus alrededores, poco antes de retirarse de la universidad (R O H O, 1975-111).

Y es que, desde su regreso a Estados Unidos y a la Universidad de Berkeley se involucró de manera decidida en la docencia, que había dejado a un lado en esos tres años que dedicó a la investigación de la migración mexicana. Pero también, hay que decir, que a partir de la depresión de 1929 y la deportación masiva de trabajadores y sus familias a México, disminuyó de manera dramática tanto el número de migrantes como el interés por continuar los estudios acerca de ellos.

Así, Taylor fue atraído por otros intereses académicos, aunque siempre relacionados con la situación de la agricultura y las vicisitudes de la gente del campo, ahora de los propios migrantes internos, los okies, esos campesinos pobres de Oklahoma, que desde 1929 habían comenzado a llegar a los campos de California (Lange y Taylor, 1939; Steinbeck, 2009).

Paul S. Taylor murió en Berkeley en 1984, a la edad de 89 años.

vi. Bibliografía

- Abu-Lughod, Janet (1999), *New York, Chicago, Los Angeles. America's Global Cities*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Arias, Patricia y Jorge Durand (2011), «Visiones y versiones pioneras de la migración mexicana. Manuel Gamio, Robert Redfield y Paul S. Taylor», en *Historia Mexicana*, 242, vol. L X I , núm.2. Octubre-diciembre. pp. 589-641.
- Arias, Patricia y Jorge Durand (2008), *Mexicanos en Chicago. Diario de campo de Robert Redfield. 1924-1925*. México, Universidad de Guadalajara-C U C S H , Centro Universitario de los Lagos, El Colegio de San Luis, Ciesas, Miguel Ángel Porrúa.
- Cronon, William (1991), *Nature's Metropolis. Chicago and the Great West*. New York, W. W. Norton&Company.
- Durand, Jorge y Patricia Arias (2004), *La vida en el Norte. Historia e iconografía de la migración México-Estados Unidos*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- Durand, Jorge (2000), «Un punto de partida. Los trabajos de Paul S. Taylor sobre la migración mexicana a Estados Unidos» en *Frontera Norte*, 23, vol. 12. enero-junio. pp. 51-64.

- — — (1994), *Más allá de la línea. Patrones migratorios entre México y Estados Unidos*. México, Conaculta.
- Fitzgerald, David (2009), *A Nation of Emigrants. How Mexico Manages Its Migration*. Berkeley, Los Ángeles, Londres, University of California Press.
- Foster, George M. (1975), «Introduction» en Paul Schuster Taylor. *California Social Scientist. Volume I: California Water and Agricultural Labor. An Interview Conducted by Malca Chall*. California, University of California-Berkeley, Bancroft Library. pp. VI -VII.
- Gamio, Manuel (1971), *Mexican Immigration to the United States. A Study of Human Migration and Adjustment*. New York, Dover Publications, Inc.
- Hoffman, Abraham (1976), «An Unusual Monument: Paul S. Taylor's Mexican Labor in the United States» en *Pacific Historical Review*, núm.2, vol. 45, Mayo. pp. 255-270.
- Isaksen, Karen (1992), *Making Ethnic Choices. California's Punjabi Mexican Americans*. Philadelphia, Temple University Press.
- Lange, Dorothea y Paul S. Taylor (1939), *An American Exodus. A Record of Human Erosion*. Nueva York, Reynal & Hitchcock.
- McBride, John (2007) «Los braceros desaparecen. La revolución agrícola en el Valle» en Jorge Durand, *Braceros. Las miradas mexicana y estadounidense. Antología (1945-1964)*. México, Miguel Ángel Porrúa, Senado de la República, Universidad Autónoma de Zacatecas, pp. 461-522.
- McWilliams, Carey (2007), «Los cuervos vuelan hacia el Norte» en Jorge Durand *Braceros. Las miradas mexicana y estadounidense. Antología (1945-1964)*. México, Miguel Angel Porrúa, Senado de la República, Universidad Autónoma de Zacatecas, pp. 31-54.
- Massey, et. al. (1991), *Los ausentes. El proceso social de la migración internacional en el occidente de México*. México, Conaculta-Alianza Editorial.
- Regional Oral History Office (R O H O) (1973), *Paul Schuster Taylor. California Social Scientist. Volume 1: Education, Field Research, and Family. An Interview Conducted by Suzanne B. Riess*. California, University of California-Berkeley, Bancroft Library.
- — — (1975), *Paul Schuster Taylor. California Social Scientist. Volume II: California Water and Agricultural Labor. An Interview Conducted by Malca Chall*. California, University of California-Berkeley, Bancroft Library.

- — — (1975), *Paul Schuster Taylor. California Social Scientist. Volume III: California Water and Agricultural Labor*. An Interview Conducted by Malca Chall. California, University of California-Berkeley, Bancroft Library.
- Smith, Michael M. y Jorge Durand (2001), «*El Cosmopolita* de Kansas City (1914-1918). Un periódico para mexicanos» en *Frontera Norte*, 26, vol. 13, Julio-diciembre. pp. 7-30.
- Steinbeck, John (2009), *Los vagabundos de la cosecha*. Barcelona, Libros del Asteroide.
- Taylor S. Paul (1991), «Arandas, Jalisco: una comunidad campesina» en Jorge Durand (comp.) *Migración México-Estados Unidos. Años veinte*. México, Conaculta, pp. 131-221.
- — — (1981), *Labor and the Land. Collected Writings. 1930-1970*. New York, Arno Press.
- — — (1935), «Songs or the Mexican Migration» en J. Frank Dobie (editor) *Puro Mexicano*. Austin, Texas Folklore Society. pp. 221-245.
- — — (1934), *An American-Mexican Frontier. Nueces County, Texas*. Chapel Hill, The University of North Caroline Press.
- — — (1933), «Making Cántaros in San José Tateposco, Jalisco, México» en *American Anthropologist*, 35, pp. 745-751.
- — — (1933), *A Spanish-Mexican Peasant Community. Arandas in Jalisco*, México. Berkeley, University of California Press.
- — — (1932), *Bethlehem, Pennsylvania en Mexican Labor in the United States*. Berkeley, University of California Press.
- — — (1932), *Chicago and the Calumet Region en Mexican Labor in the United States*. Berkeley, University of California Publications in Economics.
- — — (1930), *Dimmit County, Winter Garden District en Mexican Labor in the United States*. Berkeley, University of California Publications in Economics.
- — — (1929), *Valley of the South Platte, Colorado en Mexican Labor in the United States*. Berkeley, University of California Publications in Economics.
- — — (1928), *Imperial Valley en Mexican Labor in the United States. Volume II*. Berkeley, University of California Publications in Economics.
- Weber, Debra, Roberto Melville y Juan Vicente Palerm (2002), *Manuel Gamio, El inmigrante mexicano, La historia de su vida. Entrevistas completas, 1926-1927*. México, Secretaría de Gobernación-INM, U C Mexus, Ciesas, Miguel Ángel Porrúa.

MAPA

Los lugares de investigación: Bethlehem, Arandas, San José Tateposco



PAUL S. TAYLOR

Los trabajadores mexicanos en Estados Unidos
Bethlehem, Pensilvania
1928-1930

Traducción de Celeste González Camacho

Trabajo publicado originalmente como *Bethlehem, Pennsylvania en Mexican Labor in the United States*. Berkeley, University of California Press, 1932.

El corrido pensilvano

El corrido es una balada que habla de situaciones que «pasan en el momento», de «eventos del tiempo presente» que muestran la facilidad de las personas para improvisar y cantar versos, coplas y estribillos pegajosos. Es un tipo de música folclórica tradicional mexicana, que persiste entre los emigrantes que la usan para expresar pensamientos y emociones de su vida migrante. Los corridos pueden tener autor identificado, pero con frecuencia son anónimos.

La primera vez que escuché el «Corrido pensilvano» fue en la voz de dos obreros-trovadores que iban de San Antonio a un estudio fonográfico de grabación en Chicago (apareció con el registro nº 8278 y como O. Keh, registro nº 16383).

En este corrido sobre la travesía de los mexicanos hacia el noreste, se relata desde un punto de vista personal algunos de los principales aspectos de la migración. Era un movimiento de hombres solos, que separaba a enamorados y familias, porque en la industria del norte hay menos posibilidades para las familias que en la agricultura. No es el caso de los migrantes europeos. Las italianas, por ejemplo, para las cuales existen mejores oportunidades porque tienen más contactos sociales. La industria atrae al trabajador agrícola, recolector de algodón, con la esperanza de un empleo más estable y lucrativo. Pero para quienes están acostumbrados al trabajo en el campo, los ruidos y movimientos de las máquinas en las fundidoras modernas resultan aterradores; algunos son incapaces de soportarlo y huyen a «ochenta millas por hora».

Corrido pensilvano

El 28 de abril
a las seis de la mañana
salimos en un enganche
para el estado de Pensilvania.

Mi chinita me decía,
yo me voy en esa agencia
para lavarle su ropa,
para darle su asistencia.

El enganchista me dijo,
no lleves a tu familia
para no pasar trabajo
en el estado de West Virginia.

Para que sepas que te quiero
me dejas en Fort Worth
y cuando ya estés trabajando
me escribes de dónde estés.

Cuando ya estés por allá
me escribes, no seas ingrato,
en contestación te mando
de recuerdo mi retrato.

Adiós estado de Texas,
con toda tu plantación;
yo me voy para Pensilvania
para no pizcar algodón.

Adiós Fort Worth y Dallas,
ya no significas mucho para mí
yo me voy para Pensilvania
por no andar en la vagancia.

Al llegar al Steel Mil Worque,
que vemos la locomotora
¡y salimos corriendo
a ochenta millas por hora!

Cuando llegamos allá
y del tren nos bajamos,

preguntan las italianas,
¿De dónde vienen, mexicanos?

Responden los mexicanos,
los que ya saben «inglear»,
venimos en un enganche
del pueblo de Fort Worth.

Estos versos son compuestos
cuando yo venía en camino
soy un muchacho mexicano
nombre das por Contestino.

Y con ésta me despido
con mi sombrero en las manos
y mis fieles compañeros
son trescientos mexicanos.

El origen de la colonia mexicana

Las colonias de trabajadores mexicanos varían en tamaño, desde algunas decenas de personas, o menos, a cientos, incluso miles, que están dispersas aquí y allá en el este y el medio-oeste de Estados Unidos. Entre las colonias más lejanas al noreste se encuentra la de Bethlehem, Pensilvania, que se originó con el reclutamiento de migrantes contratados en el suroeste para la Bethlehem Steel Company.

El máximo de habitantes, en 1923, fue de aproximadamente mil mexicanos, que rápidamente disminuyó cuando sus miembros se dispersaron. En 1929 la cifra se había estabilizado en alrededor de 300 o 400 personas entre llegadas y salidas. La colonia de Bethlehem, uno de los varios ejemplos de un núcleo distante del lugar donde se concentra la reserva de mano de obra mexicana en el suroeste, fue seleccionada para realizar un estudio de caso. Esta monografía es la sexta de las investigaciones publicadas sobre los trabajadores mexicanos en Estados Unidos, realizada gracias a una beca del Social Science Research Council. Los datos fueron

recopilados en tres visitas a Bethlehem, la primera a principios 1928 y la última en los primeros meses de 1930. El doctor Donald Anthony amablemente me permitió usar algunas de sus notas y entrevistas.

El movimiento de trabajadores mexicanos fuera de la reserva de mano de obra del suroeste tuvo repercusiones en Texas, Colorado y Washington. Cuando se empezó a enviar mexicanos a Bethlehem hubo preocupación por parte de los productores de betabel de Colorado¹ y entre los agricultores de Texas porque se redujo la oferta de operarios agrícolas y se afectaron los salarios. Por lo anterior, pero también por el carácter estacional del empleo, la contratación en Bethlehem y otros lugares del norte fue de gran ayuda para los trabajadores desempleados y causó preocupación entre los agricultores de Texas. Con motivo de la salida del primer tren con trabajadores mexicanos hacia Bethlehem, un periódico de San Antonio informó: «es cierto que muchos mexicanos necesitan trabajo [...] Los agricultores y rancheros locales han mostrado preocupación por el gran movimiento de trabajadores [que se van a la industria del norte y los campos de betabel]».²

Las últimas contrataciones de trabajadores mexicanos para las industrias del norte y los campos de betabel siguen causando molestia a los rancheros de Texas. No sólo por la competencia de mano de obra, sino también porque la dispersión de los mexicanos en nuevos territorios, ha aumentado la agitación política que busca restringir la inmigración de ese país. Finalmente, en 1929, el estado de Texas promulgó una ley laboral que obstaculizaba la contratación de trabajadores para laborar fuera del estado.³ La cita anterior revela la clara conciencia sobre la diversidad de intereses incluso desde 1923.

Antes de 1923 había muy pocos mexicanos en Bethlehem. En los veinte años previos, sólo un mexicano había trabajado en la fundidora. No siempre el mismo, quizás fueran dos o tres, pero no de manera continua. Por lo menos eso recordaba un pensionado y probablemente tenía razón. Algunos más aventureros recorrían la

¹ Paul S., Taylor, *Mexican Labor in the United States*, I, 141. Citado en lo sucesivo sólo por volumen y página.

² *San Antonio Light*, recorte sin fecha, probablemente del 4 de abril de 1923.

³ «More bars against mexicans?» («¿Más barreras en contra de los mexicanos?») *Survey Graphic*, abril, 1930: 26.

zona de un lugar a otro. Hay reportes de su presencia en otras localidades. En mayo de 1919 un censo de los trabajadores de la fundidora reveló la presencia de sólo seis mexicanos. El gran crecimiento de la colonia sucedió cuatro años más tarde.

En la primavera de 1923 la industria se recuperaba de la depresión. Los hornos de la fundidora que habían estado apagados fueron puestos en marcha en marzo y principios de abril de ese año. La compañía, en busca de fuentes de mano de obra para satisfacer la creciente demanda, orientó su pesquisas hacia el suroeste. El señor Grace, presidente de la Bethlehem Steel Corporation, «señaló que como no había restricción para la migración de México, ese país era una fuente potencial de mano de obra no calificada».⁴

Esa empresa no fue la primera del este en constatarlo. Tanto el ferrocarril de la Pennsylvania, Baltimore & Ohio, así como los del medio-oeste, y también fundidoras y curtidurías ya habían reclutado trabajadores mexicanos en el suroeste. En Bethlehem hubo opiniones divididas acerca de la conveniencia de contratar mexicanos: algunos empleados, que habían estado en México, dijeron que eran malos trabajadores, pero un supervisor dijo que «había escuchado que eran buenos para trabajos generales» y había empleado a unos cuantos que «habían hecho un buen trabajo», añadió que contrataría tantos como fuera necesario. Como se necesitaba con urgencia más mano de obra, se hizo el experimento de contratar mexicanos.

En cinco fases, entre el 6 de abril y el 30 de mayo de 1923, se transportaron de Texas a Bethlehem 912 mexicanos hombres, 29 mujeres y 7 niños. Esos trabajadores fueron enviados también a Lackawanna y otras plantas de la compañía. El reclutamiento fue organizado mediante las casas de enganche en Texas, en cooperación con el Consulado General de México en San Antonio. Un empleado de la compañía que hablaba español, fue enviado a Texas para ayudar a organizar y contratar a los mexicanos. Entre los que llegaron había algunas familias y hasta un sacerdote.

El cónsul general y un representante de la fundidora firmaron un contrato para los trabajadores que serían enviados fuera de San Antonio. Era un procedimiento nuevo porque el cónsul general quería proteger a los campesinos que iban a trabajar en industrias distantes y desconocidas. Puesto que la mayor parte de ellos se encontraba en situación irregular en Estados Unidos y podían ser sujetos a deportación

⁴ *Bethlehem Globe*, abril 27, 1923: 30.

por la patrulla fronteriza, era mejor protegerlos en su viaje al norte con un acuerdo que asegurara su regreso a San Antonio con gastos pagados por la compañía, en caso de que se convirtieran en un problema.

Según el acuerdo, el costo del transporte debía ser deducido de los salarios quincenales, a razón de \$3.50 cada vez, pero los que permanecieran un año en el trabajo, se les regresaría el dinero. El transporte de las familias era pagado por la compañía sin reembolso. El alojamiento y la comida era proporcionados por la empresa a razón de \$1.10 diarios. El salario mínimo era de treinta centavos la hora, por tantas horas como lo permitiera la ley de Pensilvania, e igual al que recibían los trabajadores de todas las nacionalidades por el mismo trabajo.

Los mexicanos no podían ser despedidos sin una causa justificada y quien se convirtiera en una carga pública, por cualquier causa, sería regresado a San Antonio con los gastos cubiertos por la empresa.⁵ En virtud de esto último, la compañía regresó algunos trabajadores que se accidentaron, no sólo a San Antonio, sino hasta sus hogares en Michoacán.

En Bethlehem un concesionario de la compañía tenía una casa de huéspedes con un cocinero mexicano. Algunas familias preparaban su comida y un mexicano que tenía una pequeña tienda les proporcionaba alimentos y otros productos básicos a sus paisanos. Por algún tiempo estuvo protegido contra las posibles pérdidas por medio de las retenciones de salario que realizaba la empresa a los trabajadores.

La opinión de los que se encargaban de reclutar trabajadores fue expresada por dos ejecutivos:

Hemos tenido más problemas con los mexicanos que con el resto de los trabajadores. Pero como queremos tener una buena reputación en el mercado de trabajo del sur, para que consideraran volver, alentamos a algunas familias para que se vinieran, aunque no en todos los casos. Pensamos que si había familias, los mexicanos estarían más contentos. También vivieron uno o dos sacerdotes, queríamos que se sintieran en una comunidad amable. Queríamos que fueran felices y sintieran que nos interesábamos por ellos como seres humanos, con un buen negocio y buenas costumbres para ambos.

⁵ *Manufacturers Record*, 10 de mayo de 1923, p. 73; también *San Antonio Light* (probablemente) 4 de abril de 1923; *La Prensa*, 6 de abril de 1923.

Vale la pena consignar la noticia de la llegada de mexicanos en coches-dormitorio:

Un tren de coches Pullman llegó a Bethlehem a las seis de la mañana con 400 mexicanos que van a trabajar en la planta de la Bethlehem Steel Company. Algunos trajeron a sus esposas. El tren salió de San Antonio, Texas y fue recibido en The Heights por personal de la compañía y el teniente Lucas de la policía. Bajaron cerca del viejo Hotel Iron Valley y desde ahí fueron transportados a Shimersville, donde se estableció una colonia para ellos.⁶

La llegada de los mexicanos representó, sin duda, un shock para la población de Bethlehem. Les llamó la atención su ropa y su raza. Eran pintorescos, pero posiblemente también representaban una amenaza. La prensa reveló esa reacción:

Esta tranquila ciudad Moravia fue sorprendida en la noche con una verdadera invasión de mexicanos y trabajadores indígenas, que llegaron en tres grandes trenes y despertaron la curiosidad de la población local por su vestimenta típica y sus sombreros de palma. Esta invasión de trabajadores mexicanos ha dado lugar a muchos comentarios y los operarios de aquí se preguntan qué representará esta inmigración para el futuro industrial de la ciudad, cuyo centro lo representa la gigantesca planta fundidora de Bethlehem Steel Corporation.⁷

Rumores alarmantes, exagerados e incluso inconsistentes fueron publicados en ese mismo medio de comunicación: los mexicanos habían sido traídos para ocupar los puestos de los estadounidenses que se negaban a trabajar por treinta centavos la hora; los mexicanos estaban dispuestos a recibir cinco dólares al día mientras aprendían las nociones de la industria del acero, al tiempo que los trabajadores estadouni-

⁶ *Bethlehem Globe*, 25 de abril de 1923. Shimersville se ubica al este de South Bethlehem. En esa parte, al sur del Río Lehigh, ya no residen mexicanos. Un gran número de mexicanos fue empleado en 1929 en la planta de carbón de la Bethlehem en dirección de Hellertown. En 1929, la mayor parte de ellos vivía en South Bethlehem, cerca de la planta de carbón y a lo largo de la parte sur de la fundidora.

⁷ Citado en español en *La Prensa*; San Antonio, recorte sin fecha, probablemente entre el 6 y el 11 de abril de 1923.

denses —sus maestros— iban a recibir treinta centavos la hora. Los mexicanos eran vistos como esquiroles que tomaban los lugares de los estadounidenses que algunas semanas antes habían dejado la planta exigiendo un aumento en los salarios. Los líderes sindicales no negaron que hubiera «peligro de graves disturbios laborales» y que la «contratación de trabajadores mexicanos pudiera precipitar los eventos».

Algunos mexicanos contrajeron gripe durante el camino y recibieron atención en hospitales. Eso ocasionó el rumor de que 17 mexicanos estaban hospitalizados ya que «se habían peleado y herido entre ellos con navajas». ⁸

Rumores exagerados como este han acompañado frecuentemente la migración mexicana a Estados Unidos. Un representante de la compañía atribuyó esos reportes a la propaganda para desalentar a los mexicanos de ir a Bethlehem y negó que existiera alguna huelga. El cónsul mexicano en Filadelfia investigó y encontró que las condiciones para sus connacionales eran satisfactorias.

En 1929, un ejecutivo de bajo rango de la compañía, comentó actitudes de otros empleados acerca de la importación de trabajadores mexicanos: «los demás empleados sabían que había escasez de mano de obra, por lo que aceptaron a los mexicanos».

Que no eran bienvenidos estaba claro, a pesar de que el artículo previamente citado era claramente exagerado. Incluso en 1929 un ciudadano norteamericano que vivía en Bethlehem, aseguró: «traer mexicanos fue una idea para recortar salarios, y lo lograron».

Eso no era totalmente cierto. La escasez de mano de obra fue corroborada por un informe de la Oficina de Empleo de Pensilvania, con fecha del 15 de marzo de 1923, que decía «en la industria del hierro y el acero es imposible abastecer las necesidades de mano de obra no calificada». ⁹

El señor Grace, presidente de la compañía, afirmó que «Los mexicanos reciben los mismos salarios que los estadounidenses». ¹⁰

⁸ *Ibid.*

⁹ *Globe*, 21 de marzo de 1923, p. 5. La Oficina de Trabajo de Estados Unidos publicó reportes similares de la situación de Bethlehem entre enero y agosto de 1923, ver *Boletín de Información sobre Empleo Industrial*.

¹⁰ *New York Times*, 27 de abril de 1923: 25.

De hecho, esto formaba parte sustancial del acuerdo firmado en San Antonio: pagar el mismo salario a los que realizan el mismo trabajo ha sido una práctica habitual de las grandes empresas y no parece haber razón alguna para dudar de esa declaración.

En retrospectiva, no se puede saber qué tanto los salarios de los mexicanos eran comparables a los que se otorgaban por trabajos similares en la región. Por un lado, el acuerdo en Texas estipuló un mínimo de treinta centavos por hora, cuando la Lehigh Valley Railroad, que pasa por Bethlehem, aumentó el salario de 37 a 40 centavos la hora.¹¹ Por otro lado, muchos trabajadores no calificados contratados por la fundidora recibieron un bono de productividad adicional a su salario. Cuando los primeros mexicanos llegaron a Bethlehem, la compañía anunció que «había aumentado un once por ciento los salarios, para cumplir con los incrementos anunciados el lunes por otras compañías siderúrgicas».¹²

Los cientos de mexicanos que se integraron a la empresa aumentaron sin duda la oferta de trabajo lo que afectó los niveles de salario. Aunque no se puede considerar que su contratación se haya hecho para recortar los salarios, esta afirmación funcionó, evidentemente, como un argumento para rechazar la incorporación de trabajadores mexicanos.

Esto respondía a un sentimiento propio de la población de Bethlehem, pero en parte también era una cuestión de autodefensa, por lo que se ofrecieron garantías de que no se traería a personas que estuvieran fuera de la ley o enfermas. Los exámenes físicos a los reclutados se llevaban a cabo en Texas, no en Bethlehem. Los siguientes casos, aunque excepcionales, muestran las dificultades más frecuentes para la contratación y traslado de los trabajadores.

F. A., un sordomudo que había servido en el ejército de Villa, hizo que otro mexicano se sometiera al examen físico por él. Tiempo después, su superior descubrió su discapacidad y reportó que «era inteligente y buen trabajador por lo que no hice ningún esfuerzo por deshacerme de él. Escribía perfecto en inglés». Después de algunos años en Bethlehem, en los que ahorró 1 200 dólares, regresó a México a visitar a su madre, advertido de que su recontratación corría peligro porque los

¹¹ *Globe*, 28 de abril de 1923: 3.

¹² *New York Times*, 11 de abril de 1923: 26.

exámenes físicos se habían convertido en un requisito indispensable. De cualquier manera, regresó a Bethlehem, usando el mismo truco y consiguió trabajo en otro departamento de la empresa. Todo parecía ir bien hasta que amenazó a un ejecutivo que lo delató, aunque finalmente, retiró los cargos. Pocos días más tarde fue a un banco cercano, disparó algunos tiros, tomó un poco de dinero y corrió. Fue capturado en una calle cercana y encarcelado por robo. Previamente había sido encarcelado por dispararle a otro mexicano al que le debía dinero y se había negado a pagarle. Durante su detención, consiguió suficiente dinero apostando para completar lo que aún debía de las acciones de la empresa.

Otro mexicano, que había perdido parte de un pie, fue contratado usando el mismo truco. Su defecto no fue descubierto hasta que su zapato fue destruido en un accidente y fue llevado al hospital, donde se dieron cuenta de que había salido prácticamente ilesos.

El Cuadro 1 presenta los datos de 84 mexicanos que estuvieron en la nómina de la empresa en la primavera de 1930. El grupo A son trabajadores que fueron reclutados por la empresa en Texas, en 1923. Esas 46 personas muestran las características de las contrataciones. La muestra fue seleccionada con base en su permanencia en el empleo y, aunque pequeña, es representativa, salvo que es posible que en ella haya una proporción mayor de hombres casados o con personas a su cargo y que los hombres tengan una edad superior al promedio.

Sólo dos integrantes del grupo A nacieron en Estados Unidos: uno en Texas y otro en California. De los 37 que había datos, 26 reportaron su llegada a Estados Unidos en 1923, lo que indica que fueron contratados cuando acababan de salir de México. Sólo cinco habían llegado en 1921, es decir, antes de la depresión de la posguerra. Los primeros en llegar a Estados Unidos lo hicieron en 1910. En 1923 la distribución de edades fue la siguiente: menos de 20 años, uno; entre 20 y 29 años, treinta y seis; entre 30 y 39 años, seis; 40 años o más, tres. El grupo, en su mayoría, se componía de hombres jóvenes en sus veinte. Después del lapso de siete años, poco más de la mitad del grupo ya estaba en los treinta. De treinta y cinco que reportaron su estado civil, 17 eran solteros y 28 casados. Sin embargo, el método para obtener estos datos no fue el adecuado, pues podrían haber cambiado de estado civil ya que el registro fue hecho fuera de la oficina de empleo. De los 28 casados, 16 esposas estaban en Estados Unidos y 12 en México. En todo el grupo, la proporción de solte-

CUADRO 1

Datos de 84 mexicanos empleados en 1930 en la Bethlehem Plant, Bethlehem Steel Company. De ellos, 46 (grupo A) fueron contratados y trasladados por la compañía desde Texas en 1923. Los 38 restantes (grupo B) fueron empleados posteriormente y llegaron por sus propios medios.

<i>Lugar de nacimiento</i>	<i>Grupo A</i>	<i>Grupo B</i>	<i>Total</i>
México	43	38	81
Texas	1	...	1
California	1	...	1
Sin datos	1	...	1
<i>Año de llegada a Estados Unidos</i>	<i>Grupo A</i>	<i>Grupo B</i>	<i>Total</i>
1909	...	1	1
1910	1	...	1
1915	1	...	1
1916	1	1	2
1918	1	1	2
1920	1	...	1
1921	...	1	1
1922	6	4	10
1923	26	2	28
1924	...	2	2
1925	...	6	6
1926	...	3	3
1927	...	3	3
1928	...	8	8
1929	...	1	1
Sin datos	9	5	14
<i>Año en que fueron aceptados para trabajar</i>	<i>Grupo A</i>	<i>Grupo B</i>	<i>Total</i>
1923	46	2	48
1924	...	3	3
1925	...	4	4
1926	...	7	7
1927	...	2	2

<i>Año en que fueron aceptados para trabajar</i>	<i>Grupo A</i>	<i>Grupo B</i>	<i>Total</i>
1928	...	11	11
1929	...	9	9
<i>Edad en 1930</i>	<i>Grupo A</i>	<i>Grupo B</i>	<i>Total</i>
20-29 años	12	21	33
30-39 años	27	14	41
40 o más	7	3	10
<i>Estado civil cuando obtuvieron el trabajo</i>	<i>Grupo A</i>	<i>Grupo B</i>	<i>Total</i>
Soltero	17	16	33
Casado	28	22	50
Sin datos	1	...	1
<i>Personas que dependían de ellos cuando obtuvieron el trabajo en EU</i>	<i>Grupo A</i>	<i>Grupo B</i>	<i>Total</i>
Esposas	16	10	26
Hijos menores de 16	18	21	39
<i>En México</i>	<i>Grupo A</i>	<i>Grupo B</i>	<i>Total</i>
Esposas	12	12	24
Hijos menores de 16	29	25	54
<i>Último lugar de trabajo</i>	<i>Grupo A</i>	<i>Grupo B</i>	<i>Total</i>
México	13	11	24
Texas	17	3	20
Ohio	2	3	5
Pensilvania	...	5	5
California	1	2	3
Illinois	...	2	2
Montana	...	2	2
Nueva York	...	2	2
Oklahoma	1	1	2
Arizona	...	1	1
Colorado	...	1	1
Michigan	...	1	1
Missouri	1	...	1

<i>Último lugar de trabajo</i>	<i>Grupo A</i>	<i>Grupo B</i>	<i>Total</i>
Sin datos	11	4	15
<i>Ocupación en Estados Unidos</i>	<i>Grupo A</i>	<i>Grupo B</i>	<i>Total</i>
Fundidora	...	6	6
Ferrocarril	...	5	5
Mina de carbón	...	1	1
Mina de azufre	...	1	1
Construcción	...	1	1
Hotel	...	1	1
Barco	...	1	1
Sin datos	46	22	68

Nota: Al parecer los mexico-americanos fueron omitidos del grupo B. Véanse los comentarios a este grupo en el texto y las distorsiones que aparecen en el cuadro al ser omitidos.

ros era probablemente mayor que en esta muestra, porque la selección para empleos permanentes privilegió a los casados.

La mayor parte, 17, reportó como lugar de último empleo, Texas. Dos fueron contratados en Ohio, uno en California, otro en Oklahoma y uno en Missouri. Salvo cuatro, todos habían comenzado a trabajar como obreros. Dos eran carpinteros, uno de los cuales había llegado a Estados Unidos sólo seis meses antes de su viaje a Bethlehem; el otro era un texano-mexicano; el tercero era un ayudante de bombero y el cuarto era un albañil que había llegado al país en 1915.

El empleo de los integrantes del grupo A no había sido necesariamente continuo entre 1923 y 1926. Las separaciones y recontrataciones eran frecuentes. Aunque también se reportó que había «aves pasajeras», que se iban al suroeste durante los meses de invierno, para regresar a Bethlehem en primavera. Los datos de esos trabajadores en este grupo particular, que estaban en la nómina de 1930, mostraban más bien irregularidades en la contratación que salidas y retornos estacionales a Bethlehem. Quizás más «aves pasajeras» pudieron incluirse en una lista de trabajadores del mes de junio.

El análisis del grupo B del Cuadro 1 muestra el crecimiento de este puesto de avanzada de la colonia mexicana a siete años de su llegada. El grupo incluye desde personas que llegaron a Estados Unidos hacia muchos años —1909—, hasta los

que lo hicieron recientemente —1929. De los 33 que tenemos información, diez llegaron en 1923 o antes y los otros 23 en fechas posteriores. El análisis de los años en que fueron aceptados para trabajar muestra que los números crecen cada año, y un poco más de la mitad fue aceptado entre 1928 y 1929.

La comparación de los grupos de edad indica la preponderancia de hombres jóvenes en sus veinte años. Los miembros del grupo A, empleados hace siete años y de edades más avanzadas, reflejan el paso del tiempo.

Las fuentes dispersas de las que se obtuvo la información de los integrantes del grupo B muestran con claridad los lugares y ocupaciones del último empleo previo. La dispersión geográfica iba de costa a costa y del interior de México a la frontera con Canadá. También había una gran diversidad en cuanto a las ocupaciones. Los datos muestran empleos en el ferrocarril en Texas, Ohio, Michigan y Pensilvania, trabajo en las fundidoras en Illinois, Montana, Ohio y Pensilvania; empleo en barcos en Nueva York; en un hotel de la ciudad de Oklahoma; en una mina de carbón en Colorado; en la construcción, en Texas, y en las minas de azufre en un lugar desconocido. Una escuela donde estudiaban niños mexicanos informó que una familia había ido de Dallas a Louisiana a pescar algodón (probablemente en 1925), al año siguiente se fue a Montana a laborar en los campos de betabel (antes ya había hecho ese trabajo en Wyoming) y desde Montana llegó a Bethlehem. Otro niño informó de un empleo anterior en los campos de betabel en esos mismos dos estados, y otro más, nacido en 1919, había ido de Chicago con su madre a los campos de betabel de Minnesota, antes de llegar a Bethlehem. Un cuarto, procedente de Cuba, llegó vía Nueva York. Algunos arribaron directamente de México; uno era originario de Bethlehem, donde había nacido en 1919.

No hay estadísticas disponibles acerca de los estados de origen de los migrantes que vivían en Bethlehem. Pero la impresión de un mexicano, probablemente atinada, es que la mayoría son originarios del centro de México, en especial de Jalisco y Michoacán.

Relaciones laborales

Los mexicanos llegaron a Bethlehem en busca de trabajo porque sabían de la gran fundidora que existe en el lugar; si encuentran trabajo se quedan, si no, naturalmente, se van a otro lugar. Muchos llegaron a Bethlehem porque tienen parientes que

ya trabajan ahí. Con frecuencia, envían dinero a Texas o a México para traer a sus familiares. Un ejemplo notable es el del miembro de un grupo que llegó de Texas en 1923, que ha traído a siete hermanos y tres hermanas, todos, excepto uno, casados, que junto con sus familias suman más de treinta personas.

Tan pronto como llegaron, en 1923, comenzaron a dispersarse en busca de empleos más atractivos. De los originalmente reclutados en Texas, el número máximo alcanzó la cifra de 790 en mayo de 1923. A mediados del verano de ese año, el número se redujo en 24%, en noviembre cayó 53% por debajo del máximo y, a finales de 1923, cayó 71%. La caída mensual durante el primer año fue así:

Abril	624	Agosto	603	Diciembre	347	Abril	272
Mayo	790	Septiembre	522	Enero	286	Mayo	232
Junio	748	Octubre	452	Febrero	283		
Julio	670	Noviembre	374	Marzo	202	Promedio	464

Con la excepción de los meses de invierno —de enero a abril de 1924— que mostró cierta estabilidad, la nómina de los mexicanos traídos por la compañía desde Texas, bajó con rapidez. En la primavera de 1930, 46 mexicanos, miembros del grupo original, continuaban en la nómina de la empresa. Las estimaciones del número total de trabajadores mexicanos en ese momento variaban entre 90 y 150, incluyendo los nacidos en Estados Unidos. Quizás un total de 125 sea buena aproximación, aunque conservadora.

A su llegada, los contingentes originales de trabajadores fueron concentrados en barracas en un campamento de trabajo. En poco más de un año, se habían marchado a otras localidades en el este, regresado al suroeste o a México, o se habían dispersado por Bethlehem y el campamento se despobló. La empresa dejó de hacer arreglos especiales para alojar a los mexicanos. Algunos *solos* eran asistidos por familias mexicanas. En la actualidad, hay quienes son asistidos por familias polacas, eslovacas, españolas y mexicanas. Otros rentan una casa y viven en grupo, los hombres limpian, compran su comida y cocinan. Casi todos residen en casas de la ciudad, pero algunas familias y *solos*, aún viven en casas de la compañía en los campos de coque.

La mayoría de los mexicanos de Bethlehem vive dispersos al sur de sus lugares de trabajo. Allí se encuentra la mayor cantidad de niños de esa nacionalidad estu-

diando en las escuelas públicas de la zona. En la escuela Lindberg, cercana al lugar de trabajo del coque, hubo trece niños en la primavera de 1929; en las escuelas Washington, Donigan y Quinn, situadas a lo largo de Fourth Street, una cuadra al sur de la planta, había doce, cuatro y veinte respectivamente; es decir, un total de 49 niños mexicanos. A principios de 1930, tres niños dijeron que estudiaban la preparatoria. Hay grupos de trabajadores mexicanos del coque entre el 1500 y el 1800 en la East Third Street, zona que no está tan definida como área de colonización mexicana como la del sureste. En 1929, según recuerdan dos personas, en los alrededores de la fábrica de coque, vivían 124 mexicanos entre hombres, mujeres y niños. Se trataba de 17 familias, con cinco o seis niños, y 34 solos.

Hay pocas oportunidades de empleo para los mexicanos fuera de la fundidora. Cuatro son maquinistas y hay tres ayudantes de maquinista en el vecino pueblo de Allentown. En Bethlehem probablemente no haya más de dos o tres empleados fuera de la fundidora, siete u ocho mujeres que trabajan en una fábrica de cigarros, dos jóvenes y algunas jóvenes en una fábrica de seda, un empleado en una tienda de 5 y 10 centavos y un joven de camarero de medio tiempo en un hotel.

Prácticamente todos los mexicanos empleados en la fundidora son obreros. Unos cuantos se consideran semicalificados y los menos como mecánicos calificados; hay dos carpinteros y un albañil. Es probable que hubiera más a principios de 1930. Un trabajador puso una queja que es frecuente en otras partes de Estados Unidos: «hay artesanos entre los trabajadores mexicanos —carpinteros y mecánicos—, pero no se les pide que trabajen como tales». Sin embargo, la siguiente frase ofrece una explicación parcial al respecto: «la mayoría no habla inglés».

Los comentarios de varios ejecutivos sobre la capacidad de trabajo de los mexicanos en la industria fueron, en su mayoría, positivos, aunque no siempre estuvieron totalmente de acuerdo. Tres semanas después de que los primeros mexicanos llegaron a Bethlehem, el señor Grace reportó que habían empezado a hacer

Un trabajo satisfactorio; incluso, añadió, lo hacían mejor de lo esperado... la mayoría de ellos estaba en la categoría de mano de obra no calificada, dijo, pero algunos han trabajado tan bien que han sido ascendidos.¹³

¹³ *New York Times*, 27 de abril de 1923: 25.

Dos ejecutivos compararon a los trabajadores mexicanos con los pocos negros que habían sido empleados en Bethlehem y ambos le daban ventaja a los mexicanos. Uno dijo: «los mexicanos son mejores trabajadores y más confiables que los negros. Los negros no están ahí cuando se les necesita, se van al sur cuando el clima es frío».

El otro situó a los mexicanos por encima de los negros, pero por debajo de los húngaros: «hemos tenido mejores experiencias con los mexicanos que con los negros, pero no tan buenas como con los húngaros, que son más estables y confiables que los mexicanos».

Un tercer ejecutivo, seguramente influido por el anterior, hizo un comentario similar: «los mexicanos no son como los europeos, que hacen las cosas más rápido y son más agresivos que los mexicanos».

Pero un cuarto ejecutivo calificó a los mexicanos como iguales o posiblemente mejores que otros europeos que realizaban trabajos similares: «en general, los mexicanos son buenas personas, la mayoría son trabajadores estables. Su inteligencia es superior a la de los eslovacos y los serbios. Son brillantes y buenos trabajadores». Y en respuesta a mi observación de que en otros lugares las personas pensaban que los mexicanos no eran muy inteligentes, dijo: «si alguien piensa que los mexicanos son tontos, debería ver a algunos de nuestros irlandeses. Los mexicanos en general están a la par de los eslovacos y los serbios».

Un quinto ejecutivo que posiblemente tenía más experiencia directa con la mano de obra mexicana que los demás, describió su método con ellos sin establecer jerarquías entre nacionalidades.

No creo que los mexicanos sean diferentes a las demás personas, son muy fáciles de manejar si se les da un trato justo y se les agradece con una sonrisa. Les damos órdenes pero somos justos. Les decimos qué hacer y cómo esperamos que lo hagan, pero no nos preocupamos por lo que no hacen. Me intereso personalmente en cada mexicano y me he ganado su confianza. Si están enfermos o tienen algún problema normalmente vienen y me lo dicen. Si están enfermos, los enviamos al hospital.

Posteriormente, señaló la dificultad para adaptarse a la industria moderna para los que provienen de sociedades preindustriales:

Lo principal en el manejo de los mexicanos es la paciencia. ¿Cómo te sentirías si fueras un joven mexicano que no habla inglés, con alrededor de 27 años, que nunca ha visto una máquina y que de repente obtuviera un trabajo aquí? A los mexicanos les toma un tiempo acostumbrarse a la idea de que deben llegar a cierta hora y permanecer en el trabajo todo el día.

Y corroboró la idea de la otra persona acerca de la inteligencia de los mexicanos:

A sólo veinte millas de aquí puedo encontrar estadounidenses que son tan ignorantes y tontos como los peores mexicanos. Es una cuestión individual, algunos son tontos y otros inteligentes.

Dicen que los mexicanos soportan bien el calor.

Los mexicanos son los mejores trabajando a temperaturas altas, en las chimeneas y en los hornos. No son tan buenos trabajadores en todos los climas. Los mexicanos no soportan tanto el frío como los de otras nacionalidades, pero lo hacen bien con el calor.

Desde que llegaron de Texas, se constató la rápida dispersión de los mexicanos a otros empleos, lo que ocasionó la siguiente observación: «los mexicanos que trajimos eran poco fiables. Tan pronto como llegó el día del pago, se fueron a trabajar a la cantera y a otros lugares».

Dicen que su «estabilidad» laboral ha aumentado, lo que se debió a la eliminación de los trabajadores menos «estables» y a su creciente adaptación a las características de la industria. En concordancia con lo anterior, un mexicano dijo:

A los jefes les gustan los mexicanos. A los estadounidenses no les gusta trabajar; los mexicanos hacen cualquier cosa. Los hombres de familia son estables y les gusta el trabajo estable. Los solteros dicen «dejen que los casados trabajen. Al diablo con el trabajo, nosotros vamos a divertirnos».

Como ya se mencionó, ahora la proporción de familias es mayor que al principio. Con respecto al empleo, los mexicanos mencionaron aspectos favorables y des-

favorables. La queja sobre la discriminación fue generalizada y estuvo dirigida sobre todo a los mayordomos —usualmente europeos— que son con los que los obreros tienen contacto. Es notable que no atribuyan la discriminación a los estadounidenses, que normalmente ocupan posiciones más altas. Un grupo de trabajadores hizo las siguientes observaciones:

No hay discriminación en los cines, restaurantes, peluquerías, pero sí en el trabajo. Los mayordomos protegen a las personas de su propia raza. Y les dan los trabajos más peligrosos y peor pagados a los mexicanos. Los mexicanos ganan menos. Sí, si hacen el mismo trabajo se les paga igual. Los estadounidenses no hacen distinciones. Ellos son los supervisores.

Otro dijo que «la compañía» y su departamento de trabajo se diferenciaban de los jefes:

No hay discriminación en el trabajo de parte de la compañía o el departamento de trabajo. Los mayordomos son los que discriminan, si hay quince de su nacionalidad y cinco mexicanos y les dicen que despidan a tres, los que se van son tres mexicanos.

Otro añadió: «Los mayordomos le dan preferencia a los de su raza, pero la compañía es justa».

Una evidencia de la buena imagen de la empresa entre los mexicanos fue la venta de acciones a sus empleados, de tal manera que se separa a la «compañía» de los «mayordomos». Así lo dijo el sobrino del último entrevistado: «él es parte de la compañía, tiene acciones». ¹⁴

Esa práctica se pensó, en parte al menos, para evitar la discriminación entre las nacionalidades y comenzó, como indicó un ejecutivo, antes de la llegada de los mexicanos:

¹⁴ Los gerentes se han percatado de que la política laboral de la empresa no es tan consistente como la que aplica cada uno de los supervisores. Porque «a los ojos de los trabajadores, el supervisor es la empresa». Tead and Metcalf, *Personal Administration...* (Edition 2, 1926: 167). Sin invalidar lo primero, se ha constatado que la segunda no es completamente aplicable a la actitud de los mexicanos en Bethlehem en el momento del estudio.

Hace algunos años separamos a los de una misma nacionalidad y acordamos ponerles como superior a un estadounidense. Intentamos, bastante bien, mantenerlos divididos; creo que de esta forma tenemos un poco más de control sobre ellos. Si tenemos un supervisor eslavo en un turno, ponemos a un serbio en el otro. El capataz eslavo dará la mayor parte del trabajo a los serbios y viceversa.

La intensidad y lo desagradable del trabajo fue mencionado por dos mexicanos, aunque también cada uno de ellos mencionó ventajas importantes. El primero, en San Antonio, camino a México, en diciembre de 1928, dijo que había «ganado buen dinero» pero «había trabajado hasta la muerte» y que «si regresaba, iba a traer a su familia, porque iba a trabajar mejor y comer la comida de su esposa». ¹⁵

El otro dijo enfáticamente, que

Dejando de lado que los mexicanos hacen el trabajo sucio, lo hacen con libertad, poca interferencia y sumisión. Ellos no tienen mayordomos, hacen lo que quieren. En El Paso tienes que darle darle propina al mayordomo —regalos o cigarros—; eso no sucede aquí. Allá debes hablarle al mayordomo con el sombrero en la mano y aquí lo haces con el sombrero puesto.

Los mexicanos llegados de Texas tenían características físicas que iban de lo casi puramente español a lo indígena puro. No es posible saber si las características físicas indiquen que son mejores o peores para la industria. De hecho, me dijeron: «no he observado relación alguna entre color y cualidades de trabajo».

En un departamento, el color de la piel parecía obstaculizar la posibilidad de ser promovidos. El ejecutivo decía que él no le otorgaba valor al color de la piel, sino a las aptitudes en el trabajo. Sin embargo, también afirmó: «si no fuera por el color de piel, no veo por qué algunos mexicanos no podrían ascender a puestos de responsabilidad».

En otro departamento el color no representaba una barrera, al menos, en los niveles más bajos. El encargado señaló:

¹⁵ Reportado por el Instituto Internacional, San Antonio.

Con frecuencia trabajo con encargados de hornos mexicanos. El encargado es responsable del horno y de otros tres o cuatro hombres de cualquier nacionalidad. En este momento, por ejemplo, tengo a un mexicano de tipo indígena a cargo de un mexicano, un italiano, un eslavo y un serbio.

Relaciones sociales

Los prejuicios contra los mexicanos, asociados con su piel más oscura, parecían ser débiles, si es que existían. En respuesta a mi pregunta, dos inmigrantes europeos obreros de las vías del ferrocarril, contestaron que «todas las nacionalidades son iguales».

La admisibilidad de un candidato, obviamente mestizo, a ser miembro de una fraternidad estadounidense, fue cuestionada con el argumento de que «no era blanco», pero bastó que su patrocinador afirmara que sí lo era, para que fuera finalmente admitido.

En las escuelas se reportó que no se hacían distinciones por el color hacia los alumnos mexicanos. Un niño dijo que cuando iba a la escuela, en 1923, los otros niños le decían *greaser* («grasoso»), pero lo dejaron de hacer cuando él pudo defenderse. Y agregó que «había muy pocos negros en las escuelas, vi a uno jugando canicas con los niños blancos y a otro peleando a golpes con un niño blanco».

En los cines, restaurantes, peluquerías y lugares similares se asegura que no hay distinción de razas hacia los mexicanos, pero cuando estos llegaron «en algunas peluquerías (y teatros) no los dejaban entrar porque traían la ropa sucia, aunque ahora sí. Aquí no hay diferencias, como en Texas, entre las personas bien vestidas, los mexicanos limpios y los blancos».

De cualquier manera, los mexicanos marcaron su barrera racial con los negros: «no admitimos a negros en nuestras asociaciones». Sin embargo, hay algo interesante: aunque de manera inconsciente, ellos se refieren a los europeos y a los estadounidenses como «blancos».

La típica sociedad de beneficencia mutua pronto hizo su aparición entre los mexicanos de Bethlehem. En 1927 se organizó la Unión Protectora Mexicana, que duró muy poco, porque a los mexicanos no les gustaba la palabra «unión» (equivalente a sindicato) ya que en realidad se trataba de una sociedad, y pensaban que tal nombre iba contra la ley de Pensilvania que prohibía a los extranjeros organizar un

sindicato.¹⁶ En continuidad, se organizó una Asociación, en 1928, que a principios de 1930, tenía 120 integrantes. La inscripción costaba cincuenta centavos y las cuotas mensuales eran de un dólar. Los beneficios para los enfermos eran ocho dólares semanales después de tres semanas y se sostenía durante trece semanas, los beneficios adicionales dependían de la asamblea de la sociedad. En caso de muerte se otorgaban cien dólares, más lo que se reuniera en la colecta, para la cual cada miembro debía aportar un dólar. Para los que fallecían y no eran miembros, los gastos del entierro se reunían por medio de colectas voluntarias.

Lo anterior se comprobó en una colecta que reunió \$ 81.75 (aunque no se sabe de qué sociedad) realizada para el entierro de un miembro de la colonia en la primavera de 1930; dinero aportado gracias a setenta donantes, cinco de los cuales eran mujeres y uno dijo ser colombiano. Cuando se realizaban las colectas, se acostumbraba publicar la lista de suscriptores con la cantidad donada después de cada nombre en *La Prensa de San Antonio*,¹⁷ periódico que es leído por la mayoría de los mexicanos de Bethlehem.

En la asociación se evitan las discusiones sobre religión y política «por el bien colectivo». Además, «La asociación ayudará a los mexicanos que vienen y no tienen trabajo. Los presentará en la empresa. Se le puede prestar dinero para empezar sin tener que regresarlo».

Como sucedía en otras partes de Estados Unidos, sólo unos pocos en Bethlehem adquirieron la nacionalidad estadouniense; entre ellos un mexicano dueño de un pequeño negocio. Al respecto, uno que pertenecía a la gran mayoría no naturalizada, dijo «no se hacen ciudadanos porque esperan regresar a México. Si uno hace bien su trabajo y cumple con la ley no es necesario ser ciudadano».

Ésta, no es, por supuesto, la única razón pero *tener la idea* de regresar a México opera como firme barrera para evitar la naturalización. Un ejecutivo reportó que, entre mayo de 1927 y noviembre de 1928, de las aproximadamente 750 personas a

¹⁶ Al parecer, una legislación errónea del estado de Pensilvania, 1920 (ver 21.247), aprobada en 1881, estableció que «cinco o más empleados, de los cuales al menos tres deberán ser ciudadanos de Estados Unidos, pueden [...] formar una asociación para ayudarse mutuamente y proteger sus intereses comerciales».

¹⁷ 16 de abril de 1930.

las que la empresa ayudó a naturalizarse, ninguna era mexicana. En la primavera de 1929 no había mexicanos yendo a los cursos de naturalización que ofrecía la compañía.

Los mexicanos tenían cierto conocimiento del inglés. Después de la llegada a la planta en 1923, fueron puestos a trabajar en grupos a cargo de los que mejor entendían inglés. La idea era acostumbrarlos al sistema de trabajo y que se sintieran como en casa. Posteriormente, fueron mezclados con trabajadores de diferentes nacionalidades. Un ejecutivo reportó que había poca respuesta de los mexicanos a los esfuerzos por enseñarles inglés: «Tenemos un encargado que acude intentando enseñarles inglés. Si muestran algún interés, los saca del trabajo por quince o veinte minutos. Pero ellos no responden muy bien».

La habilidad para hablar inglés no es, por supuesto, una medida de capacidad, aunque un ejecutivo de menor rango dijo que «ahora el cincuenta por ciento de los mexicanos puede hablar inglés». Y un mexicano dijo que «es fácil aprender inglés en Bethlehem».

La percepción de que es más sencillo aprender inglés aquí que en los campos del sureste, se confirmó en conversaciones casuales con trabajadores mexicanos en las calles de Bethlehem, en billares o en cualquier otro lugar. Otra evidencia de que los mexicanos advierten una diferencia entre los estadounidenses y los inmigrantes europeos la expresó otro mexicano: «aquí es más difícil aprender inglés correctamente que en Texas. Los de otras nacionalidades lo hablan de manera incorrecta, como lo hacemos nosotros. Ellos dicen 'fisty' cuando quieren decir *fifteen* o *fifty*».

El entorno para aprender el idioma no les permite avanzar a buen ritmo, aunque sin duda si más rápido que en el suroeste rural.

Su manera de vestirse es como la de cualquier estadounidense urbano, en lugar del atuendo clásico de los trabajadores o del sombrero típico de los mexicanos del suroeste. Los mexicanos están conscientes de lo que significa la ropa y la manera de comportarse, y algunos rompen con los estándares tradicionales, y acaban influyendo en los campesinos que llegan después. Aun cuando mi informante sobre este tema fue un peluquero, su información no fue diferente de la que se obtuvo en otras comunidades de mexicanos conscientes de la impresión que causan en los estadounidenses.

El propósito de la sociedad es hacer a las personas más sociables. Es la única manera en la que aprenden. Los mexicanos aquí se visten, se ven mejor y vienen a cortarse el pelo. Yo les digo, «¿no ves que los estadounidenses no son así?» Algunos de los amigos de los recién llegados les dicen «¿Para qué usas esa chamarra? No estás en El Paso, estás en Pensilvania. ¿No ves que eso no se usa?» Aquí incluso los ves con sombrero, abrigo negro y bufanda.

Una diferencia de códigos de comportamiento: los mexicanos usan cuchillos, en tanto los estadounidenses los puños, lo que ha hecho que se ganen la reputación de peligrosos y sanguinarios. En México, el cuchillo se usa de manera habitual, incluso es parte de la vestimenta. La renuencia a alterar esa costumbre se advierte en la siguiente declaración:

Yo les digo que aquí en Bethlehem procuren no usar cuchillos. Que le dejen un ojo morado y en unos días estará bien. Y ellos dicen «no, el [...], si me insulta, lo voy a herir». Algunas veces les pregunto si traen cuchillos y los tiento, pero cuando están borrachos no les hago preguntas.

Un ejecutivo de la empresa, hablando sobre lo mismo, se mostró seguro de que el código estadounidense finalmente será aceptado:

Ellos aprenden nuestras formas rápido. Por ejemplo, un muchacho de catorce años se despachó a todo un grupo de chicos con los puños. Las peleas con cuchillo desaparecen en la segunda generación.

En 1929 cuatro mexicanos compraron casas en Bethlehem. Los negocios mexicanos consistían en una tienda de abarrotes, una peluquería, un billar y un puesto de venta de chile. Muchos obreros compraron acciones de la empresa: una acción por 400 dólares. Su disposición a participar en los planes de la empresa llevó a un comentario sobre el ahorro que nunca se había visto en el suroeste agrícola. Un ejecutivo dijo:

Muchos ahorran dinero. No es necesario engañarlos para que compren acciones de la compañía. Tienen como regla tomar el límite permitido y si no lo hacen es porque tienen una

buenas razones para hacerlo. Ni siquiera es necesario vendérselas; ellos se dan cuenta de que las acciones preferentes son una buena compra.

Otro comentario común en las regiones agrícolas se refería a la suciedad de los mexicanos, pero esto no ocurrió en Bethlehem. Los ejecutivos de la compañía notaron que se bañaban y cambiaban igual que los de las demás nacionalidades. Un empleado de escuela dijo: «Mantuvieron el campo de trabajo limpio; sus hijos estaban bien vestidos y presentables». A juzgar por su apariencia en las calles y la de los niños en las escuelas, esas observaciones eran justas.

El registro de niños en las escuelas, conforme a las declaraciones de maestros y empleados, era por lo menos igual a la de los otros niños, una gran parte de los cuales era de ascendencia europea.

Tenemos un niño brillante en cuarto grado y dos en quinto que hacen un muy buen trabajo. Esos niños hacen tantos progresos como el resto, y algunos mucho mejor. Unos se desarrollan bien y otros no tanto. Los que viven en Bethlehem son mejores y están ansiosos por tener a sus hijos en la escuela. Los padres cooperan con la escuela.

Un ejecutivo de la empresa, que evidentemente había observado la situación en las escuelas, tenía una opinión similar. «Los niños mexicanos son tan inteligentes como los estadounidenses».

Un funcionario escolar opinó que había diferencia en el progreso educativo de los niños de tipo indígena y de tipo español, al afirmar que «los que eran indígenas iban mucho más retrasados. Los niños más inteligentes son los que tienen más sangre española».

En contraste, los comentarios de los maestros no corroboraron tal afirmación; de hecho, en dos casos al menos, dijeron que los mexicanos estaban entre los más inteligentes de su clase, refiriéndose a los que tenían más rasgos indígenas.

La participación política de los mexicanos es escasa: pocos votan. A principios de 1930 eran 18 los naturalizados o que habían nacido en Estados Unidos. La manera de acercarse a ellos de los políticos estadounidenses y la indecisión de uno de los líderes de la colonia, naturalizado y propietario de una pequeña empresa, para participar en las campañas locales, se muestra en las declaraciones de este último:

Aquí no tenemos política. No podemos votar. Yo no voto, va en contra de mi negocio. Los candidatos me piden que vote por ellos y les digo «Nada de eso señor, si voto por usted, gano enemigos». Voto solo para Presidente, Senadores, Cámara de Representantes; firmo las peticiones. Tenemos 18 votos mexicanos. Un candidato me dijo, «si gano, los mexicanos tendrán más protección». Le dije que nosotros votamos por alcalde, no por regidores; creo que afecta a mi negocio.

Se reportó la existencia de fricciones entre los mexicanos y personas de otras nacionalidades en Bethlehem. Aparte de la insatisfacción con los mayordomos de origen europeo, había problemas entre mexicanos y polacos, como en Chicago. Las fricciones fueron negadas por un líder, aunque otro las admitió cuando dijo: «Vamos a los salones de baile de los españoles, húngaros y rusos, pero nunca a los de los polacos». Y agregó: «a los mexicanos no les gustan los serbios, la manera en que actúan, hablan y viven».

Los matrimonios con personas de otras nacionalidades eran relativamente frecuentes, en parte por la desproporción de sexos entre los mexicanos, la ausencia de prejuicios claramente definidos contra ellos y su número reducido. Los matrimonios mixtos reportados incluían a mexicanos que habían estado antes en Bethlehem así como los que vivían allí en 1930 y los casos de cohabitación «sin beneficios de clero». Un informante reportó que conocía matrimonios mixtos: diez con estadounidenses, uno con rusa, otro con siberiana, dos con irlandesas, tres con italianas, tres con eslovacas, cinco con serbias y cuatro con españolas. Otro informante agregó dos con polacas. Muchos mexicanos se casaban con mujeres de su misma nacionalidad, pero ninguna mexicana se había casado en matrimonio mixto.

Existe cierto sentimiento de parentesco o afinidad con los españoles, portugueses y los latinoamericanos que viven en Bethlehem. Algunos mexicanos eran miembros de un club español; los hispanos eran admitidos en la asociación mexicana, aunque cuando se hizo la investigación, en 1929, ninguno había solicitado ser miembro. Había relaciones amistosas informales entre las dos organizaciones. El siguiente ejemplo muestra que había contactos informales cotidianos entre personas que hablaban la misma lengua y compartían vínculos históricos y culturales: en mi primera visita a Bethelehm, en diciembre de 1929, en una pequeña tienda de abarrotes atendida por un hispano, conocí y hablé con un mexicano joven que

había llegado dos semanas antes, directamente desde Torreón. Era su primer viaje a Estados Unidos y lo había hecho para reunirse con su hermano que trabajaba en la fundidora; allí estaban también un portorriqueño que entró al país por Nueva York y un joven colombiano que había venido a Bethlehem por lo que le había dicho su tío, que había trabajado ahí en 1917.

La idea del retorno es muy fuerte entre los mexicanos. Uno de ellos, bien informado y naturalizado en Estados Unidos, expresó el deseo generalizado de vivir en su propio país.

La mayoría espera regresar cuando el gobierno ajuste las cuentas. El setenta y cinco por ciento se va a regresar. Cuando estás en tu propia tierra usas tu propio lenguaje y tus costumbres familiares. Aquí somos extraños. Allá estamos en casa.

La cara se le iluminó cuando habló de regresar a su país de origen, pero cuando le pregunté si dejaría sus documentos de ciudadanía estadounidense, respondió con seriedad: «Los que tengan papeles se van a quedar. Les gusta más aquí. Si no molestas a nadie, nadie te molesta. Éste es mi país. Aquí vivo. Me tratan como al resto; aquí no hay distinción».

Habló de una familia que había estado en Bethlehem desde 1917 o 1918, y dijo que «les gustaba más aquí». Él mismo había salido de México en 1914, después de haber sido teniente en los ejércitos de Díaz, Madero, Huerta, Carranza y Villa, y haber sido herido dos veces. Sus recuerdos sobre la inseguridad en la época de la Revolución eran muy fuertes y no quería regresar si no había paz. Los avances en educación y la disciplina de la industria lo habían impresionado y pensaba que con una intervención de Estados Unidos eso se podría llevar a su país de origen. En tal caso le gustaría regresar.

Podría volver al ejército si regreso a México. Me gustaría [si enviaran el ejército norteamericano a México] hacer la paz como en Cuba. México sería una gran nación entonces, con escuelas. Si Estados Unidos fuera y los arreglara, a lo mejor regresaría. La vida no vale nada en México. Se ríen y cantan cuando están frente al paredón. Sólo una vez vi a un hombre que temblaba, pero era educado. Por eso me fui de México. Viven como animales porque no tienen educación; dicen «de qué sirve estudiar si igual me voy a morir. Puedo ganarme

la vida como cualquier otro». Los mexicanos son mejores aquí y son mejores trabajadores. En México son flojos y toman.

La norteamericanización de este mexicano evidentemente llegó muy lejos. Además, tenía muy presentes los quince años vividos en el México revolucionario. Sin embargo, enviaba dinero que invertía en México. Había otros como él, con el deseo característico y natural de vivir en paz. Un miembro de la colonia, que vino a Estados Unidos en 1910 y a Bethlehem en 1923, dijo que nunca había vuelto a México, «pero que le gustaría regresar si fuera más pacífico». Otro, que llegó a Bethlehem en la primera contratación, dijo que: «no quería volver a México si no había paz».

Casi todos los niños a los que se les preguntó, dijeron que les gustaría conocer México o visitarlo, puesto que habían nacido en Estados Unidos o habían dejado su país cuando eran muy niños como para recordarlo con claridad. Unos cuantos lo recordaban bien, y había los no se habían adaptado y decían que querían vivir allá.

En 1927, cuando se hizo el primer trabajo de campo para esta serie de estudios, los norteamericanos de la costa del Pacífico aseguraron que los mexicanos no podrían soportar el severo clima del norte. Muchos han dejado Bethlehem y el clima ha sido, sin duda, una de las razones. Un grupo que regresó a México, en diciembre de 1928, externó su motivo: «El clima es muy extremo y regresamos a reunirnos con la familia». ¹⁸

Sin embargo, hubo los que se acostumbraron al clima e incluso les gustan las temperaturas frías.¹⁹ Uno de ellos, en Bethlehem, lo resumió así: «Algunos se acostumbran a la nieve; a otros no les gusta y vienen de San Antonio, Houston, Colorado y otros lugares sólo por el verano».

Conclusión

La colonia mexicana de Bethlehem, está formada por aquellos que se encuentran a gusto, que han sido escogidos por la empresa y se quedaron por años. Algunos trajeron a sus esposas, hijos, parientes y otros miembros más o menos transitorios.

¹⁸ Reportado por el Instituto Internacional en San Antonio.

¹⁹ Ver, por ejemplo, I, 452.

El pago y el trato en la industria y en las relaciones sociales son atractivos. «Pagan mejor aquí y hay menos distinción en los restaurantes, etcétera».

Un mecánico dijo que recordaba condiciones menos favorables en el suroeste de Estados Unidos. Otro agregó que «aquí no hay distinciones, hay más libertad. En El Paso piensan que todos los mexicanos son malos, aquí no. La policía sólo busca a un mexicano cuando ha hecho algo».

Desde el punto de vista de la empresa, la colonia mexicana se estableció como un experimento para enfrentar la presión de la demanda de trabajadores no calificados. Los resultados fueron satisfactorios tanto para los mexicanos como para la empresa. Sobre el proceso de mantenerla un mexicano dijo, «cuando un mexicano encuentra trabajo, se queda, cuando no, se va».

Un ejecutivo piensa que es poco probable que sigan llegando mexicanos a Bethlehem: «ahora tenemos la política de emplear mano de obra local. Además, continuamente incorporamos avances tecnológicos para depender menos de la mano de obra de esa naturaleza. No veo que necesitemos ir a la frontera de nuevo».

Un ciudadano importante de Bethlehem tuvo la misma opinión: «si hubiera necesidad y una escasez acentuada de mano de obra muy probablemente haríamos lo mismo otra vez». Por su parte, un ejecutivo de menor rango aseguró que «si hubiera necesidad y no hubiera suficientes trabajadores probablemente haríamos lo mismo».

Si se van a hacer —y cuándo— nuevos reclutamientos de trabajadores mexicanos en la reserva de mano de obra del suroeste es asunto del futuro. Por lo pronto, la colonia mexicana ha demostrado la capacidad de mantenerse por sí misma, aún sin que se tenga que recurrir a la importación de mano de obra por parte de la empresa. Con o sin ese tipo de contrataciones, puede que, en palabras de un ejecutivo de rango menor, sea «un núcleo para el futuro».

PAUL S. TAYLOR

Arandas, Jalisco:
una comunidad campesina
1931-1932

Traducción de Aída O’Ward, revisada por Celeste González Camacho
Trabajo publicado originalmente como *A Spanish-Mexican Peasant Community. Arandas in Jalisco*, Mexico. Berkeley, California, Univeristy of California Press, 1933. En español como «Arandas, Jalisco: una comunidad campesina» en Jorge Durand (comp.) *Migración México-Estados Unidos. Años veinte*. México, Conaculta, 1991.

Introducción

En el corazón de la república mexicana existe una región donde viven personas relativamente aisladas que conservan la herencia y valores españoles. Han procurado casarse entre ellos preservando los elementos raciales, pues casi no se han mezclado con los *indígenas** que habitan las regiones vecinas. Conservan incluso algunos arcaísmos del lenguaje que no se usan en regiones menos aisladas. Profesan la fe católica con la misma intensidad que sus antepasados españoles hace tres siglos o más y fueron el baluarte de la revolución cristera de 1926-1929.¹

El reparto agrario, baluarte de la Revolución y característico de muchas partes de México, no jugó un papel importante en la región, pues mediante un proceso de agrarismo natural, una alta proporción de la población ha tenido acceso a la tierra. El resultado fue una apropiación campesina ligada a un conservadurismo opuesto al *agrarismo* revolucionario, a la expropiación legal forzosa y a la redistribución de la tierra.

Mucha gente de esta región ha emigrado a Estados Unidos durante el último cuarto del siglo y también muchos han regresado después de cortas o prolongadas estancias en aquel país. En parte, debido a esta emigración se ha dado un nuevo contacto entre diversas culturas, de manera que éste ha sido el último de una serie de contactos culturales que empezaron con la conquista española o probablemente antes.

Para el presente estudio fue seleccionado el municipio de Arandas en el estado de Jalisco, México, ya que es representativo de la región a la que pertenece.

Una serie de estudios previos² en lugares de Estados Unidos donde han hecho contacto la cultura mexicana y la estadounidense sugirió el tema de esta investiga-

* Las palabras en cursiva están en español en la versión original.

¹ La importancia política e incluso militar de este acendrado catolicismo, se retoma más adelante en la descripción de los efectos de la revolución cristera en la emigración a Estados Unidos.

² Paul S. Taylor, *Mexican Labor in the United States*, vol. 1: *Imperial Valley, California; Valley of the South Platte, Colorado; Dimmit County, Winter Garden District, South Texas*; vol. 2: *Bethlehem, Pennsylvania; Chicago and the Calumet Region*, Universidad de California, Publications in Economics, Berkeley, 1928-1932.

ción. Este estudio regional se relaciona con la tradición de contacto cultural que forma parte de lo mexicano y que se distingue por tener sus propias características raciales y socioeconómicas.

La investigación de campo en Arandas se realizó durante los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1931 y en junio de 1932 y fue complementada con entrevistas realizadas a personas de Arandas residentes en Guadalajara, así como la investigación en bibliotecas y archivos.

El estudio fue posible gracias al apoyo de la John Simon Guggenheim Foundation y un donativo suplementario de Broad of Research de la Universidad de California. Agradezco al gobernador de Jalisco, Juan de Dios Robledo, y al arzobispo de Guadalajara, Francisco Orozco y Jiménez, las facilidades brindadas para su elaboración. Estoy particularmente en deuda con las siguientes personas de Arandas: el señor presidente municipal, Macedonio S. Barrera y todo el personal del ayuntamiento; el *notario eclesiástico*, don Ignacio Varela; don José Hernández y don Luis de M. Ramírez. El señor Pantaleón Orozco de Guadalajara, nacido en Arandas en 1840, me proporcionó información invaluable sobre el municipio, tanto por su exhaustividad como por el amplio periodo de tiempo que conoce. La generosa ayuda del profesor José Cornejo Franco de Tepatitlán, ahora residente de Guadalajara, fue muy valiosa en muchos aspectos. Los arandenses, ampliamente reconocidos por su honestidad y franqueza, me permitieron ir a cualquier parte del municipio con seguridad y amabilidad. Ellos me recibieron y ofrecieron su hospitalidad, lo que siempre recordaré con cariño.

Antecedentes

El municipio de Arandas se localiza en el este del estado de Jalisco, en la región conocida como Los Altos, que se eleva sobre la meseta central de México.³ Su territo-

³ El pueblo de Arandas se sitúa en la latitud 20° 44' y la longitud 102° 20'W de Greenwich. El término Los Altos se aplica, algunas veces, de manera muy restringida, excluyendo al valle conocido como El Plan, que comprende la mitad norte del municipio. En otras épocas el término se utilizaba más ampliamente para incluir todas las tierras elevadas desde Pénjamo hasta Zapotlanejo y se extendía hacia el norte sobre partes de Jalisco y Guanajuato. El uso aquí propuesto será evidente en el contexto.

rio abarca aproximadamente 76 sitios de ganado mayor ($1\ 300\ \text{kms}^2$ o quinientas millas cuadradas).⁴

La superficie del municipio se divide en dos tipos de suelo: la tierra elevada más o menos quebradiza de Los Altos, que comprende la mitad sur del municipio, y la mitad norte conocida como El Plan. El municipio se eleva desde la base del Cerro Gordo hacia el este; la mayor elevación es la cima del Cerro Gordo en el extremo oeste, con una altura aproximada de 2 375 m. La altitud del pueblo de Arandas es de 1 905 m.⁵ Alrededor se encuentran una serie de cerros que sobrepasan la altura del municipio. Atravesando el municipio de oeste a este se eleva una cordillera, entre el Cerro de la Campana y los límites orientales, que luego cae de forma abrupta hacia El Plan.

El Plan está interrumpido por una serie de pequeñas colinas encadenadas en dirección noreste. El límite norte del municipio se une a una cadena de *cerros* más altos que llega hasta el Caracol en el oeste y continúa más allá de su límite noreste, donde las corrientes que fluyen hacia el este han formado valles que quedan debajo del llano y los cerros. Los terrenos elevados (Los Altos), al sur de la *cordillera*, forman casi una llanura al oeste de Arandas, con una ligera y ondulada pendiente hacia el oeste, excepto cuando se interrumpe por el valle que forma el río y algunos cerros. Al lado este de Arandas la superficie es mucho más dispresa debido a las montañas y los valles. Al oeste, al pie del Cerro Gordo, se sitúa una ondulada pradera en pendiente que separa El Plan por una cadena entrecortada de pequeños cerros.

El municipio es irrigado por numerosas vertientes. La principal es el río del Tule o Sánchez, con tres afluentes: un arroyo cercano a Edificios en El Plan, el arroyo de la Tinaja a la altura del límite norcentral del municipio y otro al noreste del Rancho Águila. Gracias a los pequeños afluentes que brotan en Los Altos y Arandas, la mayor parte del municipio tiene agua. Uno de ellos, el río del Gachupín, brota

⁴ Un *sitio de ganado mayor* equivale a 4 428 403 ha y contiene 25 millones de varas cuadradas; una vara equivale a $33\frac{1}{3}$ pulgadas inglesas.

⁵ Reporte del Servicio Meteorológico Mexicano. Ramón Sánchez en su *Ensayo estadístico de la municipalidad de Arandas* (Guadalajara, 1889), calculaba la altitud de Arandas en 2 005 m y la del Cerro Gordo en 2 375 m.

CUADRO 1

Precipitación y temperatura en Arandas, Jalisco

Mes	Precipitación 1921-1928 (milímetros)	Temperatura 1925-1928 (grados centígrados)		
	Media	Media	Máxima	Mínima
Enero	4.0	17.2	29.5	6.0
Febrero	12.6	19.7	31.0	6.0
Marzo	17.9	22.0	34.5	9.5
Abril	.5	23.3	35.0	9.0
Mayo	52.3	24.7	36.5	12.5
Junio	204.7	24.7	35.5	14.0
Julio	197.0	23.5	31.4	15.5
Agosto	207.8	23.1	32.0	11.0
Septiembre	174.1	22.7	31.5	14.5
Octubre.	53.6	22.1	31.0	9.5
Noviembre	18.9	20.0	31.0	9.0
Diciembre	48.1	18.2	30.0	7.5
Anual	991.4	21.7	36.5	6.0

Datos del Servicio Metereológico Mexicano

más allá del límite este del municipio, en el Rancho Tecolote, y atraviesa la parte sur de Arandas. El río del Tule fluye hasta pasar por Atotonilco donde toma el nombre de río Zula, que descarga en el río Santiago para, finalmente, llegar al océano Pacífico. Por el límite sureste se unen los ríos Aguilillas y Nacimiento que confluyen en el río Ayo Chico, después en el Lerma y, por último también, en el lago de Chapala.

El río de Forlones nace en una barranca sobre Edificios a corta distancia al este de la fuente del Tule, se une a un pequeño afluente que nace en El Plan al norte del Cerro de Doña Inés y fluye hacia el este en dirección al río Turbio en Guanajuato. Al norte de las colinas intermedias brota el arroyo de Támara o del Pueblito, que llega a la presa de Jalpa y riega las tierras de aquella hacienda. En el extremo oeste del municipio brotan las aguas del arroyo de Jaquetas, que fluyen hacia el sur sobre el río de las Hormigas en Atotonilco y desde allí al Zula. Las aguas del arroyo de Tres Palos surgen cerca del Rancho Pastores, siguen hacia el norte y descargan en el río Verde, que llega al río Santiago y finalmente al océano Pacífico.

El agua de estas corrientes no es estable a lo largo de su curso. En Arandas, en junio de 1932, prácticamente todas estaban secas. Ninguna es navegable en ninguna época. Los suelos del sur del municipio son relativamente impermeables y la precipitación es alta. Como resultado de ello, hay una erosión que arrastra gran parte de la superficie del suelo. Hay evidencia de una erosión que fue científicamente reconocida en 1858⁶ y que se observa en los campos.

Los datos disponibles indican la precipitación y temperatura mensual (Cuadro 1). El clima es templado y las precipitaciones pluviales son normalmente suficientes para los cultivos. Los detalles del almacenamiento de las precipitaciones para el riego en algunas partes del municipio se presentan más adelante.

Datos históricos

Los datos relacionados con los habitantes de Arandas durante la conquista española son escasos, algunas veces vagos y hasta confusos. En su mapa, Orozco y Berra muestra que la región de Los Altos, al este de Tepatitlán, en los límites de lo que ahora es Arandas, era habitada por los tecuexes y que los chichimecas vivían más hacia el este.⁷ El término «chichimecas», dado en esta región por los escritores españoles, se debe entender en términos generales como «indios salvajes» más que como una designación étnica. Los escritos del Padre Tello en 1650 acerca de la conquista, ocurrida 120 años antes, no son enteramente consistentes: nombra chichimecas a todos los habitantes indígenas de la parte este del río Santiago, atribuyéndoles hábitos de nomadismo e idolatría;⁸ sin embargo, en otro pasaje,⁹ se refiere a los indígenas de Cerro Gordo como «Huamares de la nación de Tzacatecas, que viven en rancherías» y son diferentes a los indios nómadas que viven más lejos, hacia el este.

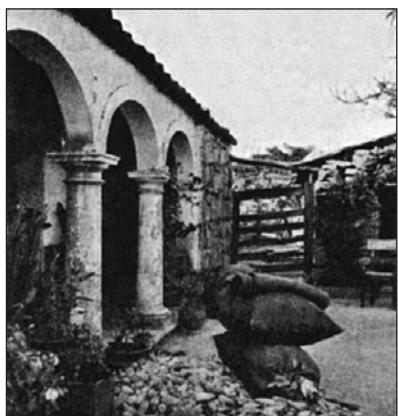
⁶ «Notas geográficas y estadísticas del Departamento de Jalisco», en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 6, 1858: 321.

⁷ Manuel Orozco y Berra, *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México ...* México, 1864.

⁸ Fray Antonio Tello, *Libro segundo de la crónica miscelánea en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la Santa Provincia de Jalisco en el Nuevo Reino de la Galicia y Nueva Vizcaya* (escrito alrededor de 1650 a 1651), Guadalajara, 1891: 11.

⁹ *Ibid.*: 107.

Mota Padilla, en 1742, ofrece un informe más completo y, al igual que Orozco y Berra y el padre Tello, distingue con agudeza a los indígenas de Tepatitlán (que colinda al oeste con Arandas y Cerro Gordo, cuya cima se encuentra en los límites de los municipios de Tepatitlán y Arandas) de los que viven más alejados hacia el este. Mota Padilla describe a los primeros como «políticos» (i.e. con un gobierno organizado) y agrega que «cultivan el maíz y usan ropa»; los otros, por el contrario, no tenían ninguna de estas características: no estaban organizados, no tenían cultivos, carecían de vestimenta y vivían como nómadas de la manera en que el padre Tello atribuye a los chichimecas.¹⁰ Así parecía que en algún lugar de lo que ahora es Arandas se encuentra el límite entre dos tipos diferentes de indígenas.



Casa campestre de un *repatriado*

Hay restos arqueológicos de los primeros pobladores de Arandas en el Cerro Gordo, el Caracol y en las alturas y pendientes de la cordillera sobre Edificios, cerca de la Mesa Meco y el cerro de Farfán.¹¹ Se visitaron tres sitios: en la cima de uno de ellos —al sur de Edificios— se encuentran paredes de piedra claramente definidas, las cuales probablemente formaban habitaciones y recintos contiguos, cada uno en forma rectangular y arreglados de manera que se levantan de las orillas norte y sur de la mesa sobre la cual se construyeron. Al este de las ruinas, se levanta

una pirámide construida con lodo y piedras, con un soporte de aproximadamente treinta metros de cada lado y una altura aproximada de ocho metros. La distancia de la base este de la pirámide hasta la pared occidental es de 125 a 140 metros.

La ubicación y forma de las ruinas indican claramente que las estructuras fueron construidas con propósitos religiosos y defensivos. Los cerritos de Edificios se

¹⁰ Matías de la Mota Padilla. *Historia de la conquista de la provincia de la Nueva Galicia* (escrito en 1742), México, 1870: 49. Tello, *Op. cit.*: 11.

¹¹ Se dice que también hay ruinas en el cerro La Hermita, al oeste del río Tule en el municipio de Atotonilco.

inspeccionaron superficialmente; son una docena o más de montecillos, uno con la cima plana y dos, por lo menos, tienen forma de pirámide. Las pequeñas excavaciones, probablemente hechas por caza-tesoros, indican que la construcción era de piedras apiladas con lodo para llenar los intersticios. Las vasijas habían sido saqueadas por los excavadores, lo que imposibilitó a los arqueólogos el estudio de la cultura indígena. Los vecinos dijeron que habían encontrado figurillas de barro, sin embargo, esto no fue comprobado.

Se visitó el sitio conocido como La Placita de los Mecos, que está aproximadamente un kilómetro al sur de la Mesa Meco, formada por un círculo de ruinas de piedra de unos cuantos metros de altura, apiladas en un diámetro de unos treinta metros, coronado por un espeso monte de nopal (muy espinosos). Este lugar fue un refugio ideal para la caballería durante la revolución de los cristeros.

Las narraciones históricas y los restos arqueológicos muestran que el territorio de Arandas fue evidentemente ocupado por indígenas. Para conocer con detalle el número de grupos y las civilizaciones que habitaban en el área sería necesaria una investigación de varias disciplinas de las ciencias sociales.

Los españoles arribaron a este territorio en 1531 con un ejército conquistador integrado por ochenta españoles y un millar de tlaxcaltecas y mexicas al mando del capitán Pedro Almendres Chirinos. Venían de Cuitzeo, cerca del Lago de Chapala. Chirinos pasó por el Cerro Gordo y avanzó hacia Tepatitlán. Se recuerda que «entre los declives acuosos de Cerro Gordo y los cañones bajo las cimas había muchos ranchos indígenas». ¹² Esos indígenas permitieron pasar a los invasores sin ofrecer resistencia, excepto los del valle de Coynán que se opusieron en forma tan sangrienta como inútil a Nuño de Guzmán.

Sin embargo, las siguientes colonizaciones españolas encontraron una obstinada resistencia. El mejor testimonio disponible del conflicto en las décadas que siguieron a la conquista se escribió aproximadamente setenta años más tarde.¹³ Como otros informes históricos, éste cubre el área del presente Arandas en Cerro Gordo y el área contigua de Tepatitlán. La descripción original dice:

¹² Mota Padilla, *op. cit.*

¹³ Alfonso de la Mota y Escobar, *Descripción geográfica de los Reynos de Galicia, Vizcaya y León* (escrito entre 1602 y 1605), México, Bibliófilos Mexicanos, 1930.

Seis leguas más allá [de Zapotlanejo] se localiza la Villa de Tepatitlán, que una vez estuvo formada por gente guerrera y muy valerosa, la cual se unió a las grandes guerras que tuvieron contra los chichimecas, ya que protegieron y defendieron la ciudad de Guadalajara en contra del paso de sus enemigos. A dos leguas de esta villa se encuentra un *cerro*, el cual debido a su tamaño se llama *Cerro Gordo*, que funcionó como guarida y refugio de los bravos indígenas chichimecas. De los grandes cañones y ensenadas acostumbraban salir para hacer emboscadas y asaltos donde mataron a muchos indios y españoles, del mismo modo robaron gran cantidad de propiedades.¹⁴

Sin duda, la pacificación final se consumó con la derrota o la fuga de los indígenas además de la sumisión y otros métodos pacíficos. La evidencia de la sumisión se constata en el hecho de que a fines del siglo xvi se estableció una *encomienda* con 46 indígenas tributarios en Tepatitlán y Acatic; y Tepatitlán se convirtió en un centro de adoctrinamiento religioso de los indígenas de los territorios circunvecinos.¹⁵ No se sabe si los indígenas que ayudaron a los españoles a resistir los embates de los chichimecas de Cerro Gordo eran de las mismas tribus o provenían de otras partes. Los trasplantes de población para pacificar una región fueron frecuentemente usados por los españoles en la Nueva Galicia y el pasaje antes citado acerca de la guerra de los indígenas de Tepatitlán contra los «chichimecas» sugiere que eran considerados miembros de diferentes etnias. Sin embargo, informes específicos de trasladados de indígenas a Los Altos con el propósito de pacificar la zona, no mencionan a Tepatitlán. Durante la encomienda de Tepatitlán, en 1600, los indígenas evidentemente eran «descendientes de chichimecas» que habían resistido y que fueron apresados por los españoles.¹⁶

La extensa colonización española, que tuvo lugar en la parte oeste de Los Altos a fines del siglo xvi, fue descrita por Mota y Escobar, de la siguiente forma: «En estas siete leguas entre Zapotlán [Zapotlanejo] y aquí [Tepatitlán] hay muchos

¹⁴ *Ibid.*: 111.

¹⁵ *Ibid.*: 112, 196.

¹⁶ *Ibid.*:112. Las designaciones de tribus son confusas, sin embargo, Mota Padilla y Tello, llaman a los primeros indígenas de Tepatitlán y, desde los límites al noreste de Arandas, chichimecas de la nación tzacatecas.

ranchos de ganado, ovejas y plantíos de maíz hechos por los españoles».¹⁷ Hacia el fin de siglo algunos hacendados españoles vivían en la región de Arandas. Algunas concesiones de tierra habían sido otorgadas mucho antes y con el paso del tiempo se convirtieron en asentamientos.¹⁸ De estas dotaciones y otros documentos que cita Sánchez se desprende que la colonización de Arandas tuvo lugar tal vez con un poco de retraso, aunque al mismo tiempo que la parte oeste del Cerro Gordo:

Mediante un instrumento de transferencia de derechos de 1595, hemos descubierto que en dicho año ya existía una hacienda con el nombre de Arandas y otra con el nombre de *Agua de los Arandas*, hoy *Cerro Blanco*; así, estos territorios, fueron colonias europeas en períodos cercanos a la conquista.¹⁹

Ciento cuarenta años después de la primera observación de Mota y Escobar acerca de la colonización española, Mota Padilla (1742) comentó que en el *curato* de Tepatitlán «había muchos españoles dispersos en varios ranchos y haciendas...»²⁰ y es cierto que en esa fecha, se ha mencionado anteriormente, también había muchos rancheros españoles en el área de Arandas.

¹⁷ *Op. cit.*

¹⁸ Copias de documentos legales prestados por don Pantaleón Orozco han clarificado esto. Uno, de 1565, narra la concesión de los ranchos Lagunillas y De la Hermita. En 1568, Capuli, ahora probablemente Capulín Verde, fue concedido a Juan Rodríguez. Se decía que era «un ojo de agua donde los arrieros del camino de Michoacán a Zacatecas pasaban la noche». Un documento de 1604 se refiere a un arrendatario indígena del rancho Carrizal. Por lo regular, las concesiones decían que la tierra estaba deshabitada, que el ganado debería estar en el terreno durante un periodo establecido, que la tierra no debía ser vendida a la iglesia ni monasterios y, por lo menos en un caso, no debía venderse en seis años a partir de la fecha de la concesión. Otras de las primeras concesiones se relacionaban con Cieneguilla (1544), Carrizal (1578) y el arroyo entre Cerro Gordo y el rancho De la Hermita de Juan de Villanueva (1604). De los documentos no fue posible establecer si el asentamiento era efectivo o si la concesión correspondía más bien a una especulación.

¹⁹ Sánchez, *op. cit.*: 36.

²⁰ 49.

La población

Los primeros indicios de población en el municipio de Arandas datan de 1798 (Cuadro 2), la distribución de la población de acuerdo con el censo de 1930 se muestra en el Cuadro 3.²¹ El grueso de la población se concentra en la parte sur del municipio donde los ranchos están más subdivididos. A partir del asentamiento inicial hecho por los españoles, el aumento de la población se debió sobre todo al incremento natural, pues la fecundidad es muy grande: familias de diez o doce hijos son comunes y algunas alcanzan hasta veinte.

Los matrimonios a temprana edad son la regla, aunque en el siglo pasado hubo un avance progresivo en la edad de matrimonio (Cuadro 3). Por ejemplo, de cien matrimonios celebrados entre 1825 y 1826, 49 hombres que por primera vez contrajeron matrimonio tenían menos de 21 años de edad y 73 mujeres no sobrepasaban los 19. En 1880 las proporciones habían bajado a 31 y 69 y en 1930 eran de 16 y 51. Los cambios en la edad de matrimonio según edades son como sigue:

	<i>Hombres</i>			<i>Mujeres</i>		
	1825-1826	1880	1930	1825-1826	1880	1930
Mediana	21.2	22.6	23.8	17.8	18.1	18.9
Media	22.0	23.0	24.1	17.5	18.4	19.4

El promedio de edad de matrimonio de los hombres avanzó un año (mediana 1.4) de 1825-1826 a 1880; 1.1 años (mediana 1.2) de 1880 a 1930 o 2.1 años (mediana 2.6) durante el siglo. La edad promedio para el matrimonio de las mujeres avanzó 0.9 (mediana) de 1825-1826 a 1880; 1 año (mediana 0.8) de 1880 a 1930;

²¹ El censo de 1930 proporcionó el número de habitantes por localidades dentro del municipio. El surgimiento de nuevos nombres de ranchos es el resultado de la notable subdivisión de la propiedad que ha tenido lugar desde 1879, cuando se hizo el mapa de Ramón Sánchez. La actualización para 1930 se hizo con base en dos informantes de Arandas y fue representada en un mapa superpuesto al de 1879. En este sentido, fueron de gran ayuda los comentarios de don Juan J. Domínguez, a cargo del censo en 1930, y del señor Luis de M. Ramírez, supervisor de tierras por muchos años. A pesar de la sabiduría de ambas personas, el método puede tener errores, pero creemos que son pocos y de menor importancia.

CUADRO 2
 Estimados y censos de la población
 del municipio de Arandas, Jalisco,
 de 1798 a 1930^a

<i>Año</i>	(Estimados)	<i>Población</i>
1798		7 282
1820		9 185
1845		12 650
1875		27 900
1879		30 105
1885		36 617
1888		37 821
 Censos		
1900		25 237
1910		23 689
1921		26 624
1930		27 624

^a Los datos de los años 1798 a 1879 y de 1888 fueron tomados de Sánchez (pp. 53-55) quien cita como fuente los archivos civiles y eclesiásticos del 31 de diciembre de 1885 de Mariano Bárcena, *Ensayo estadístico del estado de Jalisco...*, México, 1891. Las cifras de 1885, 1888 y probablemente de años anteriores a 1900, se obtuvieron restando las muertes de los nacimientos y sumando el resultado a la cifra anterior obtenida por enumeración o de algún otro modo. Este método, por supuesto, no da cuenta de la inmigración o de la emigración, la cual ha afectado fuertemente a Arandas. El resultado es doble; las cifras de la población de los años precedentes a 1900 son inexactas y tal vez superiores a las reales, aunque no son comparables con los datos del Censo Federal que se inició en 1900. Se observa más precisión, sin duda, en los censos a partir de 1900 a la fecha, que se consideran los únicos datos oficiales. En 1840 la población de Arandas fue reportada en 2 241 (*Notas geográficas, op. cit.*) En 1879 era de 5 016. En 1910 el censo reportó 5 911; para 1921 la cifra se había incrementado a 6 480 y para 1930 era de 7 574. La población de San Ignacio Cerro Gordo era de 980 en 1910; 1 073 en 1921 y de 747 en 1930. El crecimiento de las poblaciones de Santa María del Valle fue de 114 en 1910 a 304 en 1921 y a 480 en 1930.

1.9 años (mediana 1.9) en el siglo. Así, la postergación de la edad en el matrimonio fue más marcada en el caso de los hombres que de las mujeres.

Una de las razones de este cambio radica seguramente en la emigración a Estados Unidos, que ha sido particularmente importante en los diez o quince últimos años. La emigración también ha contribuido a disminuir la tasa de natalidad debido a los lapsos de separación de los cónyuges. Sin embargo, es importante señalar que el incremento de edad de matrimonio ya era evidente en 1825-1826 y en 1880, y esta última fecha es un cuarto de siglo anterior al inicio de la emigración de Arandas a Estados Unidos.

Otras razones del incremento de la edad de matrimonio son, probablemente, la presión económica de una población creciente de propietarios, cuyas tierras han sido subdivididas e intensamente utilizadas; de una sociedad con costumbres cambiantes entre las que se encuentra un relajamiento de las prácticas sexuales; de una región cuyo aislamiento es cada vez menor y cuya organización social se hace gradualmente más compleja.²²

En cambio, Arandas ha sido, y continúa siendo, un lugar de gran crecimiento demográfico. Las escasas estadísticas disponibles confirman la actual y, a la vez, tradicional tasa de crecimiento natural que ya se ha señalado. Durante los cinco años entre 1834 y 1838 se registraron en Arandas 4 149 nacimientos y 1 979 muertes, que dan como resultado una diferencia de 2 710 nacimientos sobre las defunciones; o sea, 434 nacimientos por año en una población de diez u once mil personas.²³ Sánchez menciona cifras de 1877-1879 que muestran un promedio de excedente anual de 327 nacimientos sobre las muertes, lo cual significa un incremento anual por debajo del promedio en la población total que muestran los censos de 1875 y 1879. El mismo autor explica la discrepancia aduciendo que el área del registro eclesiástico de la época en Arandas, era menor que el ámbito cubierto por el censo.

Arandas no sólo ha mantenido un elevado crecimiento demográfico sino que también ha sido una fuente importante de emigrantes. En buena medida, la emigración ha sido estimulada por los desórdenes y movimientos sociales. Desde el inicio

²² Para una discusión adicional de las costumbres que afectan el crecimiento demográfico, ver el apartado «?Influencia cultural de Estados Unidos en Arandas».

²³ Longinos Banda. *Estadística de Jalisco*, (Guadalajara, 1873): 61.

CUADRO 3

Comparación de la edad de matrimonio de tres grupos
de cien parejas cada uno, casados por la Iglesia Católica
en Arandas, Jalisco. 1825-1826, 1880 y 1930.^a

Edad	Número			Total acumulado		
	1825-1826	1880	1930	1825-1826	1880	1930
12...
13...
14...
15...	2	2
16...	2	3	...	4	3	...
17...	3	...	1	7	3	1
18...	13	6	2	20	9	3
19...	11	9	6	31	18	9
20...	18	13	7	49	31	16
21...	6	7	9	55	38	25
22...	12	17	16	67	55	41
23...	7	8	12	74	63	53
24...	2	6	11	76	69	64
25...	10	15	9	86	84	73
26...	3	4	6	89	88	79
27...	4	1	4	93	89	83
28...	4	93	89	87
29...	...	2	2	93	90	89
30...	2	5	4	95	95	93
Más de 30	5 ^b	5 ^b	79	100	100	100
<i>Mujeres</i>						
12...	1	1
13...	...	1	...	1	1	...
14...	4	1	1	5	2	1
15...	21	15	10	26	17	11
16...	24	20	7	50	37	18
17...	9	12	17	59	49	35
18...	14	20	16	73	69	51
19...	12	4	10	85	73	61

20...	5	11	5	90	84	66
21...	2	2	5	92	86	71
22...	5	3	14	97	89	85
23...	...	1	2	97	90	89
24...	2	97	90	89
25...	1	4	4	98	94	93
26...	...	1	3	98	95	96
27...	...	2	1	98	97	97
28...	98	97	97
29...	...	1	1	98	98	98
30...	1	1	2	99	99	100
Más de 30	1	1	...	100	100	100

^a Datos del Registro de matrimonios, Arandas. La edad de los contrayentes fue consignada por primera vez el 6 de julio de 1825. Las primeras cien parejas abarcan hasta el 17 de mayo de 1826 y constituyen la primera muestra. Para los grupos segundo y tercero, se tomaron datos uniformes de los meses enero-abril y septiembre-noviembre. En cada caso sólo incluimos datos de los primeros matrimonios.

^b Una persona en cada caso, edades 35, 41, 44. Dos personas, edad 32.

^c Una persona en cada caso, edades 32, 33 y 34; dos personas en cada caso, edades 35 y 39.

de la lucha de independencia en 1810, el municipio de Arandas fue escenario de ocupación militar y combates intermitentes. Al estallar el movimiento de independencia el gobierno de Arandas, que apoyaba al rey, concentró a la gente; al igual que durante la revolución cristera de 1927-1929. Esto hizo que muchos se establecieran en Guadalajara —principalmente en el barrio de San Juan de Dios— donde viven sus descendientes. La más seria de las luchas internas que azotó al país ocurrió en 1854, con la revuelta contra Santa Anna. El desorden prevaleció hasta 1867, con la muerte del emperador Maximiliano y el triunfo de Benito Juárez, y concluyó cuando Porfirio Díaz tomó el poder en 1876.

Entre 1854 y 1867 el municipio de Arandas fue visitado por lo menos 17 veces por grupos armados; por lo regular fuerzas militares, pero también por bandidos que se llevaron sumas calculadas en 325 000 pesos por concepto de préstamos forzados, rescates o, simplemente, robo y saqueo. Hubo muchas otras incursiones por parte del gobierno y las fuerzas revolucionarias que elevaron las pérdidas a unos 500 000 pesos. A las pérdidas financieras le sucedieron las secuelas de calamidades

asociadas con la lucha armada y el bandidaje, como asesinatos, saqueos y violaciones.²⁴ Por esas razones, mucha gente emigró de Arandas para establecerse en lugares más seguros como León, La Piedad y cualquier parte, especialmente después de la invasión de los 150 Bandidos de Río Verde en 1863.

Es probable que durante esos veinte años varios miles de personas hayan salido, incluso podría pensarse que se trató de la mayor parte de la población. No fue hasta la guerra cristera de 1927-1929 cuando el éxodo alcanzó proporciones similares. Sin embargo, durante más de un siglo, la emigración de Arandas tuvo que ver con el exceso de población, que ha sido más o menos constante, y se relaciona siempre a la ausencia de oportunidades económicas. En 1836 hubo oportunidades económicas que propiciaron la emigración a la vecina población de La Piedad por la venta generalizada de tierras que pertenecían a la hacienda de Santa Ana Pacueco (véase el capítulo «Estructura económica y social»). Al mismo tiempo, los españoles construyeron la fábrica textil de Atemajac, cerca de Zapopan, por lo que muchos abandonaron Arandas para aprovechar los empleos industriales con salarios atractivos que se ofrecieron a mujeres y niños. Los hombres, por su parte, encontraban trabajo en la agricultura de los alrededores. Durante mucho tiempo ha sido una costumbre que uno o más miembros de la familia abandonen Arandas para buscar oportunidades en cualquier otra parte. Cuando por el deceso de los padres, las tierras de la familia se dividen, los que permanecen en Arandas compran la parte de los que se han ido.

Actualmente hay grupos importantes de emigrantes de Arandas y sus descendientes en Guadalajara, León, Piedra Gorda, La Piedad, Pénjamo, Guanajuato, Atotonilco, Venta del Astillero, Hacienda del Plan y Zapopan. El pueblo vecino de Degollado surgió casi como una colonia de Arandas. Desde 1879 se aseguraba que todos esos pueblos habían sido colonizados por gente originaria de Arandas.²⁵

Muchos de estos lugares —en especial los más grandes—, y otros de la república mexicana, ubicados al norte de la ciudad de México, hasta la fecha reciben emi-

²⁴ Sánchez, *op. cit.*, detalla los acontecimientos más notables de la revolución de independencia y el bandidaje que afectó a Arandas entre 1810 y 1876; menciona cinco eventos sólo entre 1867 y 1876.

²⁵ Sánchez, *op. cit.*: 45 y 55.

grantes de Arandas. Así como la presión poblacional sobre la tierra, continuamente subdividida, ha estimulado la emigración (véase capítulo «Estructura económica y social»), de igual modo el desorden político y las luchas religiosas han provocado que una gran cantidad de personas abandonen Arandas de manera permanente.

Es notable el hecho de que no sólo los trabajadores del campo hayan emigrado a otros lugares en busca de trabajo; personas con otras ocupaciones también se han ido y han encontrado empleos, no sólo en la industria o el comercio, sino además en otros ámbitos de relevancia cultural, profesional y política del país. En la perspectiva de una emigración vieja y extensa, el desplazamiento del último cuarto de siglo a Estados Unidos representa sólo una fase moderna y amplia de un éxodo histórico regular y continuo de este populoso distrito, cuyos detalles se presentan más adelante.

Raza

La gente de Arandas se considera de ascendencia española. La gran mayoría es de tez blanca, con frecuencia tienen ojos azules y rasgos físicos más españoles que indígenas. No existe evidencia documentada sobre su origen español, sin embargo, los conocedores de la región y de los tipos españoles, dicen que sus ancestros provenían del norte de la península. Muchos son altos y de complejión fuerte. Hay algunos tipos de indio y mestizo (mezcla de blanco e indígena) con acentuados rasgos indígenas, pero son minoría. Algunas veces se percibe una combinación de pigmentación u otro rasgo indígena y ojos azules y —con menor frecuencia— se advierten características negroides.

Los primeros rancheros españoles tuvieron sirvientes no sólo indígenas sino también esclavos negros llevados a la región. No hay mucha documentación sobre la esclavitud en Arandas, aunque se ha confirmado que fue una costumbre recurrente, antes incluso de la Independencia en 1810, que los amos liberaran a los esclavos por decisión propia. De acuerdo con esta tradición, los archivos de la Iglesia registraron la existencia de mulatos en calidad de esclavos o libres. Algunas veces, pocas, los indios se autovendían o vendían a sus hijos como esclavos. Hay descendientes de los esclavos negros de Arandas que hoy son propietarios de ranchos.

Los primeros datos estadísticos raciales de la población de Arandas se encuentran en los archivos de la Iglesia. En el Cuadro 4 se hace referencia a las castas de

CUADRO 4
Castas de niños bautizados en Arandas, Nueva Galicia
de 1768 a 1774

<i>Casta</i>	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>
Español	668	69.4
Mestizo ^a	139	14.4
Mulato ^b	104	10.9
Indio	26	2.7
Coyote ^c	13	1.3
Esclavo ^d	7	0.7
Zambo ^e	2	0.2
Morisco ^f	2	0.2
Negro	1	0.1
Lobo ^g	1	0.1
Total	963	100.0

Datos del Registro de Bautismo de la Capilla de Arandas, Nueva Galicia, del 22 de febrero de 1768 al 21 de febrero de 1774, inclusive. Dado que el régimen eclesiástico estaba bien establecido en Los Altos durante este periodo es improbable que los niños no españoles no hayan sido bautizados como españoles. La raza de los padres se asentaba cuando el niño era español; en los otros casos, sólo se anotaba la casta del niño.

^a Mezcla español-indígena.

^b Mezcla español-negro. Probablemente muchos eran esclavos aunque muchos aparecen como «mulato-libre».

^c Escrito «collote» (La clasificación de castas no es uniforme ver, por ejemplo, Gregorio Torres Quintero, *Méjico hacia el fin del virreinato español, antecedentes sociológicos del pueblo mexicano*, México, 1921), de acuerdo con un sistema es la mezcla de indio y mestizo, conforme a otro, se trata de una persona con varios ancestros de una serie complicada de matrimonios mixtos: 4⁶³/1 024 español, 44⁰/1 024 negro y 1¹²/1 024 indio. El primer uso fue el que prevaleció en Arandas.

^d Casi todos eran negros o mulatos. Todos eran registrados como *naturales* o ilegítimos; el nombre del padre no era recordado aunque sí se mencionaba el rancho de donde provenía.

^e Mezcla indio-negro.

^f Mezcla español-mulato.

^g Según la la clasificación usual en Arandas «lobo» era una persona mitad indio 1⁵/3₂ español y 1/3₂ negro. En otro sistema, era el hijo de indio y negro para el cual «zambo» era el término usual. Conforme a un tercer sistema, es una persona con 1/4 indígena 1⁵/3₂ español 9/3₂ negro.

CUADRO 5
Castas de niños bautizados en Arandas, Nueva Galicia
de 1790 a 1799, inclusive^a

<i>Casta</i>	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>
Español	2 372	71
Indio ^b	667	20
Mulato ^c	304	9
Total	3 343	100

^a Datos del mismo archivo del Cuadro 4.

^b Sin duda se incluyen mestizos durante el periodo de 16 años antes (Cuadro 4), sólo el 2.7% de los niños bautizados se registraron como «indios» y 14.4% como mestizos, dando un total de 17.1%, lo cual no está muy alejado del 20% de «indios» señalado en esta tabla y verifica la definición de «indios» sugerida.

^c Mezcla negro-español. El 9% de mulatos de esta tabla coincide con el 10.9% de los «mulatos» de la Cuadro 4, lo que reitera la definición de mulato.

CUADRO 6
Matrimonios en Arandas, Nueva Galicia,
de mayo 17 de 1802 a mayo 16 de 1806, inclusive, por castas^a

<i>Matrimonios entre personas de:</i>	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>
<i>La misma casta</i>		
Español	268	75.9
Indio	22	6.2
Mestizo	10	2.8
Mulato ^b	4	1.1
Total	304	86.0
<i>Diferentes castas</i>		
Español-mestizo	18	5.1
Español-indio	5	1.4
Español-mulato	3	0.9
Indio-mestizo	11	3.1
Indio-mulato	9	2.6
Mestizo-mulato	3	0.9
Total	49	14.0

^a Datos del Registro de Matrimonios, Arandas.

^b Los mulatos cuyos matrimonios se registraron, algunas veces eran esclavos y otros libres.

niños bautizados durante los seis años que siguieron al asentamiento de la congregación de Arandas. Aproximadamente dos tercios de los niños fueron clasificados como españoles, una séptima parte como mestizos y una décima como mulatos. El análisis de los datos durante un periodo de diez años, al término del siglo XVIII, arroja evidencias muy similares a las mencionadas. El Cuadro 5 muestra mayores proporciones de españoles y de indígenas (sin duda se incluye a la mayoría de mestizos con rasgos indígenas predominantes) y una muy baja proporción de mulatos. Estos cuadros revelan con precisión la composición racial de la población de Arandas durante los primeros cuarenta años de la fundación de la congregación. Hay que tener presente que una proporción de sangre española está presente en los mestizos, mulatos y otras castas.

En Los Altos la mezcla de razas se inició desde la colonización española. La evidencia documental se encuentra en los datos de los cuadros 4 y 5 y en los registros de matrimonios de personas de diferentes razas. Los datos del Cuadro 6 corresponden a una muestra de cuatro años: 1802-1806. La mayoría de los matrimonios durante ese periodo se realizó entre españoles, sin embargo, es interesante observar que mientras los indígenas participaron en 25 matrimonios *mixtos*, sólo se registraron 22 entre indios. Aún más interesante es el dato de los mulatos, que participaron en quince matrimonios mixtos y sólo hubo cuatro uniones entre mulatos. Como toda la población de ese tiempo era católica, los registros deben ser muy completos.

Evidentemente, la gran mayoría de blancos absorbió rápidamente a los mestizos y mulatos mediante los matrimonios mixtos. Es significativo que se encuentren en los registros algunos matrimonios de todos los posibles cruces de razas, aun en este breve periodo de cuatro años. También es importante subrayar que las mujeres de sangre española eran más renuentes al matrimonio con hombres con menos sangre española que los hombres. De los 18 matrimonios españoles-mestizos, al menos ocho fueron con mujeres españolas; de los cinco matrimonios españoles-indígenas, dos fueron con mujeres españolas y de los tres españoles-mulatos, uno fue con mujer española. De los once matrimonios de indios con mestizos, tres fueron con mujeres mestizas. Los nueve indio-mulato involucraron a cinco mulatas y cuatro indias. Los tres mestizo-mulato incluyeron una mestiza y a dos mulatas.

En términos numéricos quizá eran más significativas las uniones ilegítimas que los matrimonios autorizados por la Iglesia. Las uniones ilegítimas se establecieron

principalmente entre españoles y mujeres de otras castas, por ejemplo, entre amo y esclava, como ocurrió en el sur de Estados Unidos, antes de la independencia; o entre empleador y trabajadoras indias o mulatas. Las uniones ilegítimas, en las condiciones sociales y económicas de aquel tiempo, no sólo eran plausibles sino evidentes. Esto según los datos del registro de niños nacidos de madres no españolas cuyos padres también españoles con frecuencia no aparecían, pero la tradición sabe que así era.

Es probable, pese a que no hay evidencia concluyente, que los orígenes raciales de la población actual de Arandas sean una mezcla con proporciones no muy diferentes a las de los que vivieron durante el último tercio del siglo XVIII, el periodo de los datos que aparecen en los cuadros 4 y 5. Las diferencias que pudieron existir en el siglo pasado y el tercio de este siglo entre las tasas de inmigración y emigración del municipio así como el incremento natural de los grupos raciales, se desconocen. De cualquier manera, es muy improbable que la sangre negra o mulata se haya incrementado debido a la inmigración.

En pequeñas proporciones, se integraron elementos raciales españoles, indios y mestizos, pues todos sufrieron los efectos de la emigración. Después de indagar y observar, se puede decir que al parecer aunque hubo variaciones, los orígenes raciales no han sido muy alterados hasta este momento, excepto en lo que respecta al elemento negro, que ha experimentado una relativa disminución. Lo que ocurrió es que debido a la mezcla, los rasgos raciales subordinados han tendido a desaparecer como elementos distintivos de la población, en tanto que el predominio de la sangre hispana ha resultado más evidente en una proporción mayor de la población.

La gente ya no es consciente de que tiene raza negra, aunque su presencia este avalada por los datos históricos presentados; esa presencia es casi imperceptible en Los Altos y más notoria en los ranchos de El Plan, donde muchos esclavos fueron llevados allí porque las haciendas y ranchos eran más grandes que en Los Altos. Los propietarios más acaudalados de El Plan llevaron negros para que labraran la tierra, trabajaran como vaqueros, pastores o sirvientes domésticos. El elemento indio de la población —usualmente muy diluido— sí se reconoce generalmente y es evidente en todo el municipio, especialmente en la cabecera municipal, Arandas, y en los ranchos más grandes. En las granjas pequeñas de Los Altos, predomina el tipo español.

En 1889 un escritor local afirmó:

La mayor parte de estos habitantes son de sangre española y el resto son indígenas; entre los primeros, los hombres poseen muy buena constitución y son de piel blanca. Las mujeres también son blancas con rasgos muy bellos y tienen una reputación de belleza en el territorio, inclusive algunas tienen el tipo clásico griego. Se puede afirmar que dos tercios de la población es de origen europeo y el otro tercio es indígena.²⁶

En 1932 es posible seguir de acuerdo con esa afirmación, con excepción de la presencia de sangre negra y la observación de que la proporción de sangre española es probablemente mayor que los dos tercios señalados por Sánchez en 1889.²⁷

Actitudes raciales

Desde la perspectiva de la composición social de la población, las actitudes de la gente de Arandas son de especial interés: reflejaban orgullo por sus ancestros españoles, un sentimiento de superioridad y oposición a mezclarse con mestizos o indígenas. Un hombre de negocios afirmó: «Las señoritas de aquí no se quieren casar con mestizos o indígenas. No se quieren mezclar. Son como los negros de tu país, aunque aquél es un problema mayor».

Esta persona nunca había salido de México. Pero una joven de tipo español que recientemente había regresado de Estados Unidos, proporcionó la siguiente información:

Los padres no quieren que sus hijos se casen con indios; quieren que se casen con blancos. ¡Por supuesto que están orgullosos de la sangre pura y de las viejas costumbres! Una chica

²⁶ Sánchez, op. cit.: 65.

²⁷ Es interesante hacer notar que el censo de 1921 clasificó a la población del municipio de Arandas de la siguiente manera: raza indígena 0.7%, raza mezclada 97.1%, raza blanca 2.2%. Mientras técnicamente una alta proporción de la población puede ser el resultado de una mezcla de razas, en muchas de ellas, el grado de mezcla es tan pequeño que los datos del censo dan una idea absolutamente errónea de la composición racial de la población de Arandas.

de aquí se quiso casar con un joven moreno. Como sabes, aquí la gente se preocupa por saber quiénes fueron tus antepasados. Buscaron quiénes habían sido los antepasados del joven y encontraron que tenía sangre india. Los padres de la chica negaron su consentimiento y cuando la pareja, a pesar de todo, contraíó matrimonio, sus padres dijeron: «Ella no es nuestra hija».

Otro joven de tipo español que había regresado de trabajar en Ambridge, Pensilvania, en una fundidora, afirmó que la gente de Arandas era *buena gente*. «Sí, es porque son gente blanca, tú sabes, no son indios. Cuando yo me case, lo haré con una muchacha blanca como yo; así es como pensamos los de aquí».

Un terrateniente de tipo español explicó las características sociales y económicas de la población en términos raciales: «ésta es una raza blanca con tendencia a mejorar y ahorrar. Las personas se visten mejor que en muchas otras partes del país. Yo lo atribuyo a la sangre blanca de esta gente».

Es probable que tales actitudes hayan sido levemente influidas (si es que lo fueron) por las conductas raciales dominantes en Estados Unidos. No obstante, más bien se trata de actitudes locales o de origen europeo. Sin embargo, en algunas ocasiones, hay indicios directos de la influencia norteamericana. Por ejemplo, un emigrante de tipo español recientemente llegado, usó el término «blanco», como se llama a los norteamericanos blancos en la mayor parte de Estados Unidos donde hay trabajadores mexicanos: «¿Cómo es el hotel? ¿Está limpio? No es tan bueno para un blanco como tú; hay mejores hoteles en Estados Unidos». Y cuando habló de su niño que había nacido y muerto en Estados Unidos, dijo: «El bebé era bonito-blanco».

Otro emigrante de tipo español puro que había regresado combinó una curiosa afirmación defensiva de que en México había gente blanca, pero con la aceptación inconsciente de la terminología de color:

En Mason City, Iowa, me dijeron: «Toda tu gente es negra», y yo les dije que vinieran al centro de mi país [sin duda Los Altos] y verían gente blanca [...] Los mexicanos que se casan con blancas en Estados Unidos allá se pueden quedar [...] En Mason City, yo tenía más amigos blancos que entre mis paisanos.

La valoración de la piel blanca como un atributo personal deseable es frecuente en México, y en estos casos pudo haber sido reforzada por la experiencia en Estados Unidos. Dos mujeres, con piel de diferente grado de color, expresaron claramente su desprecio hacia la piel morena y su aprecio por la blancura. Para una de ellas, la metáfora apropiada para la comparación fue la de «mosca en leche». Ninguna de ellas había ido a Estados Unidos. Otro comerciante de tipo español, que no había emigrado, se quejó de la concepción que tienen los norteamericanos acerca de los mexicanos que conjunta argumentos de clase y color: «Ellos creen que todos somos *prietos* y que usamos harapos».

Estas afirmaciones revelan que hay personas con una fuerte conciencia racial y un sentimiento de superioridad y, ocasionalmente, de inferioridad. Pero no se expresan en público, como en cambio sucede en algunas partes de Estados Unidos. Más aún, hubo muchos que negaron la existencia de sentimientos raciales, incluidos, por supuesto, los que tenían antepasados indígenas y otros que no tenían sangre india o al menos no era evidente que la tuvieran. En uno o dos casos se expresó la superioridad de los antepasados indígenas.

Por ejemplo, una actitud contrastante con la de aquellos que defienden la raza española y la piel blanca, fue expresada por un joven mestizo con modales y manera de vestir europea, quien tenía quizás menos de una cuarta parte de sangre indígena. Manifestó mucho orgullo por sus antepasados indígenas, que se había acentuado por las acciones revolucionarias recientes de México: «La sangre *gachupina* es una desgracia. Somos una mezcla de españoles e indios. La sangre india pura es la mejor».

Sin embargo, este punto de vista no es característico de Arandas.

Lo más generalizado es una actitud moderada, que minimiza la importancia de la raza. Esto se ilustra con las afirmaciones de un profesionista y un ranchero; sin embargo, no tienen razón al atribuir la misma actitud a toda la comunidad de ascendencia española:

Aquí casi no hay mezcla indígena, somos de *raza española*. Pero no existen prejuicios raciales. A pesar de ser de raza blanca, la gente no ve con prejuicio a los indígenas. Aquí hay un espíritu más universal, un espíritu de distinción social y de clase, no de raza. Aquí no hay prejuicios, todos somos mexicanos. Los españoles vinieron con sus familias y unos cuantos

se casaron con indígenas, porque aquí había pocos, no porque los españoles tuvieran prejuicios raciales.

La actitud racial dominante en la comunidad es de tolerancia. Las minorías se han integrado sin tensiones ni fricciones. Aquellos que son puramente españoles y tienen de alguna manera una posición social más elevada que la mayoría, expresan a veces orgullo por sus ancestros españoles y su grupo, aunque sólo cuando se refieren a relaciones sociales específicas, especialmente respecto al matrimonio, y nunca las manifiestan en público. Hubo un comentario interesante sobre la importancia de este punto de vista cuando me preguntaron quiénes habían sido mis antepasados y yo admití tener sangre de tres países europeos y uno de los oyentes exclamó: «¡Qué tanta mezcla!»

Escuelas parroquial y privada

Las primeras escuelas de Arandas fueron parroquiales y privadas. No se conoce la fecha de fundación de la primera escuela, pero probablemente fue a mediados del siglo XIX. A fines de la década de los ochenta, de acuerdo con Sánchez,²⁸ había dos escuelas estatales en Arandas donde estudiaban entre 220 y 250 muchachos y cuarenta y cincuenta niñas.

La escuela parroquial tenía entre noventa y 120 alumnos; además había unas cuantas escuelas privadas en las haciendas y los ranchos. Es probable que el número de inscritos en todas las escuelas no fuera de más de quinientos alumnos. En 1932 había doce escuelas estatales con 1 294 alumnos matriculados, y cuatro escuelas rurales federales con una matrícula de 293 niños y 89 adultos. La matrícula total —1 676 alumnos— se dividía en igual proporción entre ambos sexos. Las escuelas parroquiales no estaban autorizadas legalmente, sus intentos de funcionamiento fueron necesariamente subrepticios y no afectaban la educación pública.

Sánchez reportó que en 1879 había 1 262 varones y 617 mujeres que realmente podían leer y escribir; 243 varones y 81 mujeres que podían leer, pero no escribir. Por lo tanto, 2 203 personas de una población total estimada en 30 105 podía leer o leer y escribir. Las últimas cifras disponibles sobre alfabetización, to-

²⁸ *Ibid.*: 68.

madas del censo de 1921, no son ni remotamente comparables con los datos que ofrece Sánchez.

De las personas de 21 años o más, 2 026 (35.6%) podían leer y escribir. El porcentaje comparable para el estado de Jalisco era de 42.6%. Una comparación más razonable es omitiendo a la ciudad de Guadalajara, así el porcentaje de adultos alfabetizados en la población rural del estado era de 37.7%, sólo un poco mayor a la de Arandas. Hay pocas escuelas y las vías de comunicación terrestre aún son escasas, por lo que muchos niños que viven en los ranchos más pequeños no asisten a ellas. Recientemente, se han incrementado las facilidades educativas.

Agricultura

En general, el suelo de las tierras altas rocosas de la mitad sur del municipio es del tipo que se conoce como *tierra colorada*, un suelo rojizo con alto contenido de óxido de hierro y poco humus. En algunos lugares, especialmente cerca del cerro de Ayo al sur, hay partes de *tierra parda* o suelo café que contiene más barro. La tierra de El Plan y sus alrededores no es uniforme. Hay mucha tierra parda en El Plan, usualmente de una mejor calidad que la tierra parda de Los Altos. Hay pequeñas manchas de *tierra blanca*, un suelo que contiene más cal y es difícil de cultivar. Estos lugares están esparcidos sobre El Plan, especialmente en la región de Piedras Blancas y el Saúz de Cagigal. También hay manchas de *tierra negra*, relativamente reducidas, que contienen más humus que cualquier otra. Unos cuantos suelos, de color café-rojizo y calidad pobre para la agricultura, se conocen como *tierra canela*. En las cimas hay tierra cascajosa donde sólo crece *monte* y pastura.

Las tierras rojas son relativamente pobres, excepto cuando son fertilizadas con abono o cenizas de madera, lo que es muy frecuente. Maíz, *frijoles*, *habas*, cebada, *calabazas*, *linaza* y un poco de trigo son los únicos cultivos que se dan en estas tierras. Las tierras cafés producen los mismos cultivos que las rojas. Las tierras negras son mejores para los *garbanzos* pero también producen todos los demás cultivos que se dan en el municipio.

Como se mencionó anteriormente, los habitantes indígenas del área ahora conocida como Arandas, desarrollaron la agricultura antes de la conquista española, al menos el cultivo del maíz y, probablemente, frijoles y garbanzos. Los colonizadores españoles añadieron el cultivo de la cebada. El trigo se plantó por primera vez en la

región de Arandas en 1868. Después de diez años de cultivarlo sin irrigación, fue sembrado en tierras irrigadas. En la actualidad, el trigo se cultiva con riego en El Plan ya que no resulta adecuado para la agricultura de temporal. Cuando el cultivo depende de la lluvia, las tierras son sembradas a finales de mayo para aprovechar las aguas que empiezan poco después. En 1930 y 1931 se plantaron en los alrededores del pueblo de Arandas, con éxito y por primera vez, papas. En una media docena de molinos de tequila se procesa mezcal.

La linaza es uno de los cultivos más importantes. Fue llevado a Arandas por primera vez cerca de 1850 por un ranchero que se había familiarizado con ese cultivo en Zamora, Michoacán. Actualmente se cosecha tanto en El Plan como en Los Altos, donde crece mejor. De las semillas se obtiene aceite de linaza y la fibra se utiliza para alimentar al ganado, aunque, en años anteriores, parte de la cosecha se vendió para fabricar telas. La fábrica que usaba esa fibra estuvo cerrada durante años por falta de agua suficiente para operar de manera satisfactoria y rentable.

Los cultivos de El Plan se riegan por gravedad y mediante represas de piedra y *bordos* construidos a lo largo de pequeñas corrientes de agua, particularmente del río del Tule, y en zonas bajas donde se junta el agua durante la estación de lluvias. Hay entre sesenta y ochenta pequeños lagos artificiales en el municipio; una sola hacienda tiene cuarenta bordos y desde la pirámide, arriba de Edificios, se pueden ver quince lagos. El depósito de agua más grande de la antigua reserva es el de la hacienda Guadalupe (Joconostle), que data de principios de 1870 y fue el segundo o tercero que se construyó en el municipio. Su capacidad es de cinco millones de metros cúbicos aproximadamente; curiosamente recoge agua de dos presas, la desembocadura de una de ellas está en la cuenca del arroyo de Tres Palos y la otra en la cuenca del río del Tule. La presa más grande del municipio es la Presa Nueva de la hacienda de Jalpa, construida a fines del periodo de Porfirio Díaz, que tiene una capacidad de entre 25 y 30 millones de metros cúbicos.

En la agricultura de temporal, característica de la región de Los Altos, la rutina de trabajo de un pequeño ranchero es la siguiente: comenzando abril la tierra se rotura y surca con el método tradicional del arado de madera estilo egipcio, tirado por bueyes, lo que lleva alrededor de un mes. Luego, se esperan las lluvias que suelen caer a finales de mayo o principios de junio. En 1932 cayeron a fines de junio. Despues de las primeras lluvias se inicia la siembra. El arado es guiado por un muchacho

que planta alternadamente un grano de maíz y uno de frijol, e inmediatamente se vuelve a arar para cubrir las semillas. El proceso requiere entre nueve y diez días.

Una vez plantado el maíz, los campos de linaza se aran para abrir surcos, la semilla se esparce a mano y se vuelve a arar para cubrir la semilla, lo que requiere de tres a seis días.

Cuando el maíz ha brotado, se cultiva; cada surco se ara dos veces para arrojar tierra a los tallos por ambos lados. Se usa el mismo arado de madera pero con otra *telera* (travesaño), más efectiva para arrojar tierra. Esta tarea tarda entre 18 y 19 días. Después de las lluvias, el campo de maíz se vuelve a arar, lo que requiere otros ocho a nueve días. A fines de junio los campos de linaza son desyerbados con hojas, un trabajo que toma cinco o seis medias jornadas de trabajo.

A fines de octubre, empieza la cosecha. El cultivo que madura primero, se cosecha primero. Generalmente es la linaza, un granito que debe ser cortado con la hoz, recogido con una horquilla y una carreta y se coloca en una gran pila sobre el césped. En esta parte, los bueyes caminan en círculos varias veces hasta que la semilla se desprende de la planta.²⁹ La paja es levantada con un bieldo de modo que el viento se lleva la cáscara y permite caer la semilla en el suelo. El maíz se corta a mano con una hoz, se esparce y se deja secar entre quince y veinte días. Después se retiran las hojas de las mazorcas en los campos y los tallos se llevan en manojo a los corrales. Las mazorcas se llevan en carretas o *canastas* que los trabajadores cargan en la espalda, hasta las casas. Ahí el maíz es desgranado frotándolo con los olotes y se colocan los granos en un *petate* para posteriormente ser almacenados.

Los frijoles se arrancan de raíz, se amontonan como la linaza y se golpean las vainas con una vara que sirve de desgranador. La cosecha normalmente termina entre el primero y el quince de enero. El trigo, que se siembra principalmente en los ranchos y haciendas de El Plan, se siembra en octubre y se cosecha en mayo.

En los intervalos de la actividad agrícola, los pequeños agricultores acostumbran trabajar por día para otro ranchero. Frecuentemente, entre los vecinos se intercambian mano de obra. Durante todo el año se dedican tambié a cortar madera, construir bardas, llevar y filtrar agua, etcétera. En los alrededores del rancho Tule

²⁹ Algunas veces se usan caballos, pero tambié se usan piedras cilíndricas jaladas por animales para acelerar el desgranado.

se elaboran cuerdas de fibra de maguey para vender. En San Ignacio Cerro Gordo la madera se utiliza para hacer arados, carretas y otros implementos destinados a toda la región.

En una de las haciendas de El Plan se utilizan ochenta arados de metal. Los arados de hierro se usan también en algunos de los ranchos más grandes tanto en El Plan como en Los Altos. Un tractor —y puede más— se usan en El Plan. Al menos un ranchero usa una camioneta para trasladarse en su rancho, así como para transportar sus productos.

Durante los últimos cincuenta o sesenta años la utilización de la tierra se ha intensificado. Hace medio siglo, Sánchez estimó que se usaba, para distintos propósitos, en las siguientes proporciones: agricultura 16%; pastura 59%; monte 25%.³⁰ Un hombre familiarizado con los cambios, calcula que en la actualidad la proporción de tierra dedicada a la agricultura es del 50%, de pastura 25% y 25% de monte.

Salarios

En 1850, y no se sabe desde cuándo, el salario de los trabajadores agrícolas en Arandas era de 12 ½ centavos y un almud de maíz por día. A fines de 1870 el salario por día de los *peones de labranza* (trabajadores agrícolas) era de 12 ½ centavos y $\frac{1}{24}$ fanega³¹ de maíz, es decir, prácticamente igual que en las décadas anteriores. El salario durante la cosecha era de 25 centavos sin dotación de maíz. Los vaqueros y pastores recibían de cuatro a seis pesos mensuales y la misma ración de maíz. Durante otros veinte años los salarios de los agricultores fueron los mismos y posteriormente aumentaron. El Cuadro 7 muestra los salarios y las fechas aproximadas en que cambiaron.

Una característica de los alrededores de Arandas es que los salarios eran más altos y los aumentos más frecuentes en comparación con poblaciones más alejadas del municipio. A fines de 1910 los salarios en las cercanías de San Ignacio Cerro Gordo eran todavía de 12 ½ centavos y cuatro litros de maíz, en tanto en la cercanía de Arandas era usualmente de 43 ¾ centavos y cinco litros de maíz. Hay que destacar

³⁰ Sánchez, *op. cit.*: 79.

³¹ Una fanega es igual a 1.526 toneladas. Los datos sobre salarios provienen de Sánchez, *op. cit.*: 81.

CUADRO 7

Salarios pagados en la ciudad y el campo por día de trabajo
Arandas, Jalisco.1850-1932^a

<i>Año</i>	<i>Trabajo urbano</i>	<i>Trabajo agrícola</i>
1850	...	12 ½ centavos y maíz ^b
1879	...	12 ½ centavos y maíz ^b
1896	25 centavos	12 ½ centavos y maíz ^b
1900	31 ¼ centavos	8 ¾ centavos y maíz ^b
1904	31 ¼-37 ¼ centavos	25 centavos y maíz
1906	43 ¾ centavos	25 centavos y maíz
1914	50 centavos	25 centavos y maíz
1915	75 centavos	25-31 ¼ y maíz
1920	75 centavos-1 peso	50-75 centavos sin maíz ^c
1921	75 centavos	50 centavos sin maíz
1928	1 peso	0.75-1.00 sin maíz
1930	75 centavos-1 peso	60-75 centavos sin maíz ^c
1931	40-75 centavos	40-50 centavos sin maíz, 0 25 centavos con maíz

^a Datos de 1870 tomados de Sánchez, *op. cit.* Los datos previos y los subsiguientes están basados en el testimonio de personas fidedignas y observaciones recientes.

^b La cantidad de maíz que se acostumbraba dar desde 1896 era de cinco litros (3 ½ kilogramos); antes de esa fecha la cantidad era un almud, o un poco menor de cuatro litros. En algunas partes del municipio la cantidad más baja estuvo vigente hasta mucho después.

^c En los alrededores del municipio es posible que se haya incluido siempre el maíz como parte del salario, además de algo de dinero.

que en los años de la depresión, entre 1930 y 1931, los salarios se redujeron al nivel de los quince años previos. En 1931 el horario de trabajo en el campo y la ciudad era, como había sido antes, de sol a sol. La costumbre en el campo era dar sólo el tiempo necesario para comer, mientras que en la ciudad se otorgaba media hora.

Con estas cifras se puede comparar los 1.25 dólares (2.50 pesos) que recibían los hombres que salieron de Arandas en 1905 a trabajar jornadas de diez horas en los caminos en Kansas; los 35 o 40 centavos por hora que les pagaban por ese trabajo en 1929, o los sueldos en las minas de carbón, fundidoras o la industria automotriz, que llegaba a seis, siete y hasta nueve dólares por día (12, 14 y 18 pesos) que un ranchero

pobre decía haber ganado dos años antes en la planta Buick de Flint, Michigan. El tremendo desequilibrio creado por las enormes diferencias salariales era, por sí solo, la causa de las grandes emigraciones que se describirán más adelante.

Estructura económica y social

Después de la conquista, el territorio del actual municipio de Arandas le fue otorgado a personas por la Real Audiencia de Guadalajara en parcelas de uno o dos *sitios*,³² con fines de pastizaje. Uno de esos dos sitios fue designado en 1565 a Andrés de Villanueva, regidor de la ciudad de Guadalajara. Se ubicaba en Lagunillas y la Hermita, en la porción oeste de Arandas y se extendía probablemente hasta el vecino municipio de Atotonilco.³³ Muchas de las dotaciones nunca fueron aprovechadas por los dueños originales. Sin embargo, en el transcurso de las décadas, los propietarios más emprendedores obtuvieron la propiedad de algunos sitios, ejercieron la posesión sobre otros y se adjudicaron títulos de propiedad mediante una serie de *composiciones y confirmaciones*. Estos procedimientos los realizaban oficiales enviados por el rey de España, quienes aceptaban o rechazaban la validez de los títulos y aseguraban el pago de impuestos para el rey; impuestos que se invertían en el mantenimiento de la flota o el ejército.

Todo o la mayor parte del territorio de Arandas fue ocupado por tres grandes haciendas: Milpillas, Santa Ana Pacueco y Jalpa.³⁴ Las tres existen todavía como uni-

³² Un sitio equivale a 4 428 acres.

³³ Acerca de si ese rancho fue o no establecido, se escribió en 1858: «... en una sola hacienda, don Andrés de Villanueva, uno de los más destacados *conquistadores* del reino, trajo treinta mil cabezas de ganado en 1570. En realidad, esa propiedad es muy menor porque uno de sus propietarios dispuso de muchas porciones, pero lo que él perdió, otros ganaron, lo que es la manera de hacer fortuna en este reino; desde que la tierra ha comenzado a ser más colonizada, la propiedad, naturalmente, se ha empezado a dividir más». Joaquín Escovedo, «Apuntes históricos sobre la conquista de la Provincia de Nayarit», *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, núm 7, 1859: 14.

³⁴ Milpillas y Cerro Gordo se establecieron como haciendas en la primera mitad del siglo xvii. *Composición de las haciendas de Milpillas y Cerro Gordo, celebrada entre Sebastián de Andia y la Audiencia Real de Guadalajara*, fechada el 21 de enero de 1645.

dades agrícolas pero son de tamaño muy reducido. Parte de una de ellas, Jalpa, aún tiene su límite extremo al noreste en Arandas. La hacienda de San Ignacio Cerro Gordo, que a mediados del siglo XVII pasó a ser propiedad del dueño de Milpillas, recientemente se ha disgregado en dos o tres unidades con muchos propietarios. Las tres haciendas se juntaban en Caracol, en la parte noreste del municipio. Jalpa cubría aproximadamente 16 sitios del municipio, al norte de la línea formada por Caracol, Saucito, Presa y Fresnos. Milpillas ocupaba veinte sitios en Arandas, al norte de la línea formada por Caracol, Tule, Sauces y Hermita. La porción restante, alrededor de cuarenta sitios, era parte de Santa Ana Pacueco.

El uso original de la tierra era la ganadería, principalmente borregos, reses y caballos. La explotación la hacían, en parte, los mismos propietarios con colonos españoles que fungían como *mayordomos* o *capataces*, en tanto, que otros españoles, indios y mestizos, negros y mulatos trabajaban como jornaleros, y los últimos, a menudo como esclavos. Buena parte de las tierras se rentaban a españoles y a algunos indios, a precios muy reducidos, según la tradición, de un peso por año. Esos precios tan bajos tenían que ver con la preocupación de los propietarios por promover la colonización española en una región de tierras comparativamente pobres.

Probablemente no mucho antes de 1760 se habían vendido tres sitios de Santa Ana Pacueco a familias españolas, que correspondían al área del actual pueblo de Arandas y se extendían a los ranchos de San Francisco, Nopal y Santa María hasta Carrizales.³⁵ Sitios que fueron utilizados por sus propietarios y familias españolas que los rentaban. Hacia 1760, la gente sintió que era suficiente como para establecer una capilla y una congregación. De acuerdo con los relatos, se empezaron a construir dos capillas, una al este y otra al oeste de Arandas que, por orden superior, terminaron uniéndose en una capilla a medio camino. En ese lugar —hoy el pueblo de



Hacienda San Ignacio Cerro Gordo

³⁵ El precio por sitio era 200 pesos y se pagaba un interés aproximado del 5% anual.

Arandas— se encontraba el rancho rentado por una familia de apellido Aranda del cual tomó el nombre.³⁶

En 1804 un español residente del lugar compró treinta *caballerías* de tierra³⁷ en El Plan de Milpillas, a razón de 200 pesos por caballería. Sin embargo, la venta general de la hacienda en tierras de Arandas, se hizo después del inicio de la guerra de Independencia, en 1810. Los herederos del marqués de Altamira, propietario original de la hacienda de Santa Ana Pacueco, que abarcaba más de la mitad de lo que ahora es el municipio, regresaron a Europa durante las guerras, quedando sus numerosas propiedades como presa de los contendientes. Guanajuato fue un centro importante de actividad de los *insurgentes*. La posición de la hacienda era particularmente vulnerable y, como resultado, fue prácticamente abandonada. Jalpa, que estaba mejor organizada que Santa Ana Pacueco y Milpillas, pudo sobrevivir en mejores condiciones.

En 1836, cuando España finalmente abandonó sus reclamos sobre México, los propietarios de Santa Ana Pacueco enviaron un *administrador* a tomar posesión y rentar las tierras de la hacienda. Así lo hizo hasta algún momento de la década de 1850, cuando la mayoría de los herederos, aproximadamente 72, decidieron a vender las porciones que les correspondían.

Los compradores de Arandas fueron principalmente los que desde hacía tiempo rentaban las tierras; otros —unos cuantos— procedían de Atotonilco y de Ayo. Los 28 propietarios que al principio no quisieron vender sus tierras, finalmente lo hicieron en 1860 a un mexicano, abuelo del propietario actual, quien, a su vez, vendió tierras a otros arrendatarios. De esta manera se completó la venta de las tierras de Arandas y desde ese tiempo comenzó la subdivisión de la propiedad. Al mismo tiempo, la hacienda de Jalpa también remató tierras en Arandas y sólo el Rancho Ordeña le pertenece todavía. Hacia 1850 se vendieron seis sitios, que actualmente constituyen la hacienda San Sebastián. En 1854, como se mencionó anteriormente, la hacienda San Ignacio Cerro Gordo se separó de Milpillas. El proceso de subdivisión fue rápido. Hacia 1879 la propiedad del municipio estaba ya tan dividida que se

³⁶ Sánchez, *op. cit.*: 36. Don Pantaleón Orozco asegura que vio los restos de la capilla en el rancho Santa María.

³⁷ Una caballería es igual a 107 948 acres.

CUADRO 8

Número de tierras rurales (*predios rústicos*)
en el municipio de Arandas y en el estado de Jalisco

Año fiscal	Número de tierras rurales	
	Arandas	Jalisco
1879...	1 316	...
1895-1896	2 610	68 930
1900-1901	2 497	110 945
1905-1906	4 205	139 804
1910-1911	5 932	162 851
1922-1923	6 838	181 167
1927-1928	7 588	198 348

Datos de la Cuenta General del Tesoro Público. estado de Jalisco, México, datos de 1879 de Sánchez, *op. cit.*

decía: «La propiedad de pocas municipalidades del Estado y quizá de la república, está tan dividida como ésta, lo que representa un gran beneficio para la sociedad porque no da lugar a que se forme un monopolio y sirve para el estímulo del comercio y la prosperidad común».³⁸

El incremento de la división de la tierra en Arandas continuó hasta la fecha, como se puede ver en el Cuadro 8. El incremento en el número de propiedades (*predios*) y de propietarios, no es idéntico. Sobre el aumento de estos últimos sólo se pueden hacer algunos cálculos. Sánchez estimó que en 1879 había 3 000 dueños de propiedades rurales y urbanas.

Asumiendo la existencia de alguna relación entre el número de propietarios y propiedades rurales, así como entre el número total de propietarios y las propiedades, hubo cerca de 2 250 propietarios rurales en 1879. Con base en cálculos de una fuente parecida a la que usó Sánchez se sabe que hubo 5 000 propietarios rurales en 1927-1928. De acuerdo con esas estimaciones hubo relativamente menos propietarios de tierras comunes en 1927-1928 que en 1879, y más personas con uno o más predios. Así, aunque el incremento de propietarios fue menor que el del número de terrenos, resultó que un alto porcentaje de la población rural tenía tierras. En 1879

³⁸ Sánchez, *op. cit.*: 71.

la proporción estimada de propietarios en la población rural total era 9% aproximadamente; en 1927-1928 era 25%. Esta información está sujeta a las limitaciones de los cálculos y las inexactitudes de los datos de población, pero es la mejor disponible y muestra una tendencia que los ancianos confirman.

En el Cuadro 8 se advierte que de 1879 a 1927-1928 el número de *predios rústicos* en Arandas se incrementó 191%, mientras que en el estado de Jalisco el porcentaje fue 187%. La división de la tierra se dio muy rápido en la región de Los Altos, aunque también en otras partes del estado, aun antes del decreto agrario de Carranza de 1915. Estas proporciones oscurecen la existencia de grandes haciendas en el estado. De cualquier modo, proporcionalmente, la propiedad de la tierra está más distribuida en Arandas y Los Altos que en el resto del territorio jalisciense.

Aunque la distribución de las tierras rurales se ha incrementado en Arandas, algunos perdieron sus propiedades y se convirtieron en jornaleros. Esto sucedió con frecuencia cuando se trataba de propiedades pequeñas con muchos herederos. Algunos las vendían y se convertían en jornaleros; otros, gastaban lo heredado en una forma que recuerda el dicho estadounidense: «*from shirtsleeves to shirtsleeves in three generations*» (literal: «de mangas de camisa a mangas de camisa en tres generaciones»). Pero, mientras la mayoría de las propiedades se dividían, un arrendatario de Arandas, que originalmente carecía de tierras, generó una hacienda. El nieto aún vive, pero cuando muera, se dividirá entre nueve herederos, de acuerdo con los acuerdos legales ya realizados.

De la misma manera, con la compra de pequeñas extensiones se desarrolló otra hacienda; y otra, que formaba parte de una hacienda, se separó. Pero incluso estas propiedades han experimentado divisiones por efectos de la herencia o por los propósitos del *agrarismo* de repartir las tierras en vida del hacendado entre los herederos potenciales.

La costumbre de la división equitativa y la existencia de familias numerosas son, en buena medida, las razones del incremento en el fraccionamiento de la tierra. En general, la gente considera valioso poseer tierras y ahorrar para comprarlas. Muchas veces me dijeron: «cuando un hombre consigue cuarenta o cincuenta pesos ve la forma de comprar un pedazo de tierra».

Algunos llegan a ser propietarios a partir de la compra de un cerdo: lo alimentan en casa con las sobras, lo venden y compran otro, hasta que acumulan suficiente di-

nero para comprar tierra. Otros ahorran de sus salarios en Arandas y pasan de jornaleros a medieros y a propietarios o, directamente, de jornaleros a propietarios. Otros, durante los últimos veinte años, compraron terrenos con los ahorros de su trabajo en Estados Unidos. En las áreas rurales del municipio hay quienes poseen uno, dos o tres *solares*³⁹ o incluso hasta veinte o treinta. Hay muchos que empiezan por comprar unos cuantos metros cuadrados para sus casas. Debido a la fuerte demanda el precio de la tierra alteña está muy por encima del de las tierras laborables en otras partes.

Otro factor importante en el desarrollo de una comunidad de propietarios campesinos es la composición de la población. En esta comunidad predominantemente española, sus miembros conocen la tradición europea de agricultura y propiedad. Con ese bagaje cultural avanzaron más rápido, en términos económicos, que los indígenas. Además, por su origen europeo y su pertenencia a una raza de conquistadores, tuvieron la ambición de prosperar económicamente en el Nuevo Mundo.

Además del gran número de propietarios había muchos que cultivaban bajo el sistema de mediería. Las tierras más pobres usualmente se rentaban al tercio y las mejores a medias. Los términos son prácticamente los mismos que se usan en Texas: en un contrato a medias, el dueño de la tierra proporciona todo menos el trabajo.

Los grandes propietarios estuvieron dispuestos a vender parte de sus tierras para capitalizar sus ranchos, para dedicarse a actividades comerciales, etcétera. En fechas más recientes, el temor al agrarismo fue un factor que afectó el mercado de tierras. La división de la tierra es más marcada en la parte sur del municipio.

En El Plan, donde la superficie está más nivelada y se usa el riego, la subdivisión es menos deseable. Todas las haciendas del municipio que están ahí, excepto San Ignacio Cerro Gordo que se encuentra en el extremo oeste, han conservado su extensión desde los orígenes —aunque ahora con propiedad dividida— con una diversidad de recursos: madera, tierra apta para la cerámica, grandes pastizales para el ganado y campos nivelados para cultivos.

Agrarismo

Debido a la amplia distribución de la propiedad se ha declarado enfáticamente que «¡aquí no hay ningún problema agrario, ninguno!», o que «aquí hay un agrarismo

³⁹ Un solar (50 *varas* cuadradas) es igual a 0.4428 acres.

natural». Enunciado que ilustra con exactitud el proceso histórico descrito. El primero es una mezcla de agradecimiento y esperanza. En general, es real que el sentimiento agrarista está ausente en Arandas. Veinte años antes, durante la campaña de Madero, un líder agrario fue a Los Altos a conseguir apoyo pero, según reconoció, fue incapaz de suscitar la reacción que esperaba. Y en la reciente revolución cristera, cuando los agraristas pelearon al lado del gobierno contra los cristeros, Arandas fue absolutamente cristera. Al agrarismo se le atacó por no ser ético. Por ejemplo, un ranchero dijo: «los jornaleros aquí no quieren tomar las tierras, son hombres honrados. Si quieren tierra, la compran. No quieren despojar a nadie».

De la misma manera, un joven mediero, hijo de un propietario, señaló: «los agraristas llegaron a las haciendas y se llevaron todo. No me gusta».

Un jornalero pobre y mediero en pequeño confirmó tal punto de vista: «no, aquí no somos agraristas; no creemos en tomar lo que pertenece a otros».

Un ranchero joven, simpatizante del movimiento cristero, reveló claramente la posición de la Iglesia contra el gobierno y los agraristas que desembocó en la revuelta:

Terminó la guerra, pero empezará de nuevo si los agraristas y el gobierno actúan como lo están haciendo en Veracruz. Los agraristas quieren tomar las tierras de los obispos y matarlos, y tomar las tierras de nosotros los católicos y dispararnos. No creo que sea bueno robar el dinero de las personas o quitarles sus tierras, es mejor comprarlas. Los *haciendados* deberían pagar mejores salarios y dar más trabajo, pero los agraristas no deben robarles sus tierras.

Las sanciones morales y religiosas contra el agrarismo se aclaran aún más con las observaciones de un sacerdote: «los agraristas dicen que Dios dio todo para todos, pero los que creen en Dios no quieren tomar lo que no les pertenece».

En una hacienda del municipio, creció un pueblo sobre tierras que pertenecían a los *haciendados*. Antes de 1919 los habitantes del pueblo quisieron comprar los terrenos de sus casas pero los propietarios no quisieron venderlos. Bajo la presión de líderes políticos, que amenazaban con expropiar las tierras aplicando la Ley Agraria, y del sacerdote —del lado de los jefes de familias—, los dueños donaron los terrenos a los habitantes, y al pueblo otra extensión de tierra para su crecimiento (véase apéndice). En 1931 otra agitación incipiente por tierras de labranza no prosperó. Un

hombre del pueblo explicó la razón: «aquí somos artesanos y no queremos tierras para cultivo. Ya somos dueños de nuestras casas, pero no de las tierras en las que están construidas».

Un sacerdote y un terrateniente dieron otras razones:

Los políticos de fuera agitan a la gente de aquí, pero la gente no quiere tierras, sino casas. No quieren lo que no les pertenece [...] El agrarismo es parte del comunismo, pero no profesa todas sus doctrinas. El comunismo está en contra de la autoridad eclesiástica.

Acá había *agrarismo* pero cambiaron al padre. Ahora no hay ninguno.

Así, el agrarismo se truncó en Arandas. Los terratenientes, grandes y pequeños, estaban en contra del movimiento, así como los pequeños y medianos propietarios, que se opusieron incluso más que los grandes propietarios. También la Iglesia, que dominaba las ideologías y los afectos de la población, contribuyó a generar un sentimiento de hostilidad hacia el agrarismo. El sacerdote que estaba de acuerdo con la idea de repartir la tierra fue enviado a otra parroquia. Algunas autoridades locales que anteriormente se habían mostrado favorables al agrarismo local, ya no se manifestaban en ese sentido en 1932.

El surgimiento de una numerosa clase sin tierra —potenciales agraristas— en Arandas y los problemas económicos de una población creciente, se controlaron o mitigaron con la emigración a otras partes de México o a Estados Unidos. La amplia distribución de la tierra entre una gran parte de la población —aunque fuera en pequeñas cantidades individuales— y la dominación de la Iglesia, hizo de Arandas un poderoso bastión contra el agrarismo.

Desde que se incrementó la emigración a Estados Unidos, los recursos de los emigrantes aumentaron el poder adquisitivo de los sectores más pobres de la comunidad. El número de giros postales y las cantidades enviadas anualmente durante los últimos diez años se muestran en el Cuadro 9. Las fluctuaciones son similares al total de giros enviados por emigrantes de otras partes de México durante el mismo periodo.⁴⁰ El promedio de las fluctuaciones mensuales de los giros postales durante un

⁴⁰ Manuel Gamio, *Mexican Immigration to the United States: A Study of Human Adjustment*, Chicago, 1930: 5.

CUADRO 9
Órdenes de pago de Estados Unidos
pagadas en el correo de Arandas, Jalisco, 1922-1931, inclusive

<i>Año</i>	<i>Número de órdenes de pago</i>	<i>Cantidad total enviada (pesos)</i>
1922	436	35 093.73
1923	1 110	94 471.88
1924	659	53 176.22
1925	555	41 351.25
1926	1 033	83 507.30
1927	1 153	91 479.37
1928	1 213	75 575.42
1929	661	50 157.94
1930	490	31 189.83
1931	360	24 715.57
Total	7 670	580 719.01
<i>Promedio anual</i>	767	58 071.90

Datos cortesía de la Dirección General de Correos Mexicanos. Incluye las oficinas postales en el pueblo de Arandas, Santa María del Valle; la oficina postal de San Ignacio Cerro Gordo, pertenece a la jurisdicción de Atotonilco.

periodo de diez años aparece en el Cuadro 10. En seis meses, de junio a noviembre, se giraron el 62.2% de los giros postales, que representaron el 63.6% de los montos. Eso coincide con el periodo de más empleo en Estados Unidos.

Además de los giros postales llegaron —vía bancaria— órdenes de pago y cheques. Las cartas registradas (de primera clase) de Estados Unidos recibidas en Arandas sumaron 1 076 en 1929, 895 en 1930 y 332 en 1931, aumentando cada año el número de giros postales recibidos. Se estimó que el 90% de las cartas registradas contenían documentos cobrables o billetes. La cantidad promedio por cheque es probablemente mayor a la enviada por giro postal, ya que los cobros de estos últimos son mayores. El promedio de dinero enviado que violaba las leyes fue quizá menor y menos frecuente.

Por lo tanto, aunque es imposible saber las cantidades enviadas a Arandas en cartas registradas, es probable que fueron mayores que las enviadas por las órdenes de pago. Esas remesas contribuyeron a la elevación temporal de los niveles de consumo de muchas familias y al fortalecimiento del mercado de bienes estadouni-

CUADRO 10

Porcentaje mensual de órdenes de pago de Estados Unidos
pagadas en Arandas, Jalisco, 1922-1931, inclusive

Mes	<i>Porcentaje de órdenes de pago</i>	<i>Porcentaje de cantidades giradas</i>
Enero	5.2	5.1
Febrero	6.8	6.9
Marzo	5.9	5.5
Abril	5.7	4.9
Mayo	6.6	6.0
Junio	9.1	9.6
Julio	10.7	10.3
Agosto	11.5	11.6
Septiembre	10.7	11.0
Octubre	10.7	11.5
Noviembre	9.5	9.6
Diciembre	7.6	8.0
Año	100.0	100.0

Ver nota del Cuadro 9.

denses y mexicanos en Arandas. Su abrupto decrecimiento en 1930 y 1931 fue un factor importante en la depresión económica que experimentó Arandas durante esos años.⁴¹

Historia de la emigración a Estados Unidos

Los primeros arandenses que emigraron a Estados Unidos salieron a principios del siglo XX. Dos décadas antes, alrededor de 1884, se terminó la conexión ferroviaria de la ciudad de México a El Paso, que atravesó el lado oriente del estado de Jalisco. Un importante flujo de jornaleros mexicanos empezó a irse hacia el norte del país

⁴¹ Es significativo que un número considerable de trabajadores de la hacienda de Jalpa, que ocupaba parte del municipio de Arandas, haya comprado pequeñas parcelas de la hacienda con los ingresos obtenidos en Estados Unidos. Los propietarios se favorecieron con esas ventas, aunque en los últimos dos o tres años se han estancado debido a la disminución de las remesas de los emigrantes.

por ferrocarril para aprovechar el empleo que se hizo accesible gracias a ese nuevo medio de transporte.⁴² La noticia llegó a Arandas y los jornaleros de esa aislada región empezaron a unirse a la ola migratoria.

El primer emigrante de Arandas con el que hablé salió del pueblo en 1905. Subrayó que él había sido el primero. Después de escuchar a los prisioneros enviados al norte de Sonora a pelear contra los indios yaquis que «Estados Unidos era un buen lugar para trabajar», él y su hermano decidieron utilizar parte de sus ahorros, ir a San Francisco del Rincón y tomar el tren a El Paso. Una vez allí, una agencia de empleos los envió a trabajar en el ferrocarril cerca de Independencia, Kansas, con un pago de un dólar veinticinco al día por diez horas de trabajo. Después de seis meses regresaron a Arandas. En 1907, mi informante fue nuevamente a El Paso, acompañado de dos amigos; esta vez la agencia de empleo lo envió a Fresno, California, para trabajar en las vías del ferrocarril. En 1909, o quizás antes, los hombres de las rancherías de Arandas, incluso las alejadas de los caminos y pueblos, empezaron también a ir al norte a trabajar como jornaleros de empleos estacionales en las vías férreas de Estados Unidos.

La noticia de trabajos atractivos se difundió rápidamente. Sin duda, los rancheros y pequeños comerciantes que por muchos años habían ido a caballo a Aguascalientes, Querétaro, Guadalajara, Guanajuato y Michoacán a vender sus productos como mantequilla, *tequila* (bebida con alto contenido de alcohol hecha de una planta de maguey), aceite de linaza, animales, etcétera, fueron los primeros en llevar a los ranchos la noticia de los empleos en los ferrocarriles que, sumado al regreso de los primeros emigrantes, propició una ola de entusiasmo por los salarios de Estados Unidos. Era obvio, los salarios en Arandas eran de 31 a 36 centavos mexicanos, que equivalían a la mitad por el mismo trabajo en Estados Unidos. En el campo, los sueldos eran de 25 centavos y 3 ½ kilogramos de maíz por un día de trabajo de sol a sol, en Estados Unidos el pago era de 1.25 dólar por diez horas (véase Cuadro 7). Además del salario y la diferencia de horas a favor del trabajo en Estados Unidos, hubo otros estímulos para emigrar, tales como la difusión de información entre los emigrantes potenciales. Dos arandenses hablaron de los enganchadores mexicanos

⁴² Víctor S. Clark, «Mexican Labor in the United States». *U.S. Bureau of Labor, Bulletin*, 78 (septiembre, 1908): 466-522.

y uno de mis informantes aseguró que él había recibido su boleto gratis de un enganchar de ferrocarriles. De esa manera empezó el flujo migratorio.

No existe una estadística que pueda esquematizar la trayectoria histórica de la emigración. Por esa razón, es preciso confiar en la memoria de los vecinos que han observado la emigración desde el principio. Según sus datos, el número de emigrantes fue en aumento de 1905 a 1914, al difundirse la noticia de los buenos trabajos en Estados Unidos, que confirmaban los que regresaban. Hacia 1914 el número de emigrantes creció más rápido aún, en parte, como resultado de las mayores oportunidades de trabajo en Estados Unidos, el mayor conocimiento que ya se tenía de ese país y, en parte también por el clima de intranquilidad que se vivía en México.

En mayo de 1914, durante la revolución armada, las tropas comandadas por Estrada pasaron por Los Altos; después lo hicieron los ejércitos de Carranza y Villa. Los efectos económicos de la Revolución —inflación por el abuso de la impresión de papel moneda y la inseguridad por el desorden social— se dejaron sentir en Arandas, pese a que, en términos militares no hubo disturbios revolucionarios serios en la región.

La demanda de jornaleros de parte de Estados Unidos entre 1917 y 1920, debido a las situaciones de guerra y postguerra, dio un renovado impulso a la emigración de Arandas y la región, así como de otras partes de México. Pero en 1921, por la depresión de la posguerra en Estados Unidos, se intensificó el retorno. Sin embargo, algunos emigrantes ya se habían establecido en el norte. Con el retorno de la prosperidad a Estados Unidos, la ola de emigrantes de Arandas fue mayor en 1923 y los años siguientes. Las revoluciones que siguieron en México no tuvieron mucha influencia en Los Altos; ni siquiera la revuelta de De la Huerta de 1923 y 1924, cuando hubo una batalla cerca de Ocotlán. La creciente emigración fue influida principalmente por las condiciones que prevalecían en Estados Unidos.

La revolución cristera

Entre 1926 y 1929, los disturbios revolucionarios locales provocaron el aumento de la emigración. En agosto de 1926 el conflicto entre la Iglesia Católica y el Estado hizo crisis y en enero de 1927 se desató en Los Altos la insurrección armada.

De las fases políticas del conflicto, las alianzas del gobierno y los agraristas, y de la Iglesia y los terratenientes conservadores, no nos ocuparemos en este estudio.

Pero, con el fin de mostrar las características y el poder de la religión en Los Altos, así como para señalar las consecuencias de la guerra civil sobre la emigración, se presentarán brevemente los detalles del conflicto.

En Arandas estuvieron presentes todos los elementos del conflicto nacional, sin embargo, la gente consideraba la revolución como eminentemente religiosa, como un gran levantamiento popular para que se permitiera a los sacerdotes oficiar misas. Con una agitación agraria casi ausente (véase el apartado «Agrarismo») y una fuerte —hasta fanática— convicción religiosa, la gente de la mayor parte de la región fue unánime y activamente cristera. Un ranchero describió la situación desde el punto de vista local: «fue una guerra puramente religiosa, por la libertad y tolerancia de

creencias, como en Estados Unidos. Toda la gente simpatizaba con los cristeros, les dieron ayuda moral y económica, incluso les ayudaban a transportar armas».



Saliendo de misa en Arandas.

El 9 de enero de 1927 los cristeros armados tomaron Arandas y quemaron algunos archivos municipales; simultáneamente, otros bandos entraron en Atotonilco y otros pueblos. Las operaciones de la guerrilla dominaron la región durante dos años y medio, hasta que se llegó al acuerdo nacional de junio de 1929. Las tropas federales ocuparon el pueblo de Arandas prácticamente todo el tiempo que

duró la revolución. Sin embargo, esa demostración de fuerza no fue suficiente para terminar con la revuelta. Los soldados que salían por provisiones u otros motivos, eran atacados por los cristeros, en su mayoría rancheros que lo hacían cuando se sentían en ventaja; cuando no la tenían, eludían el combate y de esa forma evitaban que les ganaran los militares.

Las pequeñas escaramuzas en el campo eran cosa de casi todos los días y normalmente bajo condiciones que favorecían a los revolucionarios. Al menos en una ocasión, hubo batalla en Arandas, así como en muchos otros pueblos de Jalisco y lugares cercanos de Guanajuato y Michoacán. De hecho, el 19 de abril de 1927, una fuerza cristera, al grito de «¡Viva Cristo Rey!» asaltó un tren de la ruta Guadalajara-

México entre Ocotlán y la Barca: unos 52 pasajeros quedaron en la línea de fuego, mataron al guardia de un destacamento de alrededor de 56 soldados, quemaron el tren y obtuvieron un buen botín de plata.

En su lucha, la gente de Arandas se fortalecía con argumentos como: «nuestra religión tiene veinte siglos y no puede morir. Si hoy perdemos, mañana ganaremos. El alma está por encima de todos y los líderes religiosos siempre tienen razón».

Un ranchero aseguró que «Dios estaba con nosotros. Empezamos la revolución con palos e instrumentos de trabajo pero pronto tuvimos rifles que les quitamos a los soldados».

El conflicto local se desarrollaba a favor de los cristeros y, a pesar de las dificultades, la mayoría de las personas de Arandas estaban seguras de que ganarían. Aun en 1931, me dijo un jornalero: «los cristeros estaban satisfechos con la paz porque entonces podrían tener misas nuevamente. Era por lo que peleaban. La gente aquí es muy *católica*. Si hubiera durado un año más, los cristeros habrían ganado».

Un vecino dijo que, a juzgar por las características de la gente de Arandas, una nueva guerra era totalmente plausible: «Si el gobierno empieza a perseguir a la Iglesia, la guerra empezará otra vez en dos semanas».⁴³

Debido a la dificultad para manejar a la población rural rebelde, se ordenó que toda la gente se concentrara en los pueblos, lo que sucedió en tres ocasiones: de oc-

⁴³ El 5 de mayo de 1932 el ejército instituyó unas «Olimpiadas en Arandas», que incluyeron juegos, concursos musicales y las atracciones usuales de los festivales que atrajo gente del lugar y de fuera. Entre las ceremonias figuraba una demostración militar con el propósito, sin duda, de impresionar a la gente acerca de la futilidad de la resistencia militar al programa anticlerical del gobierno. Hay evidencia de que este programa, además claro está del cansancio por la guerra, tuvo cierto efecto pacificador. Pero también me dijeron, en junio de 1932, que la demostración no había sido efectiva, que ante los éxitos regionales de la revolución cristera la gente de Arandas «no temía a las tropas del gobierno», y «querían otra revolución (religiosa)». Un mes después, llegaron noticias de un enfrentamiento cerca de Atotonilco, entre soldados y un bando armado dirigido por un exlíder cristero, en el que el último salió mal librado (ver *El Informador* y *Las Noticias de Guadalajara*, 27 y 28 de julio de 1932). A esto siguió un comunicado de un miembro de la jerarquía de la Iglesia de la ciudad de México en el que decía que el clero no estaba autorizado a apoyar la resistencia armada.

tubre a diciembre de 1927, de enero a mayo de 1928 y de enero a mayo de 1929. En tanto el campo era abandonado, se despojó a los rancheros de sus provisiones, ropa y objetos de valor. También algunas edificaciones fueron quemadas o destruidas. Una parte de esos daños se adjudican a las tropas del gobierno y otra a los cristeros; naturalmente, en una región tan unida a favor de los últimos, los primeros fueron severamente condenados y, en cambio, se disculpó a los cristeros: necesidad de apaciguar el hambre o prevenir que las provisiones pasaran a manos del gobierno. Algunas pérdidas se dieron por descuido.

Las personas capturadas y acusadas de ayudar activamente a los cristeros eran asesinadas o colgadas: en las afueras del pueblo, en el atrio de la iglesia, detrás del templo en construcción o en el cementerio. El cristero más famoso fusilado así fue el general Aristeo Pedraza, un valeroso cura de Ayo, que resultó herido y fue capturado en un enfrentamiento cerca de Arandas.

La vida durante esta época era muy difícil para la gente de la región. Prevaleció la ley marcial y los movimientos de la población estuvieron muy restringidos. Concentrados en los pueblos, los vecinos carecían de medios para vivir, mientras les despojaban sus ranchos. Los hombres por lo regular llevaban sus familias al pueblo y salían de noche a unirse a los cristeros. Algunas familias se mantuvieron gracias a los giros que enviaban sus parientes de Estados Unidos (véase Cuadro 9). Los sospechosos siempre corrían el riesgo de ser detenidos y ejecutados por los militares. Por otra parte, a los que trabajaban para el gobierno civil local o bajo las órdenes del ejército, sufrían el hostigamiento de los simpatizantes del movimiento cristero. Un empleado civil lo describió con cierta amargura: «dicen que somos Bolcheviques, que no creemos en Dios».

Ser neutral era casi imposible. Una persona que solía interceder ante los generales para que perdonara la vida de los cristeros y que con frecuencia lo lograba, aunque fuera con dinero, describió su posición: «los cristeros me dicen: ¿Por qué es tan amigo de los generales? Y Los militares: ¿Por qué nos pide que dejemos escapar a los cristeros?»

Un jornalero del pueblo describió el sentimiento general: «Todos teníamos miedo».

Así, un motivo religioso se convirtió en incentivo importante para emigrar tanto de Arandas como de otros territorios inseguros del centro de México. Muchos

se fueron a vivir a otros lugares que no se habían visto involucrados en la guerra, en busca de la seguridad o del empleo que no podían obtener en Arandas por las condiciones imperantes. Por las mismas razones, fueron muchos los que emigraron a Estados Unidos e incrementaron el volumen de emigración. No hay datos exactos disponibles, pero las estimaciones locales señalan que en 1926 salieron del municipio 400 personas a Estados Unidos, 600 en 1927 y 200 en 1928. También se avisó a los parientes que ya se encontraban allá para que no regresaran a Arandas, por su seguridad personal y por la necesidad del dinero que enviaban, lo que retrasó los retornos temporales.

En 1929, cuando terminó la guerra y el empleo en Estados Unidos empezó a disminuir, la emigración estimada en Arandas bajó a cien. La guerra redujo la población de Arandas, estimada en varios miles de personas, que se habían establecido en otras partes de México o ido a Estados Unidos. Una vez restablecida la paz, no todos regresaron.

En 1930 y 1931 prácticamente nadie emigró de Arandas, a excepción de unos cuantos que regresaron a sus trabajos en Estados Unidos después de algún periodo vacacional en México. En estos años, la emigración experimentó un reflujo, en correspondencia con la depresión de Estados Unidos.

Cuando se pregunta sobre las causas de la emigración, los emigrantes se enfocan en factores económicos: la escasez de empleos en Arandas, el deseo de mejorar sus niveles de vida y las diferencias salariales. Un obrero analfabeto que se lamentaba de no haber podido emigrar, describió las maravillas asociadas al trabajo en Estados Unidos: «el peor trabajo en Estados Unidos es mejor que el mejor aquí. Los repatriados dicen que el trato y los salarios son buenos y que hay mucha maquinaria. Aquí trabajamos como burros, de sol a sol. Dicen también que hay mucho orden en Estados Unidos».

Un emigrante, mejor preparado que otros, incluyó factores de pobreza, revolución y la queja generalizada contra los impuestos: «La gente aquí es muy pobre, ellos siempre quieren pelear y se llevan todo lo que uno tiene en impuestos».

Sólo los ciudadanos con más preparación explicaron el fenómeno de la emigración en términos de presión demográfica. Un elemento menor, pero que también impacta en la emigración es el de los hombres jóvenes que escapan de su casa, no por necesidad económica, sino para *aventurarse* en Estados Unidos.

Además de las condiciones económicas, religiosas y políticas de Arandas, lo que ha estimulado y, al mismo tiempo, limitado la emigración, ha sido la demanda de jornaleros en Estados Unidos.

Distribución ocupacional y geográfica de los emigrantes de Arandas

Casi todas las ocupaciones y clases sociales de la comunidad han estado representadas entre los que se han ido a trabajar a Estados Unidos. Sólo los comerciantes más adinerados, los profesionistas, los grandes *rancheros* y los hacendados se abstuvieron de unirse a las filas de emigrantes, aunque algunos de sus hijos sí lo hicieron. Así, se fueron vendedores ambulantes, rancheros de pocos recursos, propietarios y medianeros, jornaleros con o sin propiedades, artesanos tales como zapateros, carpinteros, canteros, *sombrereros* y muchos jóvenes, hijos de familias de todas las clases sociales. Aunque la mayoría de los emigrantes son originarios de las zonas rurales del municipio, también se han ido vecinos del pueblo de Arandas.

La distribución geográfica y ocupacional de los emigrantes de Arandas en Estados Unidos ha sido muy amplia. Aunque casi siempre vivían y trabajaban en pequeños núcleos establecidos en distintas partes de ese país, no se observó la tendencia a formar colonias grandes y diferenciadas de arandenses.

Aunque no fue posible conseguir una lista completa de los lugares donde trabajaron, se tiene una muestra representativa. Los mexicanos de Arandas se emplearon en 24 estados. En veinte trabajaron en ferrocarriles: California, Arizona, Nuevo México, Texas, Oklahoma, Kansas, Missouri, Oregón, Nevada, Utah, Wyoming, Colorado, Nebraska, Dakota del Norte y del Sur, Iowa, Illinois, Ohio, Michigan, Pensilvania. Trabajaron en las fundidoras de Indiana, Illinois, Colorado, Pensilvania y West Virginia; en la industria del automóvil, en la planta de automóviles Buick en Flint, Michigan. Algunos han trabajado en California en la cosecha de cebollas y verduras; de algodón en Texas y betabel en Idaho, California y Minnesota; verduras en Kansas; verduras y frutas en Oregon. Otras ocupaciones, reportadas por uno o dos emigrantes, fue el empleo en oleoductos, diques, cocinas de hoteles y embotelladoras en Texas; servicio público en Wisconsin; en una planta de cemento en Iowa, en empacadoras de carne en Illinois e Iowa, en la industria de la madera y en la construcción de un acueducto en California, de carreteras en Oklahoma y Iowa, y en minas de carbón en Utah y Nuevo México.

El empleo en los ferrocarriles para el mantenimiento de las vías y en los patios de los ferrocarriles fueron las experiencias más comunes de los emigrantes. Abundaron también los trabajadores en las fundidoras y las minas de carbón y otros que habían incursionado en la agricultura. La proporción que trabajó en el betabel fue menor, debido a que fueron pocas las familias que emigraron completas y en ese tipo de trabajo se prefieren grupos familiares.

Una idea de los desplazamientos de ciudad en ciudad en Estados Unidos se desprende de las siguientes constataciones:

Un emigrante, dueño de dos camionetas que llevó a Arandas desde Estados Unidos, fue por primera vez al país vecino en 1913. Regresó a México dos veces por temporadas y retornó definitivamente en 1929. Sus principales lugares de empleo —cronológicamente— fueron, ferrocarriles en Houston, Texas; Kansas; Oklahoma; Missouri y Aurora, Illinois; Centerville, Iowa; cerca de Lincoln, Nebraska; Dakota del Norte; en el pueblo de Butte, Montana; minas de carbón cerca de Helper, Utah; en el betabel cerca de Twin Falls, Idaho; piscando peras en Oregon; en ferrocarriles en Elko, Nevada; minas de carbón en Gallup, Nuevo México.

El itinerario de un trabajador de ferrocarriles: entró a Estados Unidos por El Paso en abril de 1926, trabajó para la Santa Fe en Plymouth, Emporia y Lyon, Kansas; en Tulsa y Oklahoma City, Oklahoma; en Joliet, Illinois; para el ferrocarril de Milwaukee en Kadoka, en Dakota del Sur; en Savanna, Illinois; en Davenport y Maxwell, Iowa; para la Santa Fe en Oklahoma City; para la Southern Pacific en Odgen, Utah, Reno y Sparks en Nevada; para la Oregon Short Line en Burns y Lawrence, Oregon. En 1931 regresó dos veces a Arandas.

Un *ranchero* fue por primera vez a Estados Unidos en 1910, trabajó para el Southern Pacific en Nuevo México y regresó a Arandas en 1911; volvió en 1913 cuando fue trabajador de la Santa Fe en Kansas. Regresó a Arandas en 1914, volvió a Estados Unidos en 1916, trabajó en ductos yendo de Kansas City a Chicago y regresó a Arandas el mismo año; volvió en 1918, trabajó en caminos y en la pesca del algodón y regresó a Arandas en 1924; volvió a Estados Unidos en 1925, trabajó para la Southern Pacific de Phoenix, Arizona, y regresó a Arandas en 1929. Este emigrante tenía familia, sin embargo, todas las veces viajó solo.

Un jornalero de rancho, dueño de un acre de tierra aproximadamente, fue a Estados Unidos en 1922 por primera vez, trabajó en caminos en Colorado y Kansas

y regresó a Arandas el mismo año; fue de nuevo a Estados Unidos en 1924, trabajó en una fundición en Chicago y volvió a Arandas el mismo año; regresó a Estados Unidos en 1926, donde trabajó en una refinería de aceite en Port Arthur, Texas, y volvió Arandas en 1927. Los mexicanos, principalmente jóvenes de alrededor de veinte años, que trabajaron en plantas de acero en Chicago, Indiana Harbor y Pensilvania fueron muy estables.

La experiencia de los emigrantes de Arandas en Estados Unidos es tan representativa como la de otros emigrantes de lugares pequeños, no sólo en cuanto a ocupaciones o en términos geográficos, sino también respecto al tiempo de emigración y el regreso. Entre las personas con las que hablé en 1931 había emigrantes como el que había ido a Estados Unidos por primera vez en 1905, hasta el más reciente que regresaba en el mismo tren en el que llegué a Arandas en octubre de 1931; algunos habían vuelto hacía quince años o más; otros, un día o uno o dos meses antes; algunos habían vivido en Estados Unidos más de ocho años y otros apenas unos meses. En 1931 algunos vivían en Estados Unidos y se esperaba que continuaran allá de manera permanente; otros todavía estaban allá, pero se esperaba que volvieran. Sólo hay dos situaciones donde se advierte una cierta desviación respecto a la emigración en el ámbito nacional: uno, las familias emigrantes representaban una proporción menor a la de México en general y, dos, había más *rancheros* de buena posición y sangre hispana entre los emigrantes.

No llevar a la esposa y la familia ocasionaba dificultades. Normalmente, las esposas e hijos que permanecían en Arandas se mantenían de los giros que envidian los migrantes, sin embargo, hubo algunos que abandonaron a sus familias. Alguien de San Ignacio Cerro Gordo me dijo:

Allá en Estados Unidos andan en automóviles; aquí sus familias no tienen más que nopales para comer. Muchos, quizás la tercera parte, no escriben; un hombre con muchos hijos no ha escrito desde hace ocho meses. Dos hombres de San Ignacio tienen familias aquí y allá.

No obstante, los casos de abandono de familias suelen ser escasos. Son más frecuentes las separaciones prolongadas de los hombres y sus familias, algunas veces desde el inicio del matrimonio y por espacio de varios años, lo que ocasiona inevitables depresiones y otros problemas relacionados.

La mayor parte de los emigrantes de Arandas ha entrado a Estados Unidos por El Paso, pero en años recientes, en especial desde 1932, cuando aumentó la demanda de trabajadores mexicanos en el norte y en el este, comenzaron a entrar por Laredo. Después de que Southern Pacific terminó su conexión con Guadalajara en 1926 y el servicio consular americano presionó en 1928, para que los emigrantes tramitaran la documentación necesaria en el consulado más próximo, algunos empezaron a dirigirse al norte por la costa oeste hasta Nogales.

Recursos para migrar

Para hacer el viaje de Arandas a la frontera norte era necesario dinero para pagar el transporte, los costos de emigración y los gastos del camino. La cantidad necesaria variaba dependiendo de los requerimientos individuales y los cambios en los costos de la inmigración norteamericana. En los primeros años, los emigrantes de Jalisco llevaban entre treinta y cincuenta pesos para el viaje,⁴⁴ en cambio, los de Arandas empezaron con sumas de cincuenta a cien pesos.

Ese dinero se obtenía de diferentes maneras. Algunos usaban sus ahorros, generalmente dinero que tenían escondido en sus casas. Después del primer viaje a Estados Unidos, una proporción mayor de personas había ahorrado lo suficiente para pagar el siguiente. Otros conseguían dinero prestado de los ahorros de amigos o parientes, sin tener que pagar intereses, o vendían animales para reunir fondos para el viaje: un caballo, una vaca o cerdos. Hubo los que vendieron casas a precios que iban de ochenta a doscientos pesos. Al regreso, algunos volvieron a comprarlas pero a precios más elevados. La mayoría, sin embargo, fue a Estados Unidos con dinero obtenido a un alto precio.

Debido a que en Arandas no había bancos, se pedía dinero prestado a otras personas, que eran normalmente comerciantes, con frecuencia propietarios de ranchos. Éstos y los *rancheros*, propietarios y medieros o cualquiera que tuviera dinero para prestar, se involucraron en el negocio de prestar a los que querían emigrar. Aparentemente, nunca existió la preocupación de que la emigración fuera a desatender el trabajo local. La escasez de empleadores, la amplia reserva de trabajadores generada por gente tan prolífica, las tasas de interés tan altas llevaban a que si una persona no

⁴⁴ Clark, *op. cit.*: 473.

prestaba, otra se encargaba de eliminar cualquier obstáculo para ayudar a la emigración.⁴⁵ Más aún, desde el surgimiento del agrarismo, especialmente desde el decreto de Carranza de 1915, ha existido el deseo por parte de los *hacendados* y los grandes *rancheros* de Arandas de proporcionar una salida a los trabajadores sin tierra, los potenciales agraristas. Un *ranchero* informado dijo: «los *hacendados* prefieren dejar a los trabajadores irse, para que no se concentren en los pueblos y pidan tierras. Ellos mismos estarían dispuestos a prestarles dinero a los emigrantes. Los jornaleros van de las *haciendas* de aquí como de otras partes».

Los préstamos a veces se hacían con compras de aceite de linaza y se daban seis meses para pagar, no se cobraba interés a menos que el pago no se hiciera en el plazo acordado, después de lo cual se incluía del 10% al 15% de interés por seis meses. Se reportó que el precio al que se negociaba el aceite solía estar por encima del precio del mercado, incluso al doble, pero que por la prisa de partir rápido, se vendía por debajo del precio que se hubiera obtenido con un poco más de tiempo y paciencia. A veces se hacían transacciones similares con maíz o frijol.

Sin embargo, lo más frecuente era que los préstamos fueran en efectivo. El interés más bajo que me reportaron fue del 6% en seis meses. A esto se agregaba una multa de 5% en seis meses si el pago no se hacía en el tiempo acordado. Un prestamista dijo que del 1% al 2% mensual era un interés usual y comparativamente bajo. Los emigrantes que pidieron prestado, casi siempre reportaron intereses más altos. Un hombre, por ejemplo, pidió 130 pesos y regresó 160 en ocho meses, lo que supuso una tasa de interés del 34.6% anual. Los que pagaron reportan que un 50% en seis meses era un cargo usual.

Un hombre que fue a Estados Unidos cinco veces entre 1919 y 1927 aseguró haber pagado ese interés en todas las ocasiones. Otro declaró que pagó seis pesos por cinco o seis meses, es decir, 20% en seis meses. Otros emigrantes dijeron haber pagado cien por cada cien pesos en seis meses, es decir, el 100%. En algunos de estos últimos casos, se llegó a un nuevo acuerdo por medio de las autoridades religiosas locales.

⁴⁵ Clark duda de que en 1908 los que empleaban trabajadores mexicanos, que eran generalmente hostiles a la emigración, prestaran dinero, aún a intereses altos. Pero el tipo de *hacendados* a la que se refiere Clark prácticamente no existió en Arandas (*ibid.*: 472).

Usualmente, se exigía una garantía para el préstamo: una casa u otra propiedad y dos avales, aunque casi siempre se hacían los pagos en los tiempos acordados. Si los emigrantes tenían dificultades para pagar, pedían ayuda a sus compañeros en Estados Unidos. A veces era difícil para quienes no tenían propiedades obtener el préstamo, pero siempre había alguien dispuesto a prestarles.

Me reportaron que hubo un hombre que hacía veinte años tenía sólo dos o tres hectáreas de tierra, ahora posee un *rancho* de unas cien, comprado con las ganancias de los préstamos sin seguro que hizo a los jornaleros, a los que cobraba un interés de un peso por cada dólar en seis meses, o sea, el 200% anual.

Sólo un emigrante indicó que había sido ayudado en la frontera por los contratistas. Este hombre, que había vivido muchos años en Estados Unidos y hablaba bien el inglés, dijo de su primer viaje al norte: «en 1913, un contratista [mexicano] del ferrocarril de Santa Fe vino a Arandas y nos llevó a tres o cuatro hombres en automóvil al ferrocarril y al norte. No pagué nada por ir a la frontera, ellos pagaron todo».⁴⁶

En años anteriores, hubo arandenses que entraron a Estados Unidos ilegalmente. Algunos pagaron de cuatro a ocho pesos por cruzar el Río Grande en puntos sin vigilancia, otros lo hicieron por cuenta propia.

En 1931-1932, sin embargo, todos tenían noticia de la depresión económica por la que atravesaba Estados Unidos, la reticencia del servicio consular para tramitar papeles de inmigración y la actitud del servicio de inmigración norteamericano que arrestaba y deportaba a los ilegales en Estados Unidos. Esto se difundió a partir de las experiencias de los emigrantes de Arandas así como por la propaganda oficial mexicana y la publicidad en los periódicos.⁴⁷ En estas condiciones, el espíritu aventurero para pasar la frontera de manera inadvertida disminuyó.

⁴⁶ Clark dijo en 1908 que «sin duda hay reclutamiento, directo o indirecto, por parte de los representantes de las agencias de empleos norteamericanas» (*op, cit.*: 471). Un ranchero fidedigno de Atotonilco, en las afueras de Los Altos, dice que contratistas norteamericanos que representaban minas y ferrocarriles habían recorrido la región hacía veinte años.

⁴⁷ En 1931-1932 el autor vio en los compartimentos de los carros de segunda clase que operaban en Atotonilco —la línea más cercana a Arandas— la siguiente nota: «El Departamento del Interior da a conocer a todos los trabajadores mexicanos emigrantes que los que

La influencia de la migración en la actitud de los mexicanos hacia Estados Unidos

La actitud hacia Estados Unidos de los arandenses que no han emigrado para trabajar en aquel país debe considerarse junto a la de aquellos que sí lo han hecho. Por otra parte, es necesario tener en cuenta el odio latente hacia la nación más rica y poderosa, cuyo poder y riqueza agravan la antipatía. El antagonismo es más colectivo que individual y suele estar —de hecho lo está— acompañado de la mayor y más genuina amistad y cortesía a los norteamericanos en lo individual. Por ejemplo, un comerciante y *ranchero* que no había estado en Estados Unidos dijo:

En realidad, a los mexicanos no les gustan los estadounidenses en general. Individualmente, a menudo sí simpatizan. Aquellos que los han conocido en Estados Unidos, todavía les caen mejor. Pero Estados Unidos tomaron más de la mitad de este país [Texas, California, etcétera]. Pero yo le digo a usted: será nuevamente de México. No ahora, sino en cientos o miles de años.

A esta declaración siguió un recuento del encumbramiento y caída de las naciones, y la idea de que Estados Unidos también estaba destinado a caer. Otros, que tampoco habían estado en Estados Unidos (incluso uno que había trabajado allá) mencionaron la pérdida del territorio mexicano como un insulto y opinaron que

vayan sin la documentación debida y el dinero necesario no serán admitidos por las autoridades norteamericanas. Cualquier individuo que se atreva a entrar ilegalmente a territorio norteamericano será castigado severamente por el gobierno de ese país y los llamados “coyotes”, quienes engañan a nuestros trabajadores, se tendrán que enfrentar a las autoridades. El pueblo de México debe cooperar con el gobierno para cuidar a aquellos que no pueden ser admitidos al salir de la república, denunciando a los enganchadores y coyotes a las autoridades y difundiendo propaganda activa entre los trabajadores que no saben leer para que se den cuenta de que en realidad es peligroso para los mexicanos aventurarse y tratar de llegar a Estados Unidos sin los requerimientos que esa nación impone a los inmigrantes, porque se expondrán a la destitución y después al encarcelamiento y la deportación. México D.F. mayo de 1930». En los primeros años en que hubo una gran oleada de emigración y las leyes de inmigración norteamericanas eran laxas, se hicieron esfuerzos similares y hasta mayores, por parte del gobierno mexicano, para controlar la emigración: todo en vano.

ojalá Estados Unidos no recobrara su prosperidad económica y se desintegrara por una revolución o, incluso peor, por una guerra de varias naciones contra él (véase el apartado «Los emigrantes que regresaron»).

El comerciante y *ranchero* citado anteriormente consideraba que Estados Unidos era el principal responsable de los continuos disturbios internos que debilitaban a México. Bajo la depresión económica y la campaña para comprar bienes mexicanos, agregó: «hace diez años, decir “es americano”, era una buena propaganda. Ahora, es prácticamente lo contrario, es un error decir: “es americano”. Ahora decimos “Hecho en México” y si no lo tenemos en México, lo compramos en Europa». Y añadió que aunque odiaba a Estados Unidos por haber oprimido y dividido a México en facciones: «nosotros habríamos hecho lo mismo. Por eso, no te culpo».

Hubo muchas otras opiniones sobre las relaciones entre mexicanos y estadounidenses en Estados Unidos. La primera persona con quien hablé en Arandas, un joven que no había estado en Estados Unidos, dijo: *«se ve mal a los mexicanos en Estados Unidos*. Se les considera como una raza inferior. Ellos llenan las cárceles con mexicanos. ¿Sabía usted que los estudiantes mexicanos fueron asesinados por el sheriff [Guess] en Oklahoma?» (véase apartado «Historia de la emigración a Estados Unidos»).

Otro mexicano, que tampoco había estado en Estados Unidos, salió en defensa de los estadounidenses: «el trato depende del hombre. Algunos mexicanos que van a Estados Unidos son viciosos. Algunos de los que han regresado me han dicho que no pueden decir nada malo del trato que se les dio en Estados Unidos».

Sólo uno de los muchachos emigrantes que ha regresado y con quien platicué en Arandas habló de injusticias. Era un mestizo de compleción delgada:

Aquí tratan a los extranjeros muy bien, con todo respeto. Pero allá la *gente blanca* no siempre trata bien a los mexicanos. La policía de Los Ángeles los trata mal. El oficial en la plaza les dice que salgan de la ciudad cuando no tienen trabajo y los patea. Algunos de los mayordomos son buenos, otros, malos. Ellos manejan a los mexicanos de una manera muy dura y les dicen: «si no te gusta, vete».

Las opiniones de este hombre contrastaron notablemente con las de otros en situaciones similares. Cuando se fue, mi guía me explicó que se trataba de un *borra-*

cho que no había cumplido con la responsabilidad filial de enviarle dinero a su padre desde Estados Unidos. Un vecino agregó que aunque él lo había apoyado económicamente para emigrar a Estados Unidos, poco después le había robado quince dólares y se había ido. Estas explicaciones fueron ofrecidas a manera de disculpa. Y luego añadió: «si un hombre trabaja bien, lo tratan bien. Pero si bebe y escandaliza lo tratan mal. Algunos dicen que el trato es malo porque se meten en problemas y no les gusta. Si no quieren trabajar, los mayordomos los insultan».

Un mexicano que ha vivido ocho años en Estados Unidos ofreció otra explicación: «algunos mexicanos regresan y dicen que fueron robados, después de que se emborracharon y apostaron su dinero. A veces los mexicanos se roban entre sí y después dicen que los estadounidenses lo hicieron».

Hubo algunas quejas genuinas y probablemente bien fundamentadas por parte de otros migrantes, como uno que corroboró la mala reputación de la policía: «en Los Ángeles dicen que la policía es muy mala. Dicen que en la *Plaza* un oficial llamado Red patea a los mexicanos».

Otro arandense me contó una experiencia con la policía de Pittsburgh, Pensilvania, que podría ser trágicamente cierta:

Unos mexicanos que se habían emborrachado con whisky estaban haciendo alboroto en la calle y dispararon al aire. Alguien llamó a la policía. Yo no estaba con ellos: estaba dormido en mi cuarto. La policía llegó hasta la casa de asistencia a recogerlos a todos, llegaron hasta mi puerta, me levanté vestido en ropa interior y abrí. Los policías querían saber si yo tenía alguna pistola; pero no tenía. Me dijeron: «levántate y vístete». Le dije: «¿qué me van a hacer?» Me dijeron: «arrestarte». «¿Por qué?» «En la cárcel te enterarás».

Luego, en la cárcel, un oficial me dijo: «¿qué robaste?» Le dije que no había robado nada y le mostré mi número de la fundidora. Volvió a preguntarme por lo que había hurtado y como le contesté de nuevo que no, me golpeó la oreja con una cachiporra y también la cabeza y la cara, me abrió el oído y me fracturó el cartílago. Después me metió a una celda con los otros, sin importarle mi herida. A la mañana siguiente, en la corte, el policía le dijo al juez que yo estaba disparando.

El juez me preguntó qué clase de arma tenía yo. Le dije que no, que yo estaba dormido, que no tenía ningún arma. El policía dijo que me callara, el juez preguntó por mi nacionalidad y respondí: «mexicano». Despues me dijo: «Diez dólares o treinta días». Y respondí:

«aquí están los diez dólares». Yo estaba trabajando y tenía dinero, así que pagué. Después fui al doctor, para que me cosiera la oreja. No pude trabajar durante diez días, porque estaba en un lugar caliente, poniendo lingotes en el horno. Lamenté mucho estar en la cárcel cuando no hice nada, mi padre vivió aquí 52 años y nunca fue arrestado. Yo nací aquí y nunca había sido arrestado hasta que fui a Estados Unidos y me siento mal por ello.

Dos mexicanos admitieron que cuando habían sido arrestados y maltratados habían infringido la ley, al menos, técnicamente, pero no se quejaron del trato que recibieron.

Otros dos emigrantes que regresaron, uno de ellos, maestro rural cerca de Guadalajara, describió un trato arrogante por parte de los granjeros del condado de Nueces, Texas, que concuerda con las quejas que oí cuando hablé con los mexicanos en ese condado en 1929.

Se suponía que nos debían pagar 1.50 dólar por cada cien libras de algodón recogidas, pero sólo recibíamos cuatro o cinco dólares por semana. Nos pagaban una parte en efectivo y otra con crédito en la tienda del rancho donde los precios eran muy altos. Algunos de mis amigos se fueron y el granjero se enojó tanto que al resto nos juntó en el garage y puso en la puerta al mayordomo con un rifle. Después vino el dueño con una pistola y amenazó con matar al que intentara irse. Poco después el mayordomo pateó a un muchacho, hijo de un abogado en Guadalajara, que estaba enfermo por el calor, el sol y la falta de agua, y yo protesté. Entonces me fui en tren a San Antonio y llegué con diez centavos en el bolsillo. Un mexicano de allá me dio de comer. Cerca de Petronila un granjero me dio empleo con un pago de seis dólares la semana, incluyendo hospedaje, ropa, lavado y seis acres de algodón para sembrar a medias. Me preguntó si quería el dinero por semana y como le dije que no, sólo me dio alojamiento y lavado y en una ocasión me compró unos zapatos. Un día que yo estaba jugando con su hijo, la mamá salió con una pistola y me dijo que «estabas peleando con Louis». Le dije que no, y Louis también lo negó. Después fui a la casa y le dije al granjero: «deme mi dinero, que me voy». Él me contestó: «no te debo nada, le di tu dinero al mayordomo, no tengo nada; tal vez te pague después de la pisca del algodón». El mayordomo texano-americano me dijo: «fue ra de aquí; si me sigues molestando, te mataré». Entonces me enfurecí, me corrió cuando ya había seis acres de algodón de muy buen tamaño.

En ocasiones había quejas contra los capataces, en otras, elogios. Por ejemplo: «Algunos tratan muy bien a los mexicanos, otros mal, les ponen apodos y les gritan».

Fue interesante la queja, en privado, de uno de los mexicanos contra un capataz de la estación del ferrocarril: «los *méjico-texanos* son *malos*; los *mayordomos méjico-texanos* [asistentes del capataz], tratan muy mal a los mexicanos y los hacen trabajar mucho». De manera similar, pero sin distinguir entre los antiguos mexicanos y los mexicanos nacidos en Estados Unidos, otro dijo: «los peores capataces son los mexicanos».

Uno que había trabajado en Flint, Michigan, hizo una distinción en favor de los estadounidenses y contra los inmigrantes europeos recientes (véase el apartado «Historia de la emigración a Estados Unidos»); fue especialmente hostil con los polacos:

El hombre bueno es el verdadero estadounidense, no los inmigrantes. Los polacos son los más católicos del mundo. Ellos se ciudadanizan. Pero *tienen pretensiones*. Piensan que los mexicanos no son inteligentes. Los capataces inmigrantes dan trabajo a su propia gente, si les piden que despidan hombres, sólo lo hacen con los de otras nacionalidades. Mi capataz estadounidense era un buen hombre, él trataba bien a todos.

Los emigrantes deportados nunca plantearon la cuestión racial de manera voluntaria. Cuando les pregunté, sus opiniones fueron variadas y en ocasiones las respuestas de una misma persona combinaban varios aspectos. Sin embargo, la primera respuesta y la más común fue negar que la discriminación hubiera sido una experiencia personal: «nunca me negaron la entrada a ningún lugar, restaurante, cine, etcétera».

La declaración de una muchacha de tipo hispano (*criollo*) fue más contundente: «no hubo ninguna dificultad entre nosotros y ellos, incluso olvidaban que yo era mexicana». Otros, en los cuales predominaban características físicas europeas, naturalmente hacían hincapié en que los estadounidenses no los consideraban como típicos mexicanos e incluso confundían su nacionalidad.

Un segundo tipo de respuesta aseguraba que la distinción racial afectaba a los mexicanos más pobres, de piel más oscura o menos aseados: «los más pobres se

quejan más, cuando íbamos al teatro yo iba limpio, con buena ropa pero si algunos iban como estoy ahora, sucio, entonces no los dejaban entrar».

En materia de falta de limpieza, se puede observar que la justificación era la *distinción*. Otra respuesta era reconocer la existencia de la discriminación racial en el sur, en especial en Texas. Y se señalaba su ausencia, relativa al menos, en el norte. «*¿Distinción?* Sí, en Texas los mexicanos sí se parecen a los negros. En Flint, Michigan, no. Como usted sabe, los mexicanos tienen mala fama. En Pittsburgh, Pensilvania, voy a cualquier lugar, pero en Texas no, por eso me gustó Pittsburgh y vivo allí».

El trato entre los mexicanos y sus empleadores, también en las relaciones sociales, eran mejor en el norte, una observación que es frecuente en todas partes en Estados Unidos (véase el apartado «Historia de la emigración a Estados Unidos»):

El trato es muy bueno en Pensilvania y malo en Texas. En la frontera hay personas que explotan a los trabajadores que son menos educados que en el resto de Estados Unidos. En los estados del sur, mucha gente explota a los trabajadores, en cambio, tengo una buena impresión de los estados del centro y del norte, donde las personas tienen mejor educación.

Las quejas contra el maltrato a los mexicanos en Estados Unidos reiteraban los mismos argumentos de los mexicanos que habían sido entrevistados en ese país. Sin embargo, llama la atención que en Arandas, las personas que nunca habían emigrado se quejaran mucho más, aunque de manera menos precisa, que los que habían estado allá. Las excepciones ya han sido señaladas.

Para los emigrantes que regresaron, los aspectos agradables de su experiencia en Estados Unidos opacaron las cuestiones negativas. Incluso el joven que sufrió un trato brutal a manos de la policía de Pittsburgh, se refirió a ese episodio después de muchas conversaciones, y lo hizo con arrepentimiento más que con rencor, ya que le gustaría regresar a vivir a Pensilvania. El que se había «escapado» de la granja en Texas sin su paga, estaba ansioso por regresar a Estados Unidos. Desalentado por la política norteamericana de inmigración restrictiva dijo: «no creo poder regresar otra vez, pero quizás, quizás».

Con frecuencia, se hacían comentarios acerca del buen trato y las condiciones que habían tenido en Estados Unidos:

Para nosotros, los estadounidenses son *muy buenos hombres*. Si un hombre es buen trabajador, ellos no lo pueden tratar mal. A ellos les gusta la gente *trabajadora*. El señor Zárate, un antiguo contratista en El Paso, es *muy correcto, muy buen hombre*. La gente con la que yo trabajé me trató bien.

En gran número de ocasiones señalaron que es bueno estar en Estados Unidos en época de buenos empleos, pero que en los tiempos malos es preferible estar en México:

Si no tienes trabajo, es mejor estar aquí. De cualquier modo, uno tiene algo que comer, aunque sea poquito, pero siempre. En Estados Unidos uno camina por las calles y pide dinero en las casas norteamericanas, toma una taza de café y algo de pan, uno sufre sin empleo allá. Este es mi país y uno recibe la ayuda de los *paisanos*. En Estados Unidos cuando hay buen trabajo está bien, por la paga. Me gustó estar en Estados Unidos, me regresé cuando no encontré trabajo, allá me gustaba usar buena ropa, los parques, etcétera. Mi gente está aquí y cuando allá no hay trabajo, prefiero estar aquí.

A un mexicano que había trabajado en una mina de carbón en Utah no le parecía que sus compatriotas pidieran caridad a los estadounidenses: «desearía que los mexicanos pudieran regresar a México. No me gusta ver que tengan que pedir limosna en Estados Unidos».

Muchos emigrantes mexicanos preferían vivir en México por el ritmo de vida más tranquilo, el clima templado, la facilidad para encontrar lo básico para subsistir e, incluso, porque México es su país natal:

Prefiero Arandas, el clima es mejor que el frío y caluroso Chicago. Ésta es *mi patria*. Regresaría si hubiera trabajo. Allá estuve a gusto con el trabajo y la paga, además, el trato era bueno. Pero estoy *más contento aquí, es mi patria*. Estoy *más contento aquí*. Cuando trabajo en Estados Unidos sólo gano para comer, aquí con unos pocos pesos vivo bien. El maíz y el frijol nunca faltan. En Estados Unidos uno trabaja todos los días, si no lo haces, no comes. Aquí sólo trabajo tres meses al año y sobrevivo, me gusta más aquí (véase el apéndice «Notas de trabajo de campo de cuatro migrantes»).

Pero para la mayor parte de los que habían regresado, una mejor calidad de vida en México era contrapesada por los estándares de vida superiores en Estados Unidos. Muchos aseguraban que eran más felices en Arandas, pero inmediatamente después decían que regresarían a Estados Unidos si hubiera trabajo, además de que estarían encantados de vivir allá el resto de sus vidas. Para ellos, aparentemente no había contradicción en lo que decían. Una explicación muy repetida era que la vida en Arandas es difícil debido al poco trabajo y los bajos salarios y que, en cambio, en Estados Unidos el trabajo y el salario eran buenos, por lo que podían tener buena ropa y automóviles, y, también, que los parques eran bonitos.

La mayoría de los emigrantes deseaba regresar, por lo menos de manera temporal, y tanto los que habían estado en Estados Unidos como los que no habían ido preguntaban optimistas acerca de la situación laboral en el país del norte: «¿ya mejoraron las condiciones en Estados Unidos?»

Unos cuantos de los que habían regresado preferirían vivir indefinidamente en Estados Unidos, porque aunque el trabajo era duro, pagaban bien. El hijo del propietario de un rancho muy grande, que había trabajado en Pensilvania en una fundidora, dijo:

Vivía bien, seguramente allá habría vivido toda mi vida. Vivo bien aquí, sólo que el trabajo es muy lento y uno necesita trabajar para vivir, no es buena la vida si uno trabaja y no hace mucho dinero. Con dinero usted hace cualquier cosa, vive mejor. Yo preferiría trabajar más y tener dinero.

Un fabricante de *tequila* en una hacienda estaba impresionado por la tranquilidad en Estados Unidos y por la calidad de los servicios públicos:

Éste es mi país, soy mexicano y amo mi patria. Aquí no estamos unidos, parecemos perros y gatos. Si tuviera la recomendación de un *dueño* que supiera que soy buen trabajador y que me tratara bien, iría con gusto a vivir a Estados Unidos. Me gustan los ideales de allá y todo [abastecimiento de agua, salud, higiene, etcétera] está bien organizado.

Hubo un ranchero, extraño, que no tenía interés por migrar. Un joven que tenía burros dijo: «no, no quiero ir, está muy lejos, ésta es mi tierra».

Cuando le comenté que muchos se iban, me respondió de forma similar a los del sur de Estados Unidos cuando se les pregunta acerca de la emigración de negros o mexicanos hacia el norte: «sí, y regresan».

Pero, en cada respuesta hay una verdad a medias.

En general, los emigrantes tenían mejor opinión de los estadounidenses después de haber trabajado en Estados Unidos que antes de haber ido. Un joven ranchero que había vivido allá ocho años, dijo:

Antes de ir pensaba que los americanos trataban mal a la gente, igual que en México. Ahora creo que ellos son mejores que nosotros. Allá, si un hombre pobre trata de formar un negocio, los estadounidenses lo ayudan, sin importar si es americano o mexicano. Desearía estar allá ahora. ¿Que si quiero regresar? Por supuesto que quiero, me gusta ese país, me gustaría vivir en él. Me voy a Estados Unidos tan pronto como todo mejore, me gusta más estar allá que aquí. Éste es mi país, pero al día siguiente que usted visitó mi rancho, soñé que regresaba a Estados Unidos.

Naturalmente, la simpatía hacia los estadounidenses estaba íntimamente relacionada con las ventajas materiales que ofrece Estados Unidos. Un emigrante deportado opinó: «por supuesto que nos gustan los americanos, nunca antes había ganado cuatro o cinco dólares al día».

Un profesionista confirmó la validez de los casos citados y observados:

Los que permanecen en México dicen que los estadounidenses tienen prejuicios contra los mexicanos. Los que se van afirman que no es como la *gente vulgar* dice ya que reciben buen trato, en especial, en el norte. También dicen, nuestra gente no nos da trabajo, nos dejan morir de hambre, le tenemos más *cariño* a los norteamericanos. Nuestro gobierno no tiene compasión de sus propios hijos.

Y un comerciante importante, como muchos mexicanos de otras partes, se expresó así sobre la gran enemistad entre mexicanos y estadounidenses:

Cada mexicano que se va le gusta más Estados Unidos que México, tiene una mejor vida allá que acá. Después de cien años le dirá adiós a México y temo que le gustará Estados Unidos

más que México. Estamos haciendo la «guerra», la propaganda nacionalista, para que no lleguen a americanizarse (véase el apartado «Historia de la emigración a Estados Unidos») ya que no les gustará la bandera mexicana, no le tendrán amor a la patria y eso representa un gran peligro para México.

La declaración de un emigrante corrobora ciertas tendencias americanófilas de algunos emigrantes, así como de la existencia de rumores confusos y fantásticos:

Hace unos días, un amigo me dijo que hay muchos soldados estadounidenses en la frontera y que habrá una revolución en Estados Unidos. Dentro de quince días, México será parte de Estados Unidos. Me dijo que esto era verdad, porque lo había visto en los periódicos. No me importa, prefiero trabajar para los norteamericanos que para el gobierno de aquí. Preferiría estar bajo sus leyes que bajo las leyes del gobierno mexicano, ya que tengo más garantías allá que en mi propio país. Aquí somos unos ignorantes, usted lo sabe.

Al contrario de aquellos que odiaban Estados Unidos, un vecino reconocido de Arandas, como otras personas en México, esperaba que los estadounidenses realizaran lo que llamó «la conquista pacífica», como un medio para cambiar el desorden político y mejorar las condiciones económicas de México.

A medio camino entre los dos extremos, estaba el que expresó el deseo de que Estados Unidos se hundiera como potencia mundial y, al mismo tiempo, un auténtico deseo de vivir allí. El que manifestó ese contraste había trabajado en una mina de carbón en Utah:

Ahora Estados Unidos está en peores condiciones que nosotros. No venden nada, los bancos están quebrados y los agricultores pasan por malos momentos. No creo que se recuperen, producen demasiado y no pueden venderlo. Japón y Australia pueden atacarlos, también puede estallar una revolución en diferentes partes, porque ahora le dan trabajo a los estadounidenses y no a los extranjeros. Mi vida en Estados Unidos fue fácil, hasta tuve mi propio carro, aquí es muy difícil ¿Qué si quiero regresar? Por supuesto que me gustaría ir otra vez.

Así, en la comunidad de Arandas existía una amplia variedad de actitudes hacia Estados Unidos y los estadounidenses. Es muy claro, salvo ciertas excepciones, que

la posición de los emigrantes que regresaron fue mucho más amistosa por su experiencia en Estados Unidos.

Los emigrantes que regresaron

En Arandas uno se impresiona más por el escaso cambio en las actitudes y formas de vida de los que regresaron, que por la transformación de sus condiciones económicas.

Un indicador de la falta de contacto efectivo con la cultura norteamericana es la alta proporción de repatriados que no hablaba ni una palabra de inglés. En general, la habilidad para entenderlo era mayor que para hablarlo. Un ranchero que había estado siete veces en Estados Unidos entre 1910 y 1929 era un ejemplo notable del fracaso para aprender la lengua. Trabajó principalmente en las vías del ferrocarril, algunas veces en la cosecha de algodón y en una compañía que transportaba petróleo, pero no pudo entender las preguntas más simples en inglés. Después de varios intentos por empezar una conversación en inglés, con dificultad sólo dijo: «*No spik inglés*». Me contaron de otro mexicano que había estado doce veces allá y no podía hablar el idioma. Fueron comunes los ejemplos de otras personas que habían estado en Estados Unidos de una a cuatro veces. La explicación correcta la dio un mexicano que, en tres viajes entre 1925 y 1929, había trabajado en el ferrocarril en California, Nevada, Kansas y Arizona: «no aprendí inglés porque trabajé con puros mexicanos». Ésta fue la experiencia de la mayoría de los trabajadores de los ferrocarriles en Estados Unidos, debido a que los capataces y los peones hablaban español.

El fracaso para establecer uno de los medios de contacto cultural más importante como es el idioma, fue más notorio entre los trabajadores ferroviarios y, en menor grado, entre los jornaleros agrícolas. Los obreros que hablaban mejor inglés eran casi siempre, los que habían trabajado en industrias del norte y el este o en las minas de carbón de Utah. Con frecuencia, habían permanecido más tiempo en un solo lugar: el capataz, por lo general, no hablaba español y la proporción de mexicanos era menor. Además, unos cuantos que vivían en centros industriales habían aprovechado las escuelas nocturnas para mejorar su inglés. Tres jóvenes mexicanos, dos muchachos y una chica, que había salido de México cuando eran muy jóvenes, habían estudiado durante varios años en escuelas públicas estadounidenses, hablaban un inglés casi perfecto.

La vestimenta cotidiana de los que regresaron era igual a las de los que desempeñaban oficios similares. En el pueblo eran comunes el pantalón u overol, camisa, sombrero de fieltro o gorra y zapatos. Los jóvenes que no habían estado en Estados Unidos usaban un vestuario parecido. Sin embargo, pocos de los emigrantes que habían regresado al pueblo usaban *huaraches*. Uno de ellos había trabajado en la Wisconsin Steel Works en South Chicago.

En las áreas rurales del municipio la vestimenta usual de los repatriados era casi idéntica a la de los que nunca habían emigrado. Llevaban *sombrero* de palma, *camisa* de algodón, *calzones* y *huaraches* (véanse las fotografías: 4, 5, 6). Vi que uno de los emigrantes llevaba la típica chamarra de piel de oveja y a otro trabajaba descalzo en el campo; pocos usaban zapatos, camisa y pantalón u overol. La cobija tradicional se usaba para calentarse en las mañanas o noches. El traje de domingo, en el pueblo y en los ranchos, era un traje confeccionado por un sastre, y sombrero y zapatos traídos de Estados Unidos, pero la gran mayoría no tenía traje.

Antes de empezar mi trabajo de campo me habían dicho que los que regresaron no me dirían fácilmente si antes habían usado *huaraches*. Cualquiera que haya sido la situación en otras partes, en Arandas me lo dijeron de inmediato y también respecto al uso de camisas y *calzones* en las áreas rurales. Tanto en el pueblo como en el campo era imposible determinar por el vestuario si un hombre había emigrado o no (véanse las fotografías: 5, 7, 12, 13, 14 y 18).

Me equivocaría si dijera que la emigración no ha tenido un efecto directo en la indumentaria de los emigrantes. De hecho con frecuencia fue evidente: muchos usaban ropa de mejor calidad que la que hubieran tenido de otro modo. Sin embargo, debido a la depresión económica y al consumo de los ahorros, muchos vendían el excedente de las cosas que habían comprado en Estados Unidos para obtener efectivo, aunque por las mismas razones les fue imposible reponer lo que habían gastado.

En los ranchos y en el pueblo sacaron del baúl trajes —«como el suyo»—, para mostrarlos con orgullo. Uno de los rancheros también me enseñó dos sombreros y un par de oxfords y retratos, tomados en Pensilvania, en las que resaltaba su vestimenta norteamericana: «me gustan los buenos trajes, incluso en este país, pero aquí nadie los usa». Se disculpó repetidamente por usar *huaraches* en lugar de zapatos y dijo que era necesario porque tenía un pie infectado. Otro ranchero, que había regresado con cinco trajes, dijo que por la presión económica había vendido varios

sombreros, botas y trajes. Los emigrantes que adquirieron buena ropa, impusieron un patrón en la vestimenta de la gente que sin haber emigrado tenía dinero.

La vida en Estados Unidos también influyó en la forma de vestir de las mujeres. Una muchacha educada en una preparatoria de Utah dijo: «aquí, todas se visten igual, de negro. Yo no me vestiría de negro en toda mi vida, aquí parece que cuando una chica se casa, todo se acaba, ya no les interesa la ropa».⁴⁸

Pocas mujeres de Arandas han ido a Estados Unidos, por lo que ha habido escasa penetración de las ideas estadounidenses en cuanto al rol social de las mujeres. Sin embargo, un profesional expresó el efecto típico del contacto con las costumbres estadounidenses: «las mujeres que asimilan las costumbres norteamericanas, quieren más libertad, pero los esposos no».

Sin embargo, un emigrante que conocía las comodidades de la mujer norteamericana, deseaba esa clase de libertades para su esposa: «me gusta la libertad en la mujer; si tuviera dinero, no tendría a mi esposa trabajando tanto».

El contraste entre los niveles de vida entre Estados Unidos y Arandas lo mencionó un emigrante recién llegado al pueblo: «desearía que todos fueran a Estados Unidos, ya que aprenderían a comer mejor, a tener un lugar mejor para dormir, buena ropa y a ser limpios. Aquí la gente es pobre, si alguien tiene hambre y sólo tiene veinte centavos, no puede ni cortarse el pelo».

Algunas personas comentaron los cambios en los hábitos personales y el nivel de vida de los emigrantes, pero con frecuencia concluían con una observación desalentadora debido a su naturaleza efímera. Un comerciante dijo:

Cuando los mexicanos vienen de Estados Unidos llegan transformados. Tienen mejores modales, mejor vestimenta y más dinero, también aprenden a lavarse la cara y a tener limpias las manos y la ropa. Muchos que han vivido en un jacial, al regresar, hacen su casa nueva; pero después de un tiempo, olvidan lo que aprendieron y pierden sus ambiciones, entonces vuelven a vivir como antes.

Un médico observó: «la nutrición aquí es muy pobre, la gente carece de fuerza. Sí, en Estados Unidos comen mejor, pero en cuanto regresan comen como antes».

⁴⁸ Sin embargo, sus impresiones acerca de Arandas eran bastante favorables.

El propietario de un rancho, que había regresado, explicó que había obstáculos para mantener el nuevo estándar de vida: «¿Más limpios? Sí, por dos, tres o cuatro meses, y después son los mismos de antes, y es que aquí el agua está fría».

Fue común observar en Estados Unidos que la emigración debilitaba el apego de los inmigrantes a la religión católica. Aparte de los esfuerzos de conversión que hacían algunos grupos protestantes, un sacerdote de Arandas dijo:

La emigración baja el nivel moral. Mientras se encuentran en Estados Unidos olvidan su religión, la razón más importante es que están aislados; ven un modo de vida distinto, van a bailes, cines y otras diversiones. La propaganda de los *evangelistas* no es tan importante. Por lo general, los emigrantes que regresaron a Arandas retomaron su religión.⁴⁹

En su religiosidad, como en otros aspectos, los retornados generalmente regresan a sus viejas costumbres. Un sacerdote de la localidad describió así la situación: «casi no hay cambios la actitud religiosa de los emigrantes que regresaron. Dos o tres cambiaron de religión, otros pocos son menos católicos, pero casi todos son los mismos de antes».

El estatus económico de la gran mayoría de los repatriados era prácticamente el mismo que antes de ir a Estados Unidos. Durante los años que pudieron entrar libremente, muchos gastaron el dinero de tal manera que no hubo cambios significativos en su situación. Lo que hacían a su regreso era: «llegar a Arandas y estar sin trabajar hasta que no hubiera dinero, beber, bailar, después regresar; ahora son unos pordioseros».

Por supuesto muchos gastaron el dinero en mejor ropa, comida, para ellos mismos o sus familias, pero en esos casos también hubo imprudencia. La falta de criterio en sus compras en Estados Unidos fue similar en el pueblo (véase apartado «Antecedentes»). Un comerciante de Arandas comentó lo que había observado: «cuando mandaban dinero a la familia, era como si tiraran la casa por la ventana, compraban todo».

Cuando el dinero se acababa, la idea era viajar nuevamente a la tierra de los buenos salarios. Sin embargo, en 1930 y 1931 ya no era tan fácil cruzar la frontera.

⁴⁹ Manuel Gamio *The Mexican Immigrants: His Life-Story*, Chicago, 1930).

A pesar de esto, la actitud de los que no ahorraron y de los que no lo invirtieron en mejorar su situación económica, mediante la compra de tierras o animales, no fue de arrepentimiento. Por ejemplo:

Gasté mi dinero en un carro, que dejé en Estados Unidos, y en la familia; no me quejo. Gasté el dinero en Estados Unidos y, cuando regresé, gasté todo en bebida y en almacenar muchachas, que nunca quiebran (en referencia, en broma, a la falta de confianza en los bancos). ¿Mi dinero? Soy joven. Lo gasté.

Sin embargo, este muchacho había comprado ganado con el dinero que había enviado desde Estados Unidos. Un obrero joven que había vivido ocho años en Estados Unidos expresó una actitud contraria: «desearía haber podido ahorrar todo el dinero que gané allá: podría haber comprado un rancho».

Las experiencias de los emigrantes de Arandas en la agricultura, minería e industria, sugiere que debieron haber aprendido mucho. Indudablemente sucedió, pero es notable que no aplicaran tales conocimientos en Arandas.

Algunos de los emigrantes que regresaron estaban preparados para usar los conocimientos que habían adquirido. Por ejemplo, uno dijo que lo primero que había hecho era aprender inglés, lo que era cierto, porque lo hablaba bien. Después dijo que no lo hablaba con otros que regresaron ya que «uno no debe hablar inglés en México».

Después, dijo que en Estados Unidos había aprendido a vestir mejor, pero también señaló que si se hubiera quedado en Arandas, se vestiría igual. Finalmente, comentó que en Estados Unidos había sido ayudante de mecánico, lo que sin duda le ayudaría a conseguir trabajo en Guadalajara y que el inglés le serviría si regresaba a Estados Unidos. Pero estaba en Arandas, donde manejaba un billar.

Un migrante que había estado cinco veces en Estados Unidos resumió la situación de muchos rancheros que habían trabajado en los ferrocarriles: «nuestro negocio es ser *agricultores*, antes y después».

En Arandas no hay ferrocarriles donde trabajar. De manera similar, un migrante que trabajó quince años en las fértiles islas de la delta de Stockton, en California, dijo: «aprendí mucho, pero acá no tenemos agua para regar».

Dos rancheros comentaron:

Aquí no hay nada de lo que aprendí allá. En Texas usan mulas o siembran con máquinas. En Arandas no tenemos materiales, arados. Nuestra tierra es diferente, tiene mucha piedra. Tenemos que usar azadones con punta de metal. Allá estuve trabajando en una fundición. No aprendí nada que me sirva.

Otro joven, que había trabajado en fundidoras de Pensilvania, habló de dificultades parecidas: «me gustaría conocer mejor la industria metalúrgica, pero aquí no tenemos fábricas».

Un migrante generalizó: «para muchos, la experiencia en Estados Unidos *no valió nada*».

El arraigo de viejas ideas se muestra en el decir de un joven e inteligente ranchero que vivió nueve años en Estados Unidos y deseaba regresar. Ahí adoptó una práctica contraria a la que tenía antes: «en Texas me gustaba bañarme todos los días después de trabajar; pero aquí no lo puedes hacer por el clima. Si te lavas las manos después de la jornada, cuando aún están calientes, se te paralizan. Por eso encuentras a muchos rancheros con las manos sucias».

La readaptación de los migrantes a las costumbres de su comunidad se debe, en cierta medida, a la hostilidad de los que no emigraron. Es claro que les hacen bromas, sobre todo cuando saben que son pobres. Por ejemplo: «mira a ese tipo, trae buena ropa, pero no tiene un centavo en los bolsillos».

Sin embargo, un profesionista hacía hincapié en un hecho significativo: «ellos se burlaban, criticaban su ropa, pero ahora no. Ahora los imitan».

Por supuesto que los no emigrantes no admitían inferioridad alguna respecto a los que se habían ido. La envidia hacia el emigrante y el rechazo a su superioridad se advirtió en el comentario de un mediero analfabeto que, junto a un compañero, pre-guntaron si las condiciones de trabajo no estaban mejorando en Estados Unidos:

Los *norteños* (aquellos que han estado en Estados Unidos) ganan experiencia porque aprenden inglés. Obtienen mejores empleos en los hoteles de la ciudad de México y otras ciudades. Aquí no. Regresan con *pretensiones* de que tienen mucho dinero, pero no es cierto. Regresaron con ropa que les dura un año o dos y luego se visten como todos nosotros. Creen

que son mejores que nosotros, pero no lo son. Algunos van allá pero no a trabajar y sería mejor que se quedaran aquí a trabajar... *Los norteños valen* menos que nosotros como trabajadores, porque no quieren trabajar por poco dinero.

Otro ranchero ni siquiera demostró envidia:

¿Qué aprendieron? ¡*Nada!* Unas cuantas palabras de inglés. Sólo aprendieron a trabajar en los ferrocarriles. Presumen que tienen dinero, que han ganado mucho, pero regresan sin nada. Son *iguales* a los que no nos hemos ido. Dicen que les pagaban cuatro-cinco dólares por día y no quieren trabajar por cincuenta centavos.

Otro trabajador que no había estado en Estados Unidos describió una práctica de ocio, muy frecuente, que sin duda generaba envidia: «regresan y gastan todo su dinero en un mes y cuando se les acaba, regresan a Estados Unidos. Muchos los envidian y quieren hacer lo mismo».

Sin embargo, en 1931 esas posibilidades se cancelaron. Los que no emigraron dijeron que los que regresaron trabajaban con menos eficacia en México, acusación frecuente de los granjeros del sur de Estados Unidos, que afirman que el trabajador mexicano muy pronto se vuelve quisquilloso. Un comentario opuesto suele ser expresado por los industriales estadounidenses. En Arandas, dos propietarios de grandes ranchos confirmaron la opinión de que los que regresan trabajan menos, aunque el segundo hizo una distinción entre trabajar para otros y trabajar para sí mismos.

Allá ganan más, por eso es que aquí trabajan menos. Cuando regresan trabajan mejor para ellos mismos. Pero nosotros, empleadores de rancheros, preferimos a los nuestros, a los que no han emigrado; para los repatriados nuestra paga es muy poca. Están acostumbrados a ganar tres, cuatro o cinco dólares diarios y no les gusta trabajar por tan poco. Por eso se vuelven flojos.

La preferencia por contratar a los que no habían emigrado era muy común en México, pero eso no tuvo mayor importancia en Arandas debido a la falta de empleadores de gran escala y a la gran cantidad de trabajo independiente.

A pesar de la tendencia general a gastar el dinero de los salarios obtenidos en Estados Unidos en cuestiones efímeras, hubo muchos que compraron tierra, animales, herramientas y camionetas, que mejoraron su estatus económico. Por ejemplo, un hombre que tenía dos camionetas Ford traídas de Estados Unidos para transportar, cultivar y llevar productos al mercado, afirmó: «ahora tengo una casa y dos camionetas; con eso vivo. Aquí yo era un simple trabajador y con mi salario nunca hubiera podido comprar ninguna camioneta».

Incluso había quejas porque muchos habían regresado con camionetas, lo que ocasionaba una competencia desleal. Algunos que habían regresado con automóviles, los usaron hasta descomponerlos y, al no poder repararlos, los dejaron oxidar sin darles otro uso. Algunos les quitaban el motor para utilizarlo en los molinos de aceite de linaza y otras pequeñas empresas que requerían energía.

Un emigrante regresó con una máquina embotelladora comprada en Estados Unidos, con la que obtenía un ingreso de cuatro pesos diarios sin «trabajar mucho». Otro trajo maquinaria para hacer zapatos; algunos carpinteros y otros artesanos compraron herramientas de sus respectivos oficios. Algunos iniciaron negocios con el dinero ganado en Estados Unidos. Un ejemplo notable es el de dos hermanos que pusieron una gasolinera donde vendían partes automotrices y ayudaron a un hermano menor a establecer un billar. El padre había sido trabajador pero «los hijos no le permitían trabajar, le daban dinero, porque son buenos hijos».

Un ranchero, hijo de un *propietario*, hizo dinero gracias a que ahorró cuidadosamente el salario que había ganado trabajando en el departamento de secado de sal de una empacadora de carnes en Mason City, Iowa. Regresó a México con seis mil pesos, de los cuales prestó dos mil. Con el interés del 1%, 1.5% mensual, obtuvo aproximadamente un peso diario, o sea, el doble del salario mínimo. Una buena parte de la cantidad ahorrada era enterrada, secretamente, en un agujero en el piso o en algún otro lugar seguro.

Muchos arandenses compraban vacas, cerdos y bueyes para aumentar los ingresos de sus ranchos; en ocasiones conservaban las especies pequeñas en el pueblo.

La manera más segura de mejorar individualmente era la compra de tierras. Muchos adquirieron casas en el pueblo. Otros compraron pequeños ranchos o añadieron tierras a las propiedades que ya tenían. Por ejemplo, un mediero que trabajó en el ferrocarril en Colorado, Texas, Illinois y Wyoming y en carreteras en Onawa,

Missouri, y Iowa regresó a Arandas con mil pesos. Con trescientos compró 55 solares de tierra —alrededor de veinte acres. Pero se seguía vistiendo con la típica camisa de algodón, calzón y huaraches. Sus métodos agrícolas, como su vestimenta, tampoco habían cambiado.

Otro joven, mestizo, que estuvo en Estados Unidos entre 1923 y 1925 y de 1926 a 1931, trabajando en las vías del ferrocarril en Oklahoma y en Pensilvania en la Bethlehem Stell y en la American Bridge, con sus ahorros compró, por mil doscientos pesos, 53 solares que se añadieron a los cuarenta originales de su padre; más tarde, adquirió otros cien (alrededor de cuarenta acres) por dos mil pesos. También compró un par de bueyes, un caballo y un arado de madera. Acerca de su experiencia en Estados Unidos escribió el 19 de noviembre de 1931: «debo mi fortuna a Estados Unidos. Cuando usted regrese dígale a las autoridades que un hijo de México dice que está muy agradecido y les envía su más sincero agradecimiento».

En general, los efectos culturales en los migrantes de retorno no han sido muy significativos en Arandas. La mayoría ni siquiera aprendió inglés; su vestimenta, que había cambiado en Estados Unidos de acuerdo a los estándares norteamericanos, no se distinguía de la de los demás. Esto se debe, en parte, a que se readaptaron a la vestimenta tradicional, y también porque la ropa estadounidense, en especial los overoles y los trajes hechos —sobre todo estos últimos— los usaban también personas que nunca habían migrado.

La mayoría de los emigrantes gastó su dinero tan rápido como lo ganó en Estados Unidos, México o ambos países, en comida y ropa para ellos y sus familias y en diversiones de todo tipo. En la mayoría de los casos, los beneficios materiales fueron efímeros. Se piensa que los jóvenes más progresistas y capaces son los que emigran. La excepción era mi chofer —joven analfabeto—, dueño del vehículo, que nunca emigró y tenía como *mozo* a un muchacho repatriado que si sabía leer y escribir.

Sólo una minoría invirtió en herramientas, tierra y ganado, con el consiguiente mejoramiento de su condición económica a largo plazo. Aún cuando esas mejoras fueron individuales, afectaron ligeramente las actitudes y maneras de vivir y trabajar de la comunidad.

Probablemente el emigrante más entusiasta era un joven que aún trabajaba en una fundidora en Pensilvania, que compró tierras, bueyes y caballos. Sus palabras mostraban tanto las esperanzas como las dificultades de su proyecto:

Tengo muchos deseos de realizar cosas al estilo de los Estados Unidos. Por ejemplo, me gustaría tener una bomba para regar y tener mejores cultivos *cada año*. Aquí necesitamos dinero para comprar maquinaria para nuestras granjas, tenemos bueyes, pero no máquinas, y no podemos hacer mucho sin dinero. El dinero es una buena ayuda. Me gustaría tener una casa con el estilo de las de Estados Unidos, aquí construimos bardas gruesas para que no entren las balas y sin ventanas, para que cuando la puerta esté cerrada nadie pueda entrar.

Influencia cultural de Estados Unidos en Arandas

Los emigrantes que han retorna do no son la única fuente de influencia cultural de Estados Unidos en Arandas, quizás ni siquiera la más importante. Claro que resulta imposible separar por completo la influencia de los emigrantes de la que ha llegado por periódicos, libros, películas, etcétera. Además, no siempre es posible distinguir la influencia norteamericana de la europea, que ha menudo están entremezcladas.

La cultura que remplazó a la indígena era predominantemente española, traída por los colonos que poblaron Los Altos después de la conquista. Durante el siglo pasado, el centro de la economía cambió de la cría de ganado vacuno y lanar a la agricultura. Sigue siendo una sociedad campesina que usa métodos tradicionales de producción. Por ejemplo, uno de los primeros residentes en 1810 atribuyó a su padre la introducción de la barra metálica que se sigue usando para remover la tierra y colocar piedras en bardas y casas. Desde el inicio de la agricultura, se usó el arado de madera estilo egipcio, algunas veces con punta de hierro. En 1931 el único arado de hierro que había era exhibido por un comerciante; los pocos que se usaban pertenecían a unas cuantas haciendas y grandes ranchos. Por lo general, se usaba la hoz para las cosechas de maíz, linaza y trigo. La mayoría de las herramientas eran confeccionadas por herreros de Arandas, aunque también se vendían algunas de manufactura norteamericana.

Quizás la primera máquina de procedencia norteamericana llevada a Arandas fue la máquina de coser, en el tercer cuarto del siglo XIX. Al principio, su uso estuvo limitado a unas cuantas familias acaudaladas, pero hacia 1900 se había extendido rápidamente. En 1931 prácticamente todos los hogares, aun los más pobres, poseían una máquina de coser. El telégrafo fue introducido en Arandas durante el mismo tercer cuarto del siglo XIX. En 1931, el único teléfono era una línea local en casa del *cura* de la parroquia y tal vez había media docena de radios en el pueblo. Las estacio-

nes de radio de Los Ángeles, San Antonio y Dallas, Texas y Villa Acuña, Coahuila, se escuchaban tanto como las de la ciudad de México.

Hacia fines del siglo XIX se construyó un molino de maíz y le siguieron las calderas de vapor y los motores, que se usaban en los molinos de linaza y tequila y para otros propósitos.⁵⁰ En 1905 se introdujo la luz eléctrica en el pueblo y hacia 1931 todas las casas contaban con ella. En los ranchos se utilizaban lámparas de queroseno y velas. Algunas casas del pueblo se abastecían de agua con pipas, pero la mayoría de la población se abastecía mediante de aguadores que la repartían casa por casa.

En una hacienda se instaló recientemente una máquina para extraer la fibra de ixtle de la planta de maguey. Los cordeleros que viven a lo largo del río del Tule, que la extraían a mano, se pusieron recelosos. Un grupo de cordeleros liderados por un emigrante retornado que había trabajado en fundidoras en Pensilvania, dijo:

Esta máquina nos está quitando el trabajo a todos. Los hombres que la usan la van a descomponer, a estropear. La gente no quiere la máquina porque les va a hacer *mal*. Yo vi en el periódico que Henry Ford hizo una máquina que sólo necesita diez de los cien hombres que antes trabajaban, por lo que noventa están sin empleo. A eso se debe que ahora haya muchos desempleados en Estados Unidos.

El primer automóvil lo llevó a Arandas en 1908 un comerciante acaudalado. En 1916 el auto se había generalizado como medio de transporte. El 31 de diciembre de 1919 había 26 vehículos de motor en el municipio, de los cuales nueve se empleaban para usos comerciales. También había quince bicicletas. La primera película se exhibió en 1912; en 1913 había una sala de cine en el pueblo.

Los primeros relojes de pulsera eran de procedencia europea y pertenecían a unas cuantas personas adineradas. Su uso se popularizó, en buena medida, gracias a los que los trajeron de Estados Unidos; algunos eran costosos y de la mejor manufactura norteamericana. Un joven, por ejemplo, presumía un reloj ferroviario de 75 dólares, que compró cuando trabajó una temporada como asistente de capataz en las vías del ferrocarril.

⁵⁰ Sánchez señala, en su momento, la existencia de ocho molinos de aceite en el municipio, *op. cit.*: 83.

Los muebles en las casas de las familias más adineradas de la comunidad eran normalmente de procedencia española, pero estaban llegando muebles estadounidenses. En las tiendas ya había mercancía de Estados Unidos: artículos para baño, ropa, equipos electrónicos, etcétera. La llegada de esos productos tenía que ver, sin duda, con los deseos de los emigrantes y era viable gracias a las remesas de Estados Unidos (véase apartado «Estructura económica y social»).

En cuanto la indumentaria, la influencia más notoria es el overol, que fue traído por los primeros emigrantes y ha seguido llegando, aunque ya se fabrican en México. Un overol cuesta alrededor de tres pesos, en tanto los materiales para confeccionar la indumentaria tradicional (camisa y calzón blanco de algodón), ochenta centavos. Tanto en el campo como el pueblo, la mayor parte de la gente usa el atuendo tradicional, aunque además tienen, especialmente en Arandas, un overol.

La ropa y las costumbres de los jóvenes de los pueblos muestran grandes cambios, lo cual se atribuye menos a la emigración que a las películas, libros, anuncios periodísticos, comercio y viajes a Guadalajara por medio de los cuales se divultan nuevos estilos y tendencias.

El rebozo largo y negro, usado tradicionalmente por las mujeres, está siendo reemplazado, en el caso de las jóvenes, por un rebozo negro corto, usado sólo para cubrir la cabeza al ir a la iglesia. Las jóvenes llevan ropa de color y sólo se visten de negro cuando están de luto. Usan faldas cortas y zapatos bajitos como las norteamericanas. Entre las más jóvenes, se generalizó, como en Estados Unidos, la moda de ondularse el pelo.

La vieja costumbre de los matrimonios arreglados por los padres, que imperó hasta hace medio siglo, fue reemplazada por la libre elección de las parejas, a veces con el consentimiento de los padres, a veces no. Aún se acostumbra la serenata y los paseos en la plaza donde los hombres y las mujeres caminan en círculos unos y otras en sentido opuestos; es la oportunidad para cortejar, que se complementa con el conocido método de platicar a escondidas a través de una ventana con barrotes. Las mujeres permanecen en sus casas prácticamente todo el tiempo, excepto, para ir todos los días a la iglesia y a las serenatas vespertinas en la plaza.

Me informaron, con orgullo, que el divorcio prácticamente no existe en Arandas. Un joven, que dijo ser católico conservador, señaló: «ahora sabemos que se puede romper el matrimonio, pero muy pocos lo hacen».

Es evidente que no se usan métodos anticonceptivos. Como me aseguró un vecino reconocido: «hay mucha moralidad aquí, las personas nunca cometerían tal ofensa contra de la naturaleza: *son muy morales* y nunca usan medicamentos, etcétera».

Sin embargo, un joven —católico también— no estaba muy seguro y pensaba que incluso en ese sentido las cosas habían cambiado: «¿contracepción? Quizás algunos saben de medicamentos en Guadalajara y en Estados Unidos, probablemente algunas de las familias adineradas y los que han ido a Estados Unidos».

Una evidencia relacionada con el control natal, fue la mención de ejemplos en que se «toma medicina» para provocar abortos y casos, recientes, de recién nacidos abandonados; uno de ellos había sido encontrado muerto. La razón, aparentemente, era evitar las consecuencias sociales de relaciones sexuales irregulares, más que de control natal. La actitud generalizada hacia la natalidad fue expresada por un trabajador que simplemente dijo: «Dios los manda».

La vida en Arandas fue definida por un no residente como «monástica», en comparación con Ocotlán, pueblo cercano, centro de un cruce ferroviario ubicado en la ribera del Lago de Chapala, donde es evidente la desintegración de la antigua cultura. Esa caracterización refleja el predominio de la religión y las viejas costumbres en un pueblo aislado.⁵¹ Pero incluso aquí, el viejo orden está cambiando, lentamente, por influencias externas, algunas de las cuales son estadounidenses.

Resumen

El municipio de Arandas, situado en Los Altos de Jalisco, está habitado por una población de herencia predominantemente española. Durante la conquista y el asentamiento que comenzó a mediados del siglo xvi, el ejército invasor no experimentó ataques. Los indígenas, conocidos como tecuexes, huamares de Zacatecas o chichimecas, realizaban incursiones contra los colonos españoles que siguieron a la invasión militar y contra sus aliados indígenas. Utilizaban tácticas similares a las empleadas por muchos grupos indígenas de Estados Unidos. La resistencia terminó con la pacificación de muchos y, quizá, la huida de otros.

⁵¹ Una buena aproximación a la vida y pensamiento de los jóvenes se encuentra en el poema-*rio Alma solariega*, de Manuel Martínez Valadés, que nació y creció en Arandas.

Los elementos de las razas india y negra —que posteriormente se introdujeron como esclavos— al mezclarse, han sido casi completamente absorbidos. En la última parte del siglo XVIII, la sangre española estaba presente en un 80-85% de la población, proporción no muy diferente a la actual. Entre los vecinos, las características no blancas están completamente ausentes. En ellos se advierten con frecuencia los ideales estadounidenses de estatura alta, cuerpos bien formados, cabello oscuro y ojos azules. El prejuicio racial es débil y sólo es manifestado por los blancos, en privado y en relación a las relaciones sociales y matrimonios mixtos. No se manifiesta de la manera cruda y pública que sucede en muchos lugares de Estados Unidos.

El territorio de Arandas, que desde el siglo XVII pasó a ser controlado por tres grandes haciendas, era utilizado como pastizal para vacas, ovejas y caballos. Poco a poco, desde la segunda mitad del siglo XVIII y la primera mitad del XIX, las haciendas empezaron a vender fracciones de tierra, principalmente a arrendatarios de origen español que ya las ocupaban. Para la segunda mitad del siglo XIX, después de la guerra de Independencia, casi todas las tierras de las haciendas se habían vendido a pequeños propietarios.

Todavía existen cuatro pequeñas haciendas en el municipio. Una de ellas fue formada por un arrendatario, durante la primera mitad del siglo XIX, mediante la adquisición sucesiva de pequeños terrenos. Las demás se formaron por divisiones de las antiguas haciendas: dos por venta y una por herencia. Por herencia y venta, la mayor parte de las tierras ha llegado a estar muy fraccionada entre muchos propietarios. Mediante ese «agrarismo natural» se generó la propiedad campesina.

La fe en el vigoroso catolicismo romano traído de España por sus antepasados se mantiene vigente en Arandas. Aislada, profundamente religiosa y económicamente conservadora, la comunidad fue el centro de la revolución cristera de 1927-1929, que se unió como un solo hombre contra las fuerzas armadas del gobierno y los agraristas.

La tasa de crecimiento de la población ha sido —y lo sigue siendo— muy alta en Arandas. Desde 1810, al menos, la región ha sido fuente de emigración debido a los desórdenes civiles intermitentes desde 1810 hasta 1876 y de 1927 a 1929. Pero una constante ha sido también la presión de la población sobre recursos económicos insuficientes. La población municipal ha aumentado de manera considerable y la tierra se ha trabajado de manera cada vez más intensiva. Muchas personas se han

ido a vivir a los lugares donde viven sus familiares. Entre 1905 y 1930 los vecinos de Arandas se han ido cada vez más a Estados Unidos, también han seguido emigrando a otros lugares en México.

Los hombres que se han ido a Estados Unidos han sido generalmente jóvenes solteros. Aunque hubo alguna actividad de los contratistas en los primeros años de la migración, el estímulo más directo para emigrar fue el ejemplo de los que se fueron y obtuvieron salarios cinco veces superiores de lo que podían ganar en los ranchos de Arandas.

Muchos emigraron cuando hubo mayor demanda de mano de obra —y mejores salarios— debido a la expansión de la industria y la agricultura de Estados Unidos. En 1921 y, de nuevo, en 1930 y 1931, la demanda de trabajadores disminuyó y los salarios bajaron, algunos se quedaron en Estados Unidos, aunque muchos regresaron a Arandas, a pesar de la pobreza de sus hogares.

En general, los emigrantes viajaron a la frontera con dinero prestado a tasas de interés exorbitantes, que iban desde el 12% hasta el 100% y, en ocasiones, el 200% anual. Por lo regular, se enganchaban con contratistas que los distribuían a diferentes lugares en Estados Unidos. Los emigrantes de Arandas trabajaron al menos en 24 estados norteamericanos, de California a Pensilvania y de Texas a Michigan. Fueron contratados para diferentes actividades, en especial, para los ferrocarriles, la agricultura, las fundidoras y las minas de carbón.

El trato que recibieron fue satisfactorio. Aunque hubo algunas quejas de maltrato, incluso quienes las sufrieron, estaban dispuestos y ansiosos por regresar a Estados Unidos, si las condiciones económicas y los reglamentos de inmigración lo permitían. La discriminación racial contra los mexicanos era conocida por todos, pero sólo algunos la experimentaron, principalmente por no conocer el idioma y no tanto por sus características físicas. Casi sin excepción, sus actitudes hacia Estados Unidos eran mejores que las de los que no habían emigrado.

Durante algunos años los emigrantes enviaron remesas por unos 200 000 pesos. Con los ingresos de la emigración algunos compraron tierra, casas, autos, lo que mejoró sus condiciones económicas. Pero, en general, no se registró mejoramiento económico a largo plazo. El beneficio económico de la migración sólo elevó el nivel de vida material de los emigrantes y sus familias mientras permanecían en Estados Unidos. Al poco tiempo de su regreso se agotaban los ahorros.

En Arandas, la influencia cultural estadounidense se transmitió, de manera paulatina, mediante los emigrantes que regresaban. Esa influencia se ejerció también por otros medios, como la venta de productos norteamericanos, las películas y la llegada indirecta de ideas y prácticas norteamericanas por los medios impresos.

El fracaso en el mejoramiento a largo plazo de la condición económica de los emigrantes que regresaban se debió sobre todo a los ingresos insuficientes obtenidos en Estados Unidos o a la inclinación por adquirir satisfactores inmediatos, en lugar de ahorrar para adquirir tierras y otros bienes duraderos.

El mayor fracaso de los emigrantes para incidir en la cultura de Arandas no se debió tanto a la hostilidad de la comunidad —excepto quizás en la religión—, sino a su dificultad para establecer contacto efectivo con la cultura estadounidense cuando estaban en Estados Unidos, a sus escasos recursos económicos para aplicar al regreso las ideas que tenían en mente y a la gran diferencia de condiciones físicas y económicas, que hicieron extremadamente difícil aplicar en Arandas lo aprendido en Estados Unidos.

APÉNDICE

Notas de trabajo de campo de cuatro emigrantes

Se presentan estas entrevistas para mostrar, de manera más clara, sin disección y con detalle algunos tipos de emigrantes, sus experiencias en Estados Unidos y su proceso de adaptación cuando regresaron a Arandas.

Un joven, hijo del propietario de un rancho grande:

En 1923 fui a San Antonio, donde trabajé para la Southern Pacific [compañía ferrocarrilera]. Un amigo que trabajaba en la Inland Steel Company [siderúrgica] en Indiana Harbor, me mandó cien dólares para que fuera con él. Llegué a Chicago pero no encontré a nadie que supiera decirme dónde estaba Indiana Harbor [la oficina de correo de Indiana Harbor está en East Chicago]. No sabía inglés, y estuve seis días en Chicago tratando de encontrar Indiana Harbor. Me subía a los carros de transporte público y le preguntaba a los conductores. Me decían: «este carro no va a Indiana Harbor». Me subía a los carros esperando ver Indiana Harbor, me bajaba y tomaba otro. No podía pedir que me atendieran en los restaurantes, por lo que no podía comer, sólo en las tiendas donde vendían frutas que podía ver y tomar. En la noche dormía en los *box cars* [carros de ferrocarril] o en cualquier lugar. No podía ir a un hotel porque no sabía cómo pedir una habitación. Tenía miedo de los policías y no pensaba estar mucho tiempo en Chicago, por lo tanto no les pregunté.

Vi gente con caras oscuras [¿negros?] y les pregunté, pero no entendían español. En todo ese tiempo no vi a ningún mexicano. Finalmente, en una estación de tren encontré a un hombre que hablaba español, era cubano. Él me llevó al lugar para tomar el tren a Indiana Harbor.

Después de trabajar para la Inland Steel Company un tiempo, fui a una siderúrgica en Pittsburg, donde trabajaba otro amigo. Salvo un rato que trabajé en una side-

rúrgica en West Virginia, seguí trabajando en Pittsburg hasta que regresé a Arandas el año pasado.

Si el trabajo mejora, creo que me iré a los Estados Unidos de nuevo. Tenía un carro que se lo vendí a un amigo en Homestead cuando me vine. ¿Que si viviría de manera permanente en Estados Unidos? ¡Claro! Muchos regresan de Estados Unidos y dicen que los estadounidenses tratan mal a los mexicanos, no les quieren hablar y no son amables con ellos. Pero cuando yo estuve allá, conviví con muchos y no me trataron mal. Me trataban igual que a cualquier otra persona, no tuve problemas.

Alas muchachas estadounidenses no les gusta hablar con los mexicanos, hablan con todos menos con los mexicanos. Pero a mí me trataban bien y me saludaban cuando estaba solo [era mucho más moreno que otros mexicanos]. Los norteamericanos que me conocían hablaban conmigo. [La mala experiencia con la policía de Pittsburg, ya mencionada, fue contada por esta persona.]

Un pequeño propietario y jornalero fue entrevistado cuando hacía sogas:

Un amigo me prestó dinero sin intereses para pagar el transporte a la frontera. Fui a mejorar mi nivel de vida; aquí era difícil. Fui a Colorado y a Kansas a trabajar en las vías en 1922, regresé a Arandas el mismo año y en 1924 me fui a Estados Unidos por la misma razón y regresé el mismo año. Por medio de un *enganchador* en Kansas fui a Chicago a trabajar en una fundidora del lado norte. Me gustó Chicago, era *bonito*, mucho tráfico y edificios grandes. En 1926 hice mi tercer viaje, por la misma razón, y regresé en 1927. Fui a Port Arthur, en Texas, donde trabajaba un amigo y trabajé en las refinerías de petróleo. Cada vez regresaba de Estados Unidos con alrededor de cuarenta pesos y una vez envié a casa quince pesos por giro postal. Antes de ir a Estados Unidos tenía una casa y tres solares [alrededor de 1 ¼ acres] de tierra, vivía principalmente de hacer soga y trabajar para otros. [No tiene más tierras que las que tenía antes de migrar y vive de lo mismo que antes. Su actitud sobre los norteamericanos es la misma que antes de irse y habla muy poco inglés.]

Un emigrante que regresó y embotella y vende refrescos:

En 1917, por la revolución de Carranza y Villa, el dinero de papel, los malos negocios aquí, los robos y las peleas y también para conocer otro país fui a Estados Unidos

dos. Entré por Laredo y fui a Fort Worth, donde tenía un amigo; trabajé seis años en los patios del ferrocarril [casa de máquinas]. En 1923 regresé a Arandas dos años y me casé. En 1925 fui a California y trabajé un año en las vías del tren en Corcoran, donde nació nuestro primer hijo. Después fui a Redlands, donde trabajé en los cítricos dos años. En julio de 1928 fui a Chicago a trabajar en la Illinois Steel Company, donde trabajaba mi cuñado. Me quedé ahí hasta julio de 1931, cuando regresé a Arandas, porque ya no había trabajo. Mi bebé murió, él era bueno, blanco.

Regresamos desde Chicago en nuestro auto, se descompuso en San Luis Potosí y el mecánico quería 450 pesos por arreglarlo. Entonces lo vendí y el resto del camino lo hicimos por etapas en tren.

Antes de ir a Estados Unidos tenía una máquina para embotellar, pero cuando regresé compré otra de Baltimore que enviaron en barco hasta Arandas. Está bien para mí, no es mucho *worke* [trabajo duro] y me puedo sentar a leer el periódico. Normalmente gano cuatro o cinco pesos al día.

En Estados Unidos me trataron bien, mejor que en este país. Para mí, todos los estadounidenses, así como Estados Unidos, son buenos. ¿Malos tratos a los mexicanos? Si te trato mal, tú me tratas mal; si te trato bien, tú me tratas bien. Todos mis jefes fueron buenos conmigo.

En Estados Unidos, todo el tiempo soy un extranjero, sólo trabajar y si no hay trabajo es difícil. Pero me gusta Estados Unidos, hay más dinero que en Arandas. Aquí no trabajo duro, sólo dos o tres horas, está bien.

En Estados Unidos me levantaba a las seis de la mañana, trabajaba duro y me pagaban bien, está bien. Me gusta más allá para ganar dinero, pero aquí soy más feliz. Sé el idioma y conozco a todos.

Su esposa dijo: Me gusta más Arandas, el clima es mejor que el calor y el frío de Chicago. Me gusta más California que Chicago. Ésta es *mi patria*.

El esposo: Me gusta mucho, está bien tu país. A lo mejor en 1933 va a estar mejor y te veo en Chicago. En Estados Unidos los hombres trabajan todo el tiempo, día y noche.

Tú te hospedas en el hotel [en Arandas] ¿Está limpio? No debe ser tan bueno para un blanco como tú, hay mejores hoteles en Estados Unidos.

El hijo de un ranchero:

En 1923 fui a Estados Unidos. Cuando llegué a San Antonio, no tenía dinero. Un amigo me llevó a comer con él y me preguntó si quería ir a un lugar donde pagaran mucho dinero. Entonces firmé el contrato para ir a la Bethlehem Steel en Coatesville, Pensilvania. En 1925 regresé a Arandas. Con el dinero que gané le compré a mi papá 53 solares [alrededor de 19 acres] por 1 200 pesos.

En 1926 fui nuevamente a Estados Unidos y trabajé dos semanas en el ferrocarril, pero es un trabajo muy pesado y pagan muy poco. Entonces fui con un enganchador que me mandó a trabajar en el ferrocarril a Pensilvania. Trabajé ahí dos semanas y después fui a la American Bridge Company en Ambridge, Pensilvania. Ahí me gustó mucho, le mandé dinero por el correo a mi mamá para comprar cien solares de tierra por 2 000 pesos. Cuando regresé, compré una yunta de bueyes y un caballo. En abril de 1931, cuando regresé a Arandas, sólo trabajaba cinco horas por día, cinco veces por semana en Pensilvania.

En Ambridge fui a la escuela nocturna para aprender inglés, también compré libros en inglés, me gusta. Algunos estadounidenses son malos y otros buenos. Pero no puedo hablar así [es decir, no puedo decir que son malos]. En Estados Unidos hay muchas nacionalidades y el trabajo escasea. Quizá hagan una revolución, pero yo no quiero porque somos países hermanos. Si pelean allá, nos afecta aquí y si pelean aquí, les afecta allá. [¿Puede ayudar una revolución?] No, al contrario.

Muchos fueron a Estados Unidos durante la revolución [cristera]. Perdimos alrededor de 2 000 pesos por esa revolución. Enterramos estos troncos para salvarlos. La guerra se terminó, pero va a empezar nuevamente si los agraristas y el gobierno se activan, como en Veracruz [refiriéndose a las drásticas y recientes leyes contra de la Iglesia de ese estado]. Los agraristas quieren las tierras de los obispos y matarlos. Quieren las tierras de nosotros, los católicos, y matarnos. No es bueno robar el dinero de la gente o tomar sus tierras, sino comprarlo. Las haciendas deben pagar más impuestos y dar más trabajo, pero los agraristas no deben robarles sus tierras. Las tierras ya están divididas aquí. ¿Eres católico? Bueno, si no eres, eres mi amigo. Mi padre fue cristiano.

Aquí necesitamos dinero para comprar maquinaria para los ranchos; aquí tenemos bueyes, no maquinaria, y no se puede hacer mucho. El dinero es una gran ayuda.

Tengo muchos deseos de hacer cosas como en Estados Unidos. Me gustaría tener una bomba para regar y tener mejores cosechas *cada* año. Me gustaría tener una casa estilo norteamericano. Me gustan las casas de madera, pero cuestan mucho y las balas pueden atravesarla como si fuera papel. Aquí construimos bardas gruesas para que no entren las balas, y sin ventanas para que cuando la puerta esté cerrada nadie pueda entrar.

Estoy más contento aquí que en Estados Unidos. Cuando trabajo en Estados Unidos sólo gano dinero para comer. Aquí con unos cuantos dólares, tengo una buena vida. El maíz y los frijoles no fallan, sólo trabajo dos o tres días por semana. [¿Y el resto de la semana?] Descanso. Si hay buen trabajo en Estados Unidos, me gustaría regresar.

APÉNDICE

Documentos relativos a la transferencia de tierras de los hacendados a los habitantes de la hacienda-pueblo de San Ignacio Cerro Gordo

(Los nombres de las personas se sustituyeron por letras)

I.

Al Gobernador del Estado

Guadalajara, Jalisco

Los que suscriben, habitantes de la Comisaría Política de San Ignacio Cerro Gordo, municipalidad de Arandas, en nombre nuestro y en representación de los habitantes de la localidad, respetuosamente le exponemos lo siguiente:

Con fecha del 5 de febrero del año pasado solicitamos al Ejecutivo del Estado, un decreto de expropiación de los terrenos donde tenemos nuestras casas en esta Comisaría.

El Gobernador A., sin tener en cuenta la justicia y fuerza de nuestros argumentos, dictó sentencia negativa, basada exclusivamente en el principio de que esta localidad no es una comisaría, sino un casco de hacienda, en virtud de un decreto emitido por el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, antes de la Constitución, en el que se declararon inválidos todos los actos de la legislatura del tiempo de Huerta.

Los argumentos que planteamos en esa ocasión fueron los siguientes:

1. La Comisaría de San Ignacio Cerro Gordo tiene una población de 1 157 habitantes.
2. De esos habitantes, ninguno trabaja para los llamados hacendados, y en este caso, este lugar no puede ser considerado como hacienda.

3. Las construcciones son nuestras, pero no podemos mejorarlas sin el consentimiento previo de los terratenientes, que tienen el control de los solares y tratan de regular, incluso, nuestras casas.
4. Durante un SIGLO los habitantes de este lugar han pagado renta por la tierra.
5. EN LA ACTUALIDAD, LOS PROPIETARIOS PAGAN AL ESTADO COMO SI FUERAN TIERRAS RURALES. CUANDO SE DECRETE LA EXPROPIACION EL ESTADO PERCIBIRA MAYORES INGRESOS YA QUE SE TRATA DE CIENTOS DE CASAS.
6. Una empresa quiso instalar una pequeña compañía de luz eléctrica, pero no pudo hacerlo porque los latifundistas lo impidieron.
7. En esta localidad tenemos fuentes inagotables de agua, que están sin usarse por el egoísmo de los propietarios, que piensan que la gente no tienen necesidades y por esa razón las mantienen bajo su control.
8. Los tres o cuatro terratenientes de la localidad poseen más de 500 caballerías de tierra.

Esos eran nuestros principales argumentos. Por lo demás, pedimos una ley justa y estamos dispuestos a pagar lo que debamos bajo los términos de la ley. Una vez que se decrete la expropiación, el Ejecutivo del estado podrá decidir lo que se tenga que pagar.

Es de señalar que el único motivo legal señalado por el Ex Gobernador A fue que esta Comisaría era sólo un casco de hacienda en virtud del anterior decreto, pero este argumento no tiene fundamento ya que, recientemente, la comunidad alcanzó la categoría de Comisaría Municipal por UN DECRETO DEL EJECUTIVO DEL 11 DE AGOSTO DEL PRESENTE AÑO.

Por lo anterior, confiando en el espíritu revolucionario y liberal que anima sus actos, y en virtud de la anacrónica sumisión colonial a la que hemos sido sometidos por más de un siglo y buscando el progreso de esta Comisaría, a usted, Gobernador, por ser de justicia, le solicitamos lo siguiente:

1. Que haya una reconsideración de la decisión tomada por el Ex Gobernador A, que negó la expropiación de las tierras de esta Comisaría, puesto que sus bases legales han desaparecido, y

- Que se decrete la expropiación de los solares de esta Comisaría, tomando en cuenta el mapa anexo que acompaña estos documentos.
Le reiteramos nuestros respetuosos y sinceros saludos.

San Ignacio Cerro Gordo, (Arandas),
2 de Noviembre de 1920.

En la ciudad de Guadalajara, el 24 de Junio de 1921, se presentaron las siguientes personas en la oficina del Gobernador del Estado: Abogado B. del señor C. F., señor D. F., y la señorita E. F., propietarios de una parte de San Ignacio Cerro Gordo, *municipalidad* de Arandas; Señor G. en representación de F.s, para presentar los datos y otorgar la información necesaria, señor H., representante de los habitantes de la hacienda de San Ignacio Cerro Gordo quienes declararon que:

Un cierto número de habitantes de San Ignacio Cerro Gordo pidió, hace tiempo, una *dotación de ejido* (dotación de tierras expropiadas de acuerdo a la Ley Agraria), a pesar de ser un *casco de hacienda*, en lugar de *pueblo*, por lo que no tenían de-

recho a recibir dotación. En respuesta a esa petición, la Comisión Agraria Local envió a un ingeniero a examinar la tierra que podrían ser *ejido*, pero la gente le dijo que ellos no querían *ejidos*, ya que la mayor parte de los habitantes no se dedicaba a la agricultura, sino a los oficios y los negocios. Solicitar *ejido* había sido un error, ellos sólo querían las tierras del pueblo y buscaban que el *casco* de San Ignacio Cerro Gordo se convirtiera en pueblo con autonomía política.

Hacienda-pueblo, San Ignacio Cerro Gordo.

El ingeniero regresó sin hacer el estudio y después el señor H. y el señor I., en representación de los habitantes de San Ignacio Cerro Gordo, fueron con F.s, a decirle que querían retirar la petición para la concesión de un *ejido* y le ofrecieron a F.s comprar la tierra del *casco*, y otras porciones, para formar y ampliar el pueblo. F.s estuvo dispuesto a ayudar a los habitantes a formar un pueblo autónomo y le propuso al señor I. y al señor H. regalar, en lugar de vender, los lotes o parcelas donde están construidas las casas, así como la propiedad contigua, que se describirá posteriormente y otorgarles el uso de otras tierras (que también se describirá posteriormente) por tres años, para la fabricación de adobe y la extracción de tierra para hacer cerámica; todo, con condiciones claras y debida-

mente garantizadas de que los habitantes no insistirán en la *dotación de ejido*. Como resultado de esa negociación, establecieron un acuerdo con las siguientes cláusulas:

1. El señor D.F., el señor C.F. y la señorita E.F., personalmente o por medio de sus representantes, emitirán en esta ciudad las escrituras para los lotes de casas ya construidas, lotes para construirlas y tierras para la expansión de la comunidad que les pertenecen en el pueblo de San Ignacio Cerro Gordo, de acuerdo con los siguientes términos:
 - a.- A cada habitante de San Ignacio Cerro Gordo que tenga su casa propia construida se le otorgará el lote ocupado por esa casa.
 - b.- Los habitantes de San Ignacio Cerro Gordo que no tienen casa recibirán un lote lo suficientemente grande como para construir una casa en una de los siguientes parcelas: I - Huerta de la señorita E.F que colinda con la propiedad de la señorita J. al este, con el pueblo al norte y al oeste y el camino a Atotonilco en el sur; II - La porción de tierra del señor C.F. que limita con la entrada interior al norte y la parcela del señor K. La huerta será entregada después de la cosecha de este año.
 - c.- Este acuerdo no incluye los lotes, parcelas o lugares donde F.s. tienen casas, viviendas o construcciones de su propiedad, como la casa del administrador ocupada en la actualidad por el señor L., graneros, cocheras, matadero, establos, los bebederos de los caballos, así como el potrero conocido como MANGA o Jesús Vázquez, etc.
 - d.- Sólo los habitantes de San Ignacio Cerro Gordo tienen derecho a las donaciones mencionadas en párrafos anteriores.
 - e.- La división de la propiedad destinada al crecimiento del pueblo, será realizada por una Comisión elegida por los habitantes. Los lotes de cada vivienda deberán tener las dimensiones necesarias para construir casas, pero no deberán ser excesivamente grandes.
- 2.- El mencionado F.s emitirá al *Ayuntamiento* de Arandas, donde se localiza la municipalidad de San Ignacio Cerro Gordo, una escritura de la donación de calles y *plaza*.
- 3.- Las donaciones referidas en cláusulas anteriores se harán bajo la condición de que el pueblo de San Ignacio Cerro Gordo revoque la solicitud anterior de do-

tación de *ejido*. El señor I. y señor H. retirarán la petición de esa dotación y no se hará ninguna otra. Los habitantes de San Ignacio que firmaron esa petición deberán ratificar la cancelación, y todos los habitantes deberán ratificar el acuerdo de no solicitar o aceptar dotación de tierras.

- 4.- Las donaciones de lotes a los habitantes de San Ignacio Cerro Gordo están condicionadas a la venta de abono al señor D.F. y al señor C.F. al precio de \$2.25 pesos por cesta. Quienes usan el abono para fertilizar sus propias tierras o huertas no tendrán esta obligación.
- 5.- F.s acordó conceder a los habitantes del *casco*, el derecho al uso de la tierra, por *tres años*, para hacer adobe para construir y reparar sus casas y extraer arcilla para hacer cerámica, esto, de un terreno de tres *hectáreas* situado en la parte baja del potrero «El Refugio». Esas tres *hectáreas* serán medidas y señalizadas. En esa misma área los habitantes podrán hacer bordos o pozos de agua con barreras para prevenir las caídas de los animales y, *en ningún caso, deberán tomar o usar el agua de la presa del Sangrado*.
- 6.- F.s emitirá las escrituras tan pronto como los representantes de los habitantes del *casco* retiren la petición (del *ejido*) y se les dará la información que necesiten para recibir las donaciones y lotes se les darán a cada uno de los habitantes con un certificado de medidas y límites.
- 7.- Todos los costos de transferencia los cubrirán los habitantes.

El señor G. declaró que el señor K. y la señorita J. le dijeron que se apagarían a este acuerdo, elaborando uno similar respecto a ciertas porciones de tierra para el crecimiento del pueblo. Esas dos porciones pertenecen al señor K. y sus hermanas: una es de aproximadamente 120 metros de ancho y se encuentra al norte del *casco*, y la otra, de aproximadamente 100 metros de largo, al oeste. La parte que pertenece a la señorita J. es de unos 28 metros y colinda con el *casco* y la huerta de la señorita F. El señor I. y el señor H. se arreglarán directamente con el señor K. o con sus hermanas y con la señorita J. para hacer los acuerdos necesarios; F.s se compromete sólo a lo mencionado en el presente acuerdo.

El gobernador ordenó que este acuerdo se registrara por duplicado y triplicado para ser firmado por las partes e informar a F.s y al señor I., quien no asistió personalmente.

En virtud de lo acordado este contrato se expedirá por triplicado.

G.

B.
(rúbricas)

H.

Nosotros, los que suscriben, conociendo el presente contrato y de acuerdo con el mismo lo firmamos.

I.

E.F.

C.F.

M. (un dueño)
(rúbricas)

D.F.

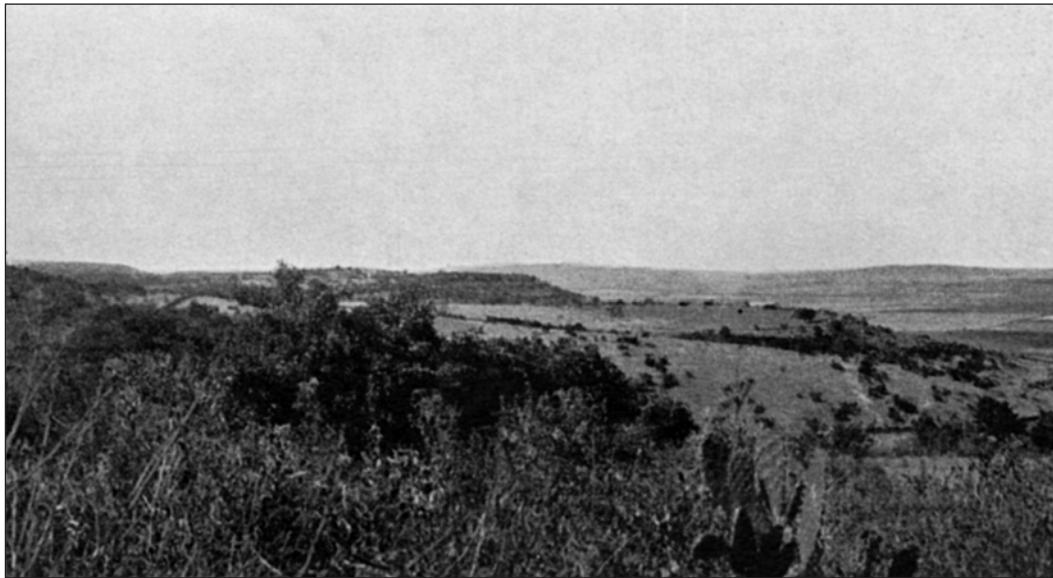
APÉNDICE
Fotografías



1. Casa campesina típica de Los Altos. Arandas. Casa de un emigrante repatriado con evidencias de elementos culturales norteamericanos.



ARANDAS, JALISCO: UNA COMUNIDAD CAMPESINA 163



2. Vista hacia el norte desde las antiguas ruinas indígenas sobre Edificios. Observese la configuración semicircular de los bordes erosionados en las partes altas. La llanura de El Plan, se encuentra abajo. Estos lugares no se representaron bien en el mapa de Ramón Sánchez de 1879, y se han corregido en un mapa adicional. Desde este punto pueden observarse quince reservorios artificiales de agua almacenada para el riego en presas o bordos, que no se aprecian claramente en la foto.



ARANDAS, JALISCO: UNA COMUNIDAD CAMPESINA 165



3. Desde el noroeste se ve la hacienda Guadalupe (Joconostle). Las estructuras en primer plano son las casas de los trabajadores; en los extremos derecho e izquierdo de la foto, se observan las paredes de los corrales. Al fondo, en el centro, se encuentra la capilla, en el centro y a la izquierda se ve el humo de la fábrica de tequila, donde se elabora una bebida alcohólica fuerte, con el mismo nombre a base de mezcales (ver 8).



ARANDAS, JALISCO: UNA COMUNIDAD CAMPESINA 167

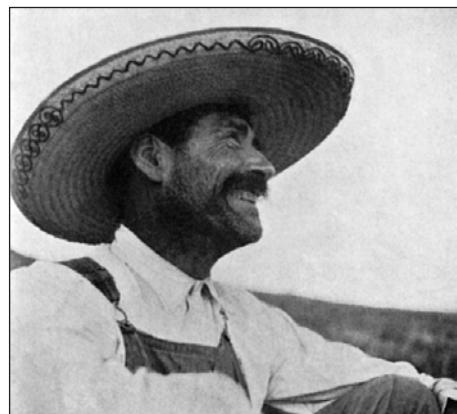
4. Mujer de rancho de tipo español, con vestimenta de día de trabajo, con mandil y *rebozo*. Su casa aparece en la foto de la página 74. Comparar con las jóvenes de las fotos 8 y 19.



5. Un joven *propietario emigrante* que regresó (su esposa en la foto 4); viste su mejor traje tradicional, que incluye pistola, daga e indumentaria de piel. La misma persona cosechando maíz apareció en un artículo de Taylor: «Viñetas del México antiguo», *University of California Chronicle*, vol. 34, foto 3: 126.



6. Ranchero tipo español. Después de siete viajes a Estados Unidos, donde trabajó en el ferrocarril, en un oleoducto y en la cosecha de algodón, todavía no podía hablar ni una palabra de inglés.



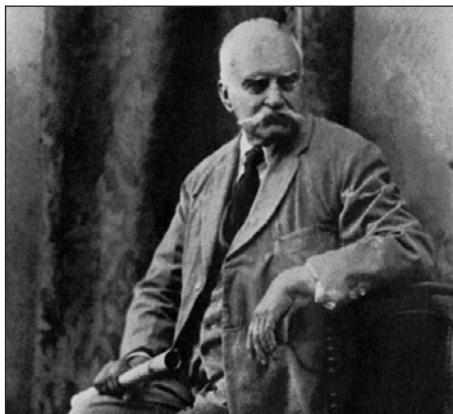
7. Joven ranchero, emigrante que retornó, con vestimenta de campesino típica: *camisa, calzones y huaraches*.



8. Jóvenes de Arandas. Nótese su vestimenta estilo norteamericano. Las dos mujeres a la izquierda son de tipo español, la de la derecha tiene elementos de mezcla indígena.

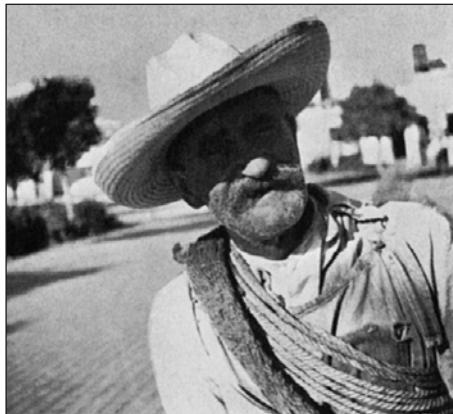


9. Profesional (topógrafo) de tipo español de Arandas.





10. Un hacendado (de chamarra blanca) de tipo físico español. Ninguna persona en la fotografía ha emigrado a Estados Unidos.



11. Un cargador o conserje de tipo físico español. No emigró a Estados Unidos.



12. Emigrantes que regresaron.

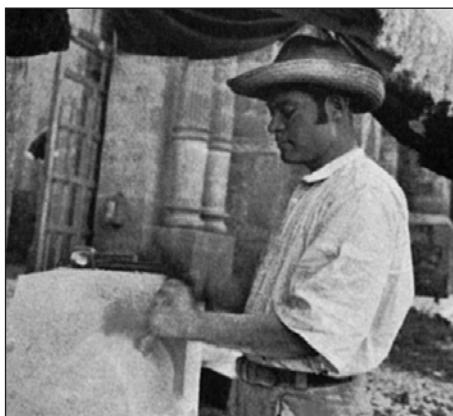
13. Un emigrante que regresó, propietario, con ropa de campesino y mandil de cuero, buscando piedras en el campo para construir una barda. Su físico es predominantemente español con algo de mezcla indígena.



14. Un emigrante que regresó sólo por un par de semanas de los campos de betabel en Colorado.



15. Un emigrante de tipo español que trabajó en las fundidoras de la región de Calumet. Ahora trabaja como albañil en la construcción del nuevo templo de Arandas.





16. Campesino de tipo español, acarreando agua en cántaros para el ganado y para regar una pequeña parcela de maíz debido al retraso de las lluvias.



17. Grupo de campesinos de tipo español, analfabetos, moviendo una cerca de piedra.



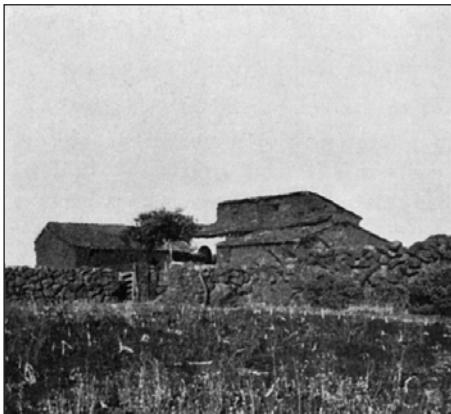
18. Un emigrante repatriado, con vestimenta tradicional, incluso huaraches y faja, trabajando en un cultivo de papas con un arado de madera jalado por una yunta de bueyes.

19. Señorita de tipo español del pueblo de Arandas.



20. Hacienda del Sauz de Cagigal.





21. Casa de adobe de un próspero propietario, cuyos hijos han trabajado en las fundidoras de la región de Calumet.



22. Casa de adobe de un trabajador rural dueño de una pequeña parcela que vive principalmente de elaborar soga y trabajar como jornalero para otros. Ver fotos 33D y 33G.



23. Carreta típica de ruedas de madera, San Ignacio Cerro Gordo.

24. Trayendo la cosecha de maíz con una yunta de bueyes para almacenarla para el invierno, hacienda Guadalupe, Arandas.



25. Arado de madera que se usa en Arandas. Algunas veces la punta es de acero. Un palo curvado (telera, que no se muestra), se inserta en el hueco para tirar la tierra del modo deseado.



26. Lavando en las piedras junto a un reservorio. A diferencia de las campesinas francesas, las mexicanas no usan paletas de madera, sino que golpean la ropa húmeda contra las piedras.





27. Un domingo por la tarde en la plaza de Arandas. Se ven vendedores en los portales y en la iglesia. Nótense los burros, automóviles, el telégrafo y los cables de la luz.



28. La plaza de Arandas, con los *portales* y el *kiosko*. Aquí se centra la vida social del pueblo, hay serenatas de la orquesta municipal y habitantes de todas las clases vienen a pasear con familiares y amigos.



29. Vista desde el este del techo de la iglesia de Arandas.

30. Un domingo en la mañana en la calle junto a la iglesia, donde se pone parte del mercado.



31. Grupo de hombres jóvenes y niños en la plaza de Arandas. No es posible saber sólo por la ropa quiénes de ellos han estado en Estados Unidos y quiénes no.



32. Transportando las plantas de mezcal a la fábrica de tequila para su maceración y destilación. Hacienda Guadalupe.





33. Serie de fotografías que muestra los pasos para hacer soga.

a . Quitando las espinas de la penca de maguey para extraer la fibra de ixtle.

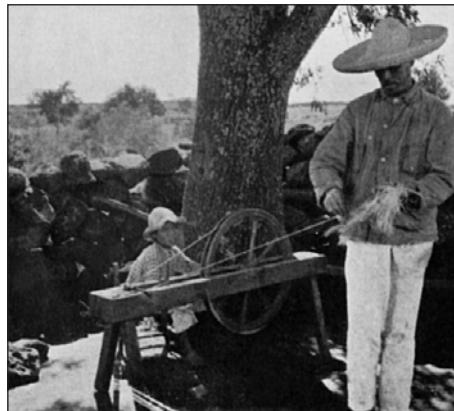


b . Pelando la hoja de maguey. La hoja después se golpea con un mazo de madera, usando una piedra grande que sirve como yunque para convertirla en pulpa.



c . Las fibras largas se separan de la pulpa raspándola y empujándola con un raspador.

d. La fibra de ixtle se seca por completo y se hace girar hasta formar el hilo de una soga. El hilandero es un ranchero, cuya casa se muestra en la foto 22, emigrante que regresó de trabajar en una fundidora de Chicago.



e. Cuatro o cinco hilos se entrelazan en una soga. Un emigrante que regresó, de tipo predominantemente español con rasgos indígenas, tuerce cada hilo por separado. Este hombre vive con sus padres, pequeños propietarios, en la casa de la foto 1, que como muchas otras en Los Altos, está construida de piedra y lodo, sin piso y techo de tejas detenidas con vigas y tule. En el campo hay árboles frutales y nopal que se cultivan por su fruta, la tuna. Un pozo poco profundo suministra agua para uso doméstico, los frutales y unas cuantas hileras de coles que fueron cuidadosamente plantadas. El hijo ha trabajado en fundidoras de Pensilvania.



F. Los cuatro hilos se juntan girándolos apretados e inmediatamente después se pasan por las ranuras de una piña de madera (un cono con cuatro ranuras) lentamente, hasta que se forma la soga completa.



G. La riata o soga terminada se pasa por un tambor giratorio.



MAPA DE LA MUNICIPALIDAD DE ARANDAS, LEVANTADO POR RAMON SANCHEZ EN 1879.

EXPLICACION

Villa Δ
 Hacienda *
 Rancharia
 Camino carretero _____
 Id de herradura _____
 Limite del Municipio _____



Distribución de la población, 1930

Taylor trabajó sobre el mapa de 1879, señalando la distribución de la población en 1930 y realizando una sutil corrección en el emplazamiento de las cornizas montañosas del centro (en esta edición en rojo)

- Menos de diez personas.
 - Diez personas.
 - Aglomeraciones de más de doscientas personas.

En el mapa original el declive en el centro está representado incorrectamente.

PAUL S. TAYLOR

El arte de hacer cántaros
en San José Tateposco, Jalisco
1931-1932

Traducción de Pastora Rodríguez Aviñoa

Trabajo publicado originalmente como «Making Cántaros in San José Tateposco, Jalisco, México» en *American Anthropologist*, 35, 1933. En español y sin fotografías apareció en *Estudios del Hombre*, núms. 13-14, 2001.

San José Tateposco es una pequeña comunidad del municipio de Tlaquepaque, contiguo a la ciudad de Guadalajara. Sus 441 moradores (1930) son casi todos indígenas, con una mínima dosis de sangre española. Se desconocen sus orígenes y la organización tribal y lengua indígena han desaparecido sin dejar rastro. El pueblo posiblemente haya sido fundado a finales del siglo XVIII. La ocupación tradicional, además de las usuales actividades agrícolas a pequeña escala, es la alfarería. Los artesanos elaboran seis productos distintos, en varios tamaños: 1) cántaros, vasijas de boca angosta para el agua; 2) ollas, vasijas redondas de boca ancha; 3) lebrillos (también llamados lavamanos) o jofainas redondas, usadas para lavar ropa, bañarse, etcétera; 4) tecomas o vasijas con cuerpo globular, de boca estrecha, llamadas así por su gran semejanza con la parte inferior de un tipo común de calabaza empleada para guardar tortillas, acarrear semillas durante la siembra, etcétera; 5) macetas o tiestos campaniformes para las plantas de ornato y 6) tinajas o vasijas similares a las ollas, pero con asas grandes y un esbelto cuello perpendicular. De los seis tipos de vasijas producidas en Tateposco, los cántaros son los más importantes desde el punto de vista comercial, y prácticamente cualquier día del año, salvo los domingos, puede observarse a alguien que trabaja las piezas de barro.

Se usan tres clases de material extraído del subsuelo: 1) un barro pesado, muy duro una vez seco, y pegajoso mientras está húmedo, que viene en dos tonalidades de calidad similar: el que se extrae de los cerros, situados al norte y noroccidente de Tateposco, llamado tierra colorada, es rojizo, jaspeado de rojo y café; y su equivalente, sacado del potrero denominado La Bolsa, al suroeste de Tateposco (por el lado meridional de Los Puestos), que presenta un ligero tono café, jaspeado de pequeñas vetas negras. Curiosamente, este barro recibe asimismo el nombre de tierra colorada o bermeja, en parte debido a su equivalencia con el barro que es verdaderamente de color rojizo. Los dos tipos se denominan también «barro duro» o «tierra tesa». 2) Una tierra más maleable y uniforme, conocida como tierra blanda, que es muy oscura cuando está mojada, pero que cobra un tono grisáceo cuando se seca, que se mezcla con la tierra tesa en proporciones iguales, a guisa de temple para evitar cuarteaduras que aparecerían inevitablemente de usarse sólo la última. 3) Un barro que es revuelto, o una mezcla de una calidad a medio camino entre la tierra tesa y la tierra blanda, se encuentra también en La Bolsa, pero con vetas diferentes. Su aspecto se asemeja a la tierra blanda, volviéndose grisáceo al secarse, pero con parches

oscuros. Cuando se mezcla con tierra tesa, las proporciones utilizadas son una por tres partes de tierra revuelta.

La tierra tesa obtenida en el potrero suele ser extraída de un pequeño arroyo que lo atraviesa, exponiendo las capas de los materiales deseados de un metro más o menos de grosor. La arcilla se desprende con un pico, y cada pedazo se examina —para aquilatar la calidad, la presencia de arena, etcétera— antes de ser colocado en un chiquihuite. Las excavaciones se convierten en verdaderas minas; se observó una que tenía hasta siete galerías, y otras que penetraban varios metros desde la orilla. El techo se hallaba sostenido por pilares no minados. La pérdida de vidas humanas por derrumbes no es un suceso desconocido. Las madrigueras del cerro son poco profundas, pues la arcilla yace cerca de la superficie. Su transporte hasta el pueblo suele hacerse en costales a lomo de burro, aunque algunos hombres los acarrean en su espalda.

Antes de su limpieza y molienda, la arcilla se pone a secar al sol; se guarda dentro de la casa durante la temporada de lluvias y afuera en las secas. Una vez lista, se mezcla en las proporciones adecuadas sobre un lugar recién barrido de tierra dura enfrente de la casa y el montón se empareja dándole forma circular. A continuación, la mezcla se pulveriza mediante golpes con un majador o golpeador. La molienda de seis cestos de material lleva unos cuarenta minutos. Se procede entonces a la limpieza de la arcilla aventándola al aire. El cernidor utilizado en esta tarea es de popote o sacamecate, cuyos tallos se atan en sentido paralelo, con pequeños intervalos entre ellos. El tamaño del cernidor es de unos 45 por 73 cm o más, según las preferencias individuales. Algunos alfareros arman sus propios cernidores, otros los compran.

El método de cernir consiste en colocar la arcilla con la mano derecha en contra del cedazo que se mantiene inclinado con la mano izquierda, dejando que el polvo fino vaya cayendo sobre el piso limpio. Los terrones que no pasan por el cedazo se van apilando y se mezclan con la siguiente tanda de arcilla que se muela. Conscientes de que la arcilla más dura se pulveriza con dificultad, se añade una proporción menor de ese material cuando se emplean residuos que cuando se hace una mezcla nueva. Las briznas de zacate y otras impurezas que puedan haber traspasado el cedazo se eliminan a mano. Si amenaza lluvia, la arcilla pulverizada es llevada de inmediato a la casa; en caso contrario, y si el trabajo va a proseguir sin interrupción, se deja en el mismo lugar y se va tomando a medida que se requiere.

La arcilla pulverizada se prepara para ser moldeada mediante el sistema de amasado. Se separa una tanda del montón principal, se extiende sobre el suelo liso y duro, se traza un hoyo en medio para verter el agua contenida en ollas y cántaros y se amasa entonces el material con las dos manos, como si fuera masa para hacer tortillas. La mezcla, que suele tener el tamaño de una hogaza grande de pan, se denomina «macho» (término que se utiliza porque «así le decían nuestros abuelos»). El macho grande que absorbe toda la arcilla pulverizada mezclada con agua, termina por ser dividido en dos piezas durante el amasado, después de lo cual se dejan aparte a la espera del resto del proceso. El amasado del macho lleva más o menos once minutos. Los cántaros que se han agrietado o quebrado durante su secado al sol, se humedecen y se amasan de nuevo sin añadir materiales adicionales.

Como paso inmediatamente anterior al vaciado o moldeado, se elaboran a la vez una docena de textales basados en el macho. Si se hace un número mayor, el material se pone muy duro para el momento en que los últimos textales son utilizados. Sobre una piedra grande, plana y lisa, se coloca un poco de polvo para evitar que el barro húmedo se adhiera, y se extiende de forma pareja con ayuda de una pequeña piedra bien pulida. Se desgaja un pedazo del macho —la cantidad depende del tamaño del cántaro que se va a elaborar— y se le añade un poco de agua para amasarlo de nuevo.

Una vez que el barro presenta una consistencia homogénea, se golpea con el puño con objeto de aplatarlo y, por último, se moldea con la palma de la mano hasta darle la forma de un textal, o pedazo de barro en forma de tortilla que, en el caso del cántaro (cuartillo) más grande y de mayor demanda en el mercado, alcanza 35 cm de diámetro y cerca de tres de grosor. El tiempo necesario para hacer un solo textal, a partir de una pieza de macho ya cortada a la medida, es de un minuto y cuarto aproximadamente; a veces todo el macho se vuelve a trabajar, luego se separa, y se hace un textal, un proceso que lleva unos dos minutos. El cántaro se forma sobre un molde; se trata sencillamente de otro cántaro que no tiene la base o el fondo aplanado, sino redondeado para evitar que el barro se pegue. En general, los moldes se dejan sin barniz, o sólo se le aplica en partes, y llevan las iniciales del propietario para fines de identificación.

Una vez que se tienen listos un montón de textales, se inicia el proceso de moldeado. Se agarra un textal, se coloca en la palma de la mano izquierda, se espolvorea

por un lado con barro pulverizado sacado de una olla, y se coloca sobre la parte superior del molde, con el lado espolvoreado hacia abajo para evitar que se pegue. Inmediatamente se presiona el barro sobre el tercio superior del molde o plantilla, palmeándolo con las dos manos; el alfarero va dando vueltas en torno al molde a medida que continúa la palmeada. De esta forma, el alfarero mismo gira en lugar de hacerlo el molde, como sucede cuando se utiliza un torno. Acto seguido, se toca el borde del barro para verificar que tiene el grosor adecuado y seguir dándole forma. Mientras palmea, el alfarero da cinco o seis vueltas, girando en contra de las manecillas del reloj en torno al molde y, para darle los últimos toques, da media vuelta o una vuelta completa siguiendo ahora la dirección de las manecillas del reloj.

El moldeado continúa con un talache, una herramienta de barro cocido con una base redonda y plana de unos diez centímetros de diámetro, un pico ahusado y retorcido para adaptarse a la mano, que cuenta entre uno y tres agujeros superficiales bajo la veta espiral, en los que se insertan los dedos para sostener con firmeza y retener un poco de agua, que se va soltando poco a poco para humedecer el talache. (El pico empleado para extraer la arcilla se llama también «talache». En San Ignacio Cerro Gordo, Arandas, no se utiliza el talache para tornear los cántaros, sino una paleta de madera. En algunos lugares, la parte superior del cántaro se hace sobre un molde separado y posteriormente se une con la porción inferior).

Al mismo tiempo que moja el instrumento, el alfarero de Tateposco se mueve con rapidez alrededor del molde, palmeando sin cesar los dos círculos concéntricos alrededor del objeto de barro, a una palmada arriba le sigue al instante otra, dos centímetros más abajo. Este procedimiento continúa, con el alfarero trabajando de arriba hacia abajo para extender el barro de forma pareja sobre el molde. A medida que el proceso toca a su fin, los golpes ligeros que, por su dispositivo de succión contrarrestan cualquier tendencia a que el barro se pegue al molde, se alternan con un movimiento suave de la mano para bruñir la pieza con el talache mojado y la mano. Esto sirve no sólo para bruñir la superficie sino también para cerrar los poros del barro. Cualquier grieta que aparezca se cierra mediante la aplicación de una pizca de barro sacado del canto. Durante este proceso, se dan unas trece vueltas alrededor del molde, de manera idéntica a la anterior. Una vez que el barro, ahora campaniforme, se halla extendido con el grosor apropiado, el molde y la pieza de barro se alzan y se colocan a secar sobre un molde más pequeño, con el fin de que no se queden en

el suelo. Toda la operación desde espolvorear el textal hasta que se recoge el molde, dura aproximadamente tres minutos y cuarto.

Después de unos cinco o diez minutos, en cuyo lapso se trabaja en otros cántaros, se puede sacar el barro por sí solo del molde y colocarse, con la parte campaniforme hacia abajo, en el suelo. Si se deja demasiado tiempo en el molde, pueden aparecer cuarteaduras. En otros quince minutos o media hora, se dan unos golpecitos a la parte superior del barro con una pequeña pala de madera para aplanar el fondo, y diez o quince minutos más tarde se mete a la casa para que siga secándose a la sombra antes de emprender el siguiente proceso.

Una vez que el barro campaniforme se ha secado durante unos diez o quince minutos más, se invierte y coloca sobre la embocadura abierta de un pedestal de alfarero, o yagual, hecho especialmente con el objeto de mantener la pieza de barro en alto para facilitar el trabajo. El yagual es sencillamente un cántaro grande con bocas circulares amplias de diferentes tamaños en cada extremo. Las bocas sirven asimismo de base o receptoras de cántaros en proceso de manufactura. Primero, se forma una cenefá pellizcando pedazos de unos dos centímetros del barro campaniforme con el pulgar y el índice de las dos manos y los pedazos se van echando al fondo del cántaro a medio moldear. Esta cenefá es más gruesa y más difícil de secar que el resto, y muestra gran propensión a cuartearse; después de desgajarlos, los fragmentos se convierten en bolas, se mojan y se colocan aparte.

El alfarero, enseguida, agarra una pala pequeña de madera, la sumerge en agua, y comienza a pasarlá alrededor del cántaro como anteriormente, palmeando suavemente el barro hacia adentro mediante golpes naturales con la parte inferior de la palma abierta de la mano izquierda, que se utiliza a guisa de yunque. Gira aproximadamente nueve veces mientras continúa un golpeteo rápido, primero sobre la parte superior de la pieza de barro, luego más abajo, regresando hacia arriba y hacia abajo varias veces, hasta que el hombro del cántaro adquiere la forma requerida, dejando una abertura circular ligeramente más amplia que la boca terminada. El golpeteo es seguido de un rápido bruñido de toda la superficie con un oboleto mojado y la mano también mojada, mediante golpes verticales y horizontales. En este proceso se invierten entre siete y nueve vueltas; en la última, la superficie suele ser pulida con ambas manos mojadas, las palmas abiertas se mueven en ágiles movimientos circulares. Esto sirve para dar forma final al cántaro y cerrar los poros. Cualquier defecto

detectado se recubre con barro previamente suavizado y se bruñe. El proceso, desde los golpes ligeros hasta el bruñido final, suele durar entre cuatro y cinco minutos y medio, pero tanto duración como número de vueltas pueden variar de forma considerable.

El cántaro ya formado se levanta en la mano izquierda, se le hace girar y se le somete a una última y breve inspección mientras las yemas de los dedos de la mano derecha se pasan rápidamente sobre su superficie, cerrando con las uñas cualquier poro que haya podido permanecer abierto.

Tras unos cuantos minutos que permiten que el barro se seque y durante los cuales se repite el proceso descrito con otros cántaros, sigue la operación final de elaborar el cuello y la boca. La bola de barro arrancada a pellizcos de los bordes del cántaro se amasa con movimientos rápidos y se le da la forma de una dona, con un agujero amplio en el centro. Por un lado, en dirección al centro, se forma un reborde para poder unir la pieza más fácilmente con el hombro. Esto se hace comprimiendo la dona que forma el cuello contra la armazón del cántaro, en torno al cual el alfarero da unas cinco vueltas durante el proceso. A continuación, con una tira flexible de cuero de cerdo, de tamaño variable, mojada en agua y sostenida con las dos manos, los dedos hacia dentro y los pulgares hacia fuera, se le van dando al cuello y a la boca sus curvas características, y se completa la unión con el hombro. Se ejecutan unas siete vueltas. El tiempo desde el momento en que se agarra la bola de barro hasta terminar el cuello y la boca es de un minuto y medio. De nuevo se alza el cántaro en la mano izquierda para una inspección final, se voltea pasándole la mano con suavidad con las yemas de los dedos de la mano derecha y se pone a secar.

El día en que se fabrican los cántaros y el día siguiente se dejan a secar en lugares protegidos del sol y del viento. Al siguiente día, se ponen a secar al sol, volteándolos de vez en cuando para que lo hagan de forma pareja: al anochecer, están listos para ser quemados. Justo antes de meterlos al horno, se pintan. Una tierra mineral roja extraída del cercano Potrero San Juan, que puede ser disuelta en agua o mantenida en una suspensión, proporciona el barniz. El mineral es pulverizado primero sobre la piedra plana y lisa empleada para hacer los textales, con la misma piedra pequeña usada antes para extender el barro empolvado sobre la piedra.

Luego se mezcla con agua y se amasa, tras lo cual se coloca en un lavamanos amplio y se remueve con la mano, presionándolo contra los lados de la vasija hasta

que se disuelve. A continuación, el cántaro recibe su primer baño de barniz, vertiéndole encima una taza de pintura desde la parte de arriba y dejándola deslizar mientras se hace girar sin cesar el cántaro sobre la mano. Luego, se frota con un trapo empapado en la mejor solución residual, lo que contribuye a distribuir el color por igual y con una capa de grosor adecuado. Sólo se barniza el exterior, ni siquiera la porción completa de la boca.

Las razones ofrecidas para usar el color es que «le añade lustre y valor». En Tateposco, se ha abandonado por entero la constumbre de inscribir nombres de personas u otros diseños con brochas en los cántaros. Mis informantes sabían que sus padres pintaban los cántaros de esa forma y un anciano continuaba pintando ciertos diseños con barniz rojo. Pero esa práctica es cosa del pasado; mis informantes no lo habían hecho nunca, porque, en su opinión, «no le añade valor y la gente no lo pide».

El horno es cilíndrico, con una altura de casi dos metros y un diámetro externo de un metro y medio. El diámetro puede ampliarse considerablemente para darle mayor capacidad, pero la altura no varía. Los cimientos descansan en un círculo de piedras grandes, sobre las que se aplica adobe. Se dejan dos boquetes enfrente uno del otro, en la base, para la inserción del combustible. Unos cuantos arcos de ladrillo o adobe, con espacios entre ellos, proporcionan el soporte para los cántaros y permiten el paso del calor y las llamas.

La carga de un horno del tamaño descrito, en el que caben unas siete u ocho docenas de cántaros de un cuartillo, lleva aproximadamente una hora. Un hombre dentro del horno va colocando las vasijas en la posición correcta, en general boca arriba o bocabajo, para que no se deformen durante la quema, aunque el ahorro de espacio es el factor principal para determinar la posición. Otros individuos, incluidas mujeres y niños, ayudan pasándole los cántaros. Una vez cargado a tope, el horno se sella con pedazos grandes de cántaros rotos para que retenga el calor.

Se emplean dos cargas de ramas ligeras y zacate grueso bien seco. Se requiere una llama súbita muy caliente, no el calor incandescente generado por el estiércol seco que se utiliza en algunos pueblos vecinos especializados en la elaboración de pequeños objetos de barro. El fuego se alimenta desde los dos boquetes del horno, al principio lentamente para evitar que se resquebrajen los cántaros. Al final, se encienden haces de matorrales y poco a poco se retiran. Cuando el fuego ha prendido

bien, se sube y se baja el combustible dentro del horno una y otra vez mediante una especie de pértiga larga para mantener un fuego crepitante. Del techo sale un espeso humo negro, que cubre todo con una capa de espeso hollín oscuro. Cuando el hollín que cubre las vasijas rotas colocadas a la entrada del horno adquiere un color blanquecino, es un indicio claro de que la horneada ha terminado. Como toque final, se ponen un par de haces de zacate ante la entrada y se les prende fuego; se pretende que la ceniza cierre algunas de las grietas más grandes y de ese modo el calor se distribuya mejor y se conserve más tiempo. El tiempo de quema es de una hora a una hora y cuarto, dependiendo en parte de la calidad del combustible empleado.

Los cántaros se sacan del horno una vez que se han enfriado, normalmente al día siguiente de la quema. Los cántaros que se quemaron en las hileras superiores son de un color rojo ladrillo uniforme; los de más abajo muestran algunas manchas negras. Se apartan los que no estén bien quemados, para volver al horno tan pronto como se lleve a cabo una nueva quema.

Notas

Se hacen también braseros —una especie de estufa de carbón—, aunque no muchos. En la elaboración de estos productos, se emplean moldes con objeto de dar forma al barro. El uso de moldes, en contraste con el método de espiral empleado por los indios del suroeste de Estados Unidos, me animó a llevar a cabo el estudio presente acerca del método para hacer cántaros. Los datos se obtuvieron en noviembre de 1931 y en julio de 1932. Mis informantes principales fueron Paulino y Victorio Ramos, quienes, junto con su familias, me explicaron en detalle, con entera generosidad, los diferentes pasos de lo que estaban haciendo. El cálculo de los tiempos empleados en las distintas operaciones, como se presentan en el texto, es fruto de varias observaciones del mismo proceso; en el caso de los procesos más dilatados —moler y quemar el barro—, los seguimos con sumo cuidado, pero una sola vez; esa única operación constituye la base del tiempo que ofrecemos en el texto. La elaboración de cerámica es una operación familiar, la esposa ayuda continuamente y los niños lo hacen de vez en cuando. No se hace una vasija sola de principio a fin sino

que en el trabajo se lleva a cabo por tandas. El tiempo transcurrido entre procesos se halla regulado por el tiempo de secado que requiera el material —o pueda aguantar— para estar listo para la siguiente operación. Paulino Ramos y su esposa pueden moldear tres docenas de cántaros en un día, que en 1932 se vendía entre cinco y ocho centavos cada uno. Por supuesto, ese nivel de producción no se mantiene día tras día, ni tampoco hay interés alguno en lograrlo.

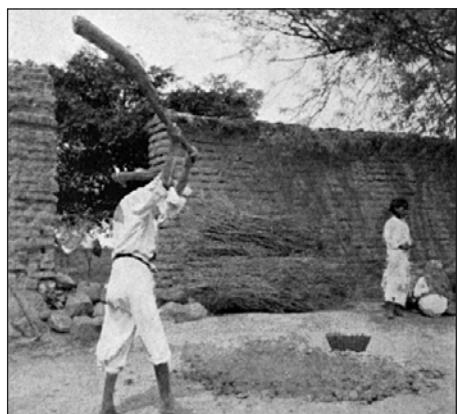
APÉNDICE

Fotografías del proceso
de hacer cántaros

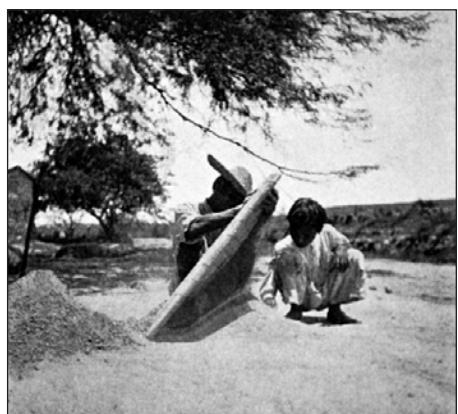
1. Extrayendo arcilla en el vano del arroyo



2. Moliendo la arcilla con un golpeador



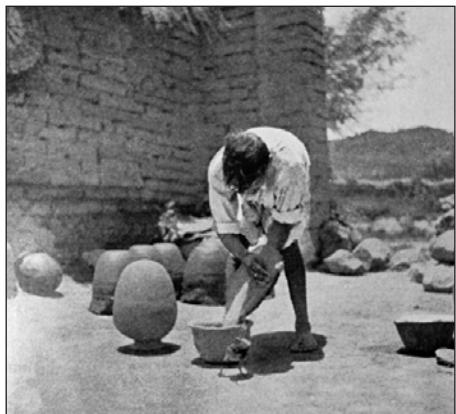
3. Cerniendo la arcilla



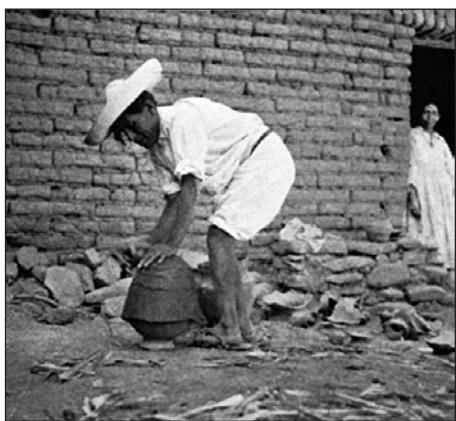
4. Amasando el barro, haciendo textales



5. Quitando el polvo a los textales para prevenir adherencias en el momento de moldear



6. Colocando los textales en el molde con un talache



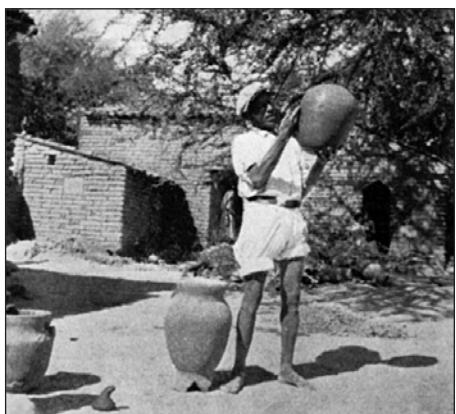
7. Aplanando la base



8. Moldeando el cuello con una paleta



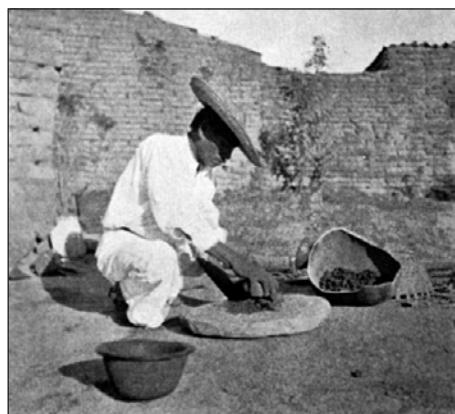
9. Revisando



10. Dándole forma a la boca del cántaro



11. Moliendo tierras y minerales para engratar



12. Engretado final



13. Limpiando la pieza con un paño para suavizar el color



14. Acarreando los cántaros al sol para que se sequen



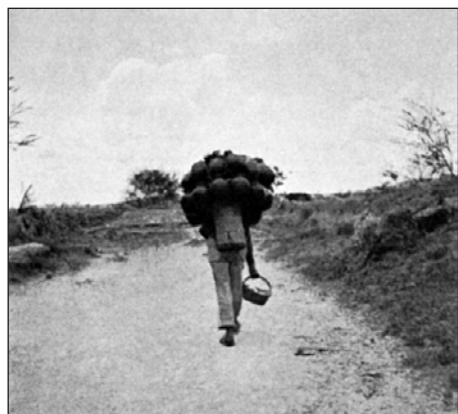
15. Cargando el horno



16. Quemando



17. Yendo al mercado



18. Casa típica de un alfarero



Índice de cuadros

Los trabajadores mexicanos en Estados Unidos
Bethlehem, Pensilvania. 1928-1930

CUADRO 1

Datos de 84 mexicanos empleados en 1930 en la Bethlehem Plant, Bethlehem Steel Company. De ellos, 46 (grupo A) fueron contratados y trasladados por la compañía desde Texas en 1923. Los 38 restantes (grupo B) fueron empleados posteriormente y llegaron por sus propios medios. 47

Arandas, Jalisco: una comunidad campesina, 1931-1932

CUADRO 1

Precipitación y temperatura en Arandas, Jalisco 72

CUADRO 2

Estimados y censos de la población
del municipio de Arandas, Jalisco, de 1798 a 1930 79

CUADRO 3

Comparación de la edad de matrimonio de tres grupos
de cien parejas cada uno, casados por la Iglesia Católica
en Arandas, Jalisco. 1825-1826, 1880 y 1930 81

C U A D R O 4	
Castas de niños bautizados en Arandas, Nueva Galicia de 1768 a 1774	85
C U A D R O 5	
Castas de niños bautizados en Arandas, Nueva Galicia de 1790 a 1799, inclusive	86
C U A D R O 6	
Matrimonios en Arandas, Nueva Galicia, de mayo 17 de 1802 a mayo 16 de 1806, inclusive, por castas	86
C U A D R O 7	
Salarios pagados en la ciudad y el campo por día de trabajo Arandas, Jalisco.1850-1932	97
C U A D R O 8	
Número de tierras rurales (predios rústicos) en el municipio de Arandas y en el estado de Jalisco	101
C U A D R O 9	
Órdenes de pago de Estados Unidos pagadas en el correo de Arandas, Jalisco, 1922-1931, inclusive	106
C U A D R O 10	
Porcentaje mensual de órdenes de pago de Estados Unidos pagadas en Arandas, Jalisco, 1922-1931, inclusive	107

PAUL S. TAYLOR
Y LA MIGRACIÓN JALISCIENSE
A ESTADOS UNIDOS
se terminó de imprimir y encuadernar en noviembre de 2013
en los talleres de Pandora, S.A. de C.V. Caña 3657, col La Nogalera,
Guadalajara, Jalisco, México.
Tiro: 500 ejemplares.

En la portada: Paul S. Taylor entrevistando a una familia migrante (*ca. 1930*), fotografía de Dorotea Lange ~ *Diseño editorial y de cubierta:* Avelino Sordo Vilchis ~ *Elaboración de cuadros y mapas; digitalización y retoque de imágenes, composición tipográfica:* Rayuela, diseño editorial ~ *Cuidado del texto:* Encarni López González, A.S.V. ~ Guadalajara, Jalisco México, noviembre de 2013

